

Vida del Bto. Alonso de Orozco, por un agustino anónimo del siglo XVII

LA DA A CONOCER:
CLAUDIO BURÓN ÁLVAREZ, OSA.

INTRODUCCIÓN

Aparición del manuscrito

En el año de 1981, a principios de enero, mi buen amigo, el R. P. Constantino Martínez, O.P., quien sabía que estaba yo interesado en la vida y escritos del Bto. Alonso de Orozco, me comunicó, que existía en el Archivo Histórico Nacional una *Vida del Bto. Orozco*, manuscrita, que se hallaba en un legajo entre otros documentos pertenecientes al santuario de Ntra. Sra. de la Peña de Francia, de la Orden dominicana, y que lleva la signatura 95, según consta en la obra del P. Hoyos: REGISTRO DOCUMENTAL, T. I, pág. 281.

Me fui enseguida a la residencia de los PP. Dominicos de Claudio Coello, donde reside el P. Constantino, y en la excelente obra de investigación del P. Manuel M.^a de los Hóyos, notable bibliógrafo contemporáneo, O.P., que se titula: REGISTRO DOCUMENTAL; *Material inédito Dominicano*, en el Tomo I, página 281, hace la recensión de los documentos que se encuentran en el A.H.N. y que pertenecieron al citado santuario de Ntra. Sra. de la Peña de Francia, y al llegar al *legajo 95*, entre los documentos dominicanos en él contenidos, topa con un libro encuadernado en pergamino, con este título: «*Vida del Vble. Orozco*». Manuscrito inédito; sobre el cual dice el P. Hoyos: «Debe estar equivocadamente en este legajo. Es un valioso «*Manuscrito inédito*».

Con estos datos, me fui al *Archivo Histórico Nacional*, y al pedir el *legajo 95*, me contesta la persona encargada, que ese legajo ha sido desglosado, y la vida del venerable Orozco ya ha pasado a otra sección; que busque en la *Sección Clero*. Voy a la Sección Clero, y la Srta. encargada de esa sección, al

saber que yo era agustino, llena de gozo, me dice: «Padre, he estado esperando mucho tiempo que viniera por aquí un padre agustino, para mostrarle este hallazgo; porque yo soy de Valladolid, y voy siempre a la iglesia de los PP. Agustinos, donde tiene el Bto. Orozco su altar, y allí está la urna con sus reliquias. Ahora mismo le traigo lo que Vd. pide», e inmediatamente me lo presentó. Esta señorita tan amable, que sigue en su puesto del Archivo Histórico Nacional, es Natividad de Diego, vallisoletana auténtica. Y la «Vida del Vble. P. Alonso de Orozco» está en la SECCIÓN *Clero*: Libros: n.º 10.597.

Este manuscrito se guardaba en el convento de S. Agustín de Salamanca, en su Archivo. El P. Manuel Vidal lo conoció y da cuenta de él en su *Historia del Convento de S. Agustín de Salamanca*, Vol. 2.º, pág. 120, y después de citar al P. Simón de Castelblanco, que escribió la *Vida de San Juan de Sahagún*, dice: «Otro, también Novicio de este Siervo de Dios (Vble. P. Francisco Gómez), que no habiendo dejádonos su nombre, no puedo decir cuál fue; sólo, sí, que en la *Vida*, que escribió del santo Fr. Alonso de Orozco (y se guarda en el Archivo de este Convento Caj. IV)...».

Cómo pasó al poder de los PP. Dominicos, es difícil de conjeturar; sin embargo, tengamos en cuenta, que el año 1744 el convento de San Agustín de Salamanca sufrió un tremendo incendio, siendo prior el P. Manuel Vidal, y en esta desgracia, «entre las muchas ayudas y consuelos que recibió el convento, sobresalió el de los PP. Dominicos de San Esteban; además de los religiosos que enviaron para atajar el fuego, se presentó al Prior un P. Maestro, el cual dio el pésame por la desgracia y comunicó que en San Esteban habían dispuesto alojamiento para 40 Religiosos. No aceptó el ofrecimiento el Prior de los Agustinos, e inmediatamente se personó el P. Prior de los Dominicos, acompañado de los PP. Maestros y Catedráticos, resueltos a llevarse los 40 religiosos. El P. Vidal les expuso el motivo por qué no había aceptado el ofrecimiento; mas, si ellos juzgaban que no estaba en lo cierto, se sometía a lo que dispusieran. Aquellos graves y RR. PP. Dominicos aprobaron las razones del Prior de San Agustín y se quedaron con la palabra de que, si tenían que abandonar el convento, su casa estaba en San Esteban»¹. Pero es posible que ante esta oferta tan caritativa, el P. Vidal les haya pedido que les guarden en San Esteban algunas cosas importantes de su convento que se hayan podido salvar, hasta tanto que restauren los daños acaecidos por el incendio, y entre estas prendas pudiera haber estado el «Manuscrito de la Vida del Ven. Alonso de Orozco», que el P. Vidal conocía perfectamente. Pasado el tiempo, el «manuscrito» se olvidó, o el P. Vidal cambió de casa o falleció y nadie más se

1. *Historia de los Agustinos españoles*, por el P. ATILANO SANZ PASCUAL, OSA.; (Madrid 1948), pág. 594.

acordó de él. Lo cierto es que allí quedó. Y si allí estaba al ocurrir la exclaustación de Mendizábal, en el saqueo oficial de archivos y bibliotecas, este manuscrito lo incluyeron con otros documentos del santuario de Ntra. Sra. de la Peña de Francia, que los PP. Dominicos tendrían, sin duda, recogidos y custodiados en el gran convento de San Esteban de Salamanca.

Descripción del manuscrito

Este manuscrito es un libro en 4.º encuadernado en pergamino, bastante bien conservado y que consta de dos partes: la primera, de 143 hojas foliadas, de *1 a 143v*; la segunda foliatura comienza en la hoja 9 y termina en la hoja 100, con una hoja más en blanco; lo cual quiere decir que al manuscrito original le faltan las ocho primeras hojas; pues no cabe la menor duda que la escritura segunda es la original del autor, y es también letra del autor el encabezamiento de la primera hoja de la copia. De lo cual se deduce que fueron encuadernadas las dos partes, cuando ya le faltaban las ocho hojas al texto original. Éste es el encabezamiento o título:

«Admirables ejercicios de Virtud y Santidad de la Vida del Ve. Pe. Fr. Alonso de Orozco del Orden de N.º Pe. S. Agustín, Predicador del Señor Carlos 5.º y del Sñr. Felipe 2.º; Su Cuerpo incorrupto en la Iglesia del Colegio de D.ª. M.ª. de Aragón».

Sigue aún la misma letra en la titulación del capítulo primero, y luego comienza el desarrollo de dicho capítulo con una letra redondilla, clara, un poco más grande que lo ordinario, de facilísima lectura. El «manuscrito-copia» nos ha resuelto así la falta de las ocho primeras hojas del «manuscrito-original», que son casi los cinco primeros capítulos de la vida de nuestro beato. Pero, a su vez, el «manuscrito-original» llega hasta el final de la obra, con el Cap. 39, que se titula *«Memoria de algunas devociones que N.º. Vble. Pe. Alonso de Orozco daba a sus devotos deseosos de aprovechar sus almas»*; y aquí termina la obra. Y en cambio, el «manuscrito-copia» suspende su relación en el fol. 143v, cuyas últimas palabras son: «...de N. P. S. Agustín», y enseguida enuncia el capítulo siguiente: *«De dos milagrosas apariciones que se entiende que ha hecho N.º. Ve. Pe. después de muerto»*, y vuelve a repetir «Capítulo 35». Y así termina esta primera parte. Pero es una suerte que así podamos tener completa esta *Vida* de nuestro Bto. P. Alonso de Orozco. Y probablemente por eso las encuadernaron en sentido inverso: el «manuscrito-copia» en primer lugar, porque comienza la obra desde el nacimiento; y en segundo lugar el «manuscrito-original», porque la termina. Y creo que haya sido el mismo autor de la obra el que recogió las dos partes y las mandó encuadernar, y por eso tiene de su puño y letra el encabezamiento o título. El poder contar con el «manuscrito-copia» aunque incompleto, ha sido muy útil, pues nos ha servido

mucho para descifrar la letra del «manuscrito-original», que a veces resultaba indescifrable.

Nosotros, no obstante, transcribimos en esta publicación el «manuscrito-original» del autor, y rara vez ponemos alguna palabra aclaratoria del «manuscrito-copia».

¿Quién puede ser el autor?

El P. Gregorio de Santiago Vela que conoció este «manuscrito», probablemente informado por el P. Manuel M.^a de los Hoyos, por haberse encontrado en el Archivo Nacional, pues eran contemporáneos, le menciona de corrida en el tom. VI, pág. 167, al tratar del Bto. Orozco, y dice: «O mucho nos equivocamos, o el aludido no es otro que el P. Simón de Castelblanco, el cual profesó a 24 de abril de 1629». El P. Vela hace una descripción muy somera y en aquellas circunstancias no tenía, al parecer, tiempo para estudiar el «manuscrito», pues él mismo dice que «deja para otra ocasión una reseña más detallada del manuscrito». Dice, sí, que «es una vida muy interesante, como no hemos visto ninguna de los tiempos pasados».

El autor del «manuscrito» coincide en algunos detalles con los que se citan del P. Simón de Castelblanco; fue novicio del Vble. P. Francisco Gómez y profesó el 24 de abril de 1629 en manos del R. P. maestro Fr. Basilio Ponce de León. También dice el mismo autor en un episodio de la vida del Bto. Orozco: «Esto lo oí repetir algunas veces al siervo de Dios Fr. Juan de Herrera (era el postulador de la causa de beatificación del venerable) siendo él Prior del Convento de Casa-Rubios del Monte y muy recién profesado, que me enviaron a guardar el Curso de Artes ². También dice el mismo autor que en 1672 es el año en que me ha mandado la obediencia escribir la vida de tan gran varón, de cuyas heroicas virtudes se han empleado grandes plumas en referirlas» ³.

El P. Simón de Castelblanco había escrito la *Vida de San Juan de Sahagún*, que se publicó el año de 1669, y era ya conocido como escritor; por eso creo que no hubiera tenido reparo en publicarla con su nombre, siendo también el Bto. Orozco hijo de aquel convento de Salamanca. He leído la *Vida del Bto. P. Fr. Juan de Sahagún* por el P. Fr. Simón de Castelblanco, que está en la Biblioteca de nuestro colegio de Valladolid, y me parece que su estilo es más fluido y más ameno que el de esta Vida del Vble. P. Fr. Alonso de Orozco; y es de notar, que hablando el P. Vidal de una en pos de otra, en su *Historia del Convento de Salamanca*, (tomo II, pág. 120), no insinúe ninguna posibilidad

2. En pág. 47 y 105 de esta Vida.

3. Véase pág. 129 de esta Vida.

de que fuera el mismo el autor de ambas. No hay que perder de vista tampoco, que el Vble. P. Francisco Gómez tuvo ese año otros novicios que profesaron también en manos del R. P. maestro Basilio Ponce de León; por consiguiente ese dato solo no basta para precisar el autor. Y así dejamos en el anonimato el autor de esta *Vida* hasta nuevos descubrimientos.

ADMIRABLES EJERCICIOS DE VIRTUD Y SANTIDAD DE LA VIDA DEL Ve. Pe. FR. ALONSO DE OROZCO, DEL ORDEN DE N.º. Pe. S. AGUSTÍN, Predicador del Sñr. CARLOS 5º Y DEL Sñr. FELIPE 2º. SU CUERPO INCORRUPTO, EN LA IGLESIA DEL COLEGIO DE D^a. M^a. DE ARAGÓN.

CAPÍTULO I

DE LOS PADRES Y NACIMIENTO DE N. B. PADRE FRAY ALONSO DE OROZCO ¹

¡Qué codiciada es la nobleza humana, siendo así que no consiste en más que la voluntaria estimación de los hombres! Gran prueba de esta verdad es la cuidadosa atención con que prevengo este capítulo, pues siendo así que es para dar principio a la relación del nacimiento en el mundo de un nobilísimo Grande de la casa de Dios que es sumamente noble por omnipotente, por sabio, y por todos sus atributos que constituyen el Ser de Dios; no obstante, en el nacimiento de este sagrado noble por la gracia del Señor, me enseña la humana retórica a que primero trate de la nobleza de sus humanos padres; a que se seguirá la gloria de Dios juntamente con la de sus padres y en la narración de la milagrosa vida de su hijo y N. Ve. Padre Fr. Alonso de Orozco que para todo le dio el Señor gracia, con que para Dios fue gloria, nobleza para su tierra y padres, y para la religión de N. P. S. Agustín un ilustrísimo blasón en un hijo que todo fue de Dios, aunque hombre, pero con tanta gracia le favoreció el Señor que, aun viviendo en la tierra fue grande en la corte de Dios Omnipotente. Pero aunque me llama lo prodigioso de este gran varón, no obstante por cumplir con la lección de la retórica, dejo para su lugar la narración de sus admirables virtudes, contentándome por breve rato tratar con brevedad quiénes fueron sus dichosos padres a quien Dios favoreció con tal hijo.

Nombróse su dichoso padre con el nombre de Hernando de Orozco, derivada su nobleza del valle de Orozco celebrado de nobles calidades en el señorío de Vizcaya. Su madre se apellidó María de Mena de los linajes más lucidos de

1. Suprimimos el Capítulo I de este manuscrito; porque el autor al querer darnos una síntesis histórica de la villa de Oropesa, patria de nuestro Bto. Alonso de Orozco, hace un relato mitológico absurdo, desde Túbal, los Geriones, Osiris, hasta llegar a Hércules con sus descendientes, para entroncar aquí las raíces de la monarquía española; y ganará mucho en seriedad y veracidad la obra.

Al suprimir este Capítulo, adelantamos el orden de la numeración y el Capítulo II del manuscrito, pasa a ser el *Capítulo I* de la *Vida del Ven. P. Alonso de Orozco* y así sucesivamente.

aquellos países. Pero mayor nobleza adquirieron los dos consortes por la gracia de Dios unidos con el amoroso lazo del santo matrimonio, pues a porfía se calificaron con virtuosos proceder con que eran estimados, y aun venerados por todos los vecinos del lugar y de todos los advenedizos que los trataban; felicidad grande con que premia Dios a los que le sirven aún en la tierra.

Con todo cuidado procuraban los dos virtuosos casados cumplir con Dios y con sus prójimos; con Dios, siendo continuos en el cumplimiento de las obligaciones de católicos cristianos; con los prójimos asistiéndolos al alivio de sus necesidades, ya con la limosna, ya con la asistencia personal, con que se hacían respetar y querer agenciando con los beneficios que ejercían con sus prójimos toda la gracia de Dios que los favoreció con multiplicada sucesión de hijos con cuya gratitud se alegraban Hernando de Orozco y María de Mena. Pero debió de ser el gusto con demasía, pues los mortificó el Señor privándolos de las amadas prendas de sus hijos en la menor edad de su vida sin quedarle más que uno y ese muy achacoso.

Con extremo sintieron los dos padres la falta de sus amadas prendas de cuyo trabajoso suceso (como verdaderos cristianos temerosos de Dios) se les originó un santo y virtuoso cuidado temiendo que culpables descuidos propios fuesen ocasión de aquel penoso castigo. Por cierto le tuvieron, pues se volvieron a Dios pidiéndole perdón suplicándole juntamente les diese nueva sucesión para que le sirviese. Con más fervoroso afecto parece que la virtuosa María de Mena agenciaba con Dios este favor; pues además de la referida súplica al Señor, tomó por su protectora y abogada a la Virgen María, nuestra Señora, suplicándole que alcanzase de su unigénito Hijo la diese nueva sucesión para que le sirviese y con particular asistencia a su divina Madre María para cuyo efecto deseaba tener un hijo para que fuese su continuo capellán como lo fue San Ildefonso de quien era devota.

Grandes y afectuosas ansias debieron de ser las que la virtuosa madre María de Mena agenciaba su pretensión, pues según el efecto parece fue admitida su oración con singular agrado, pues a pocos días se sintió preñada con cuyas señas se le aumentó la devoción con la Virgen asegurando con nueva promesa que el fruto de su vientre se emplearía toda su vida en servirla. Prosiguió su preñado al paso de su devoto afecto confirmando cada día su promesa adelantándola más diciendo, que si fuese varón que le había de emplear toda su vida en que fuese su capellán como lo había sido San Ildefonso, su devoto, que ésta era su voluntad deseosa de servir a su Reina y Señora. Continuó sus virtuosas agencias al paso de sus deseadas finezas con que se continuó el preñado; en cuyo tiempo se le hizo contradizo un ermitaño con quien comunicó sus devotos anhelos la dichosa María de Mena, a quien el ermitaño obliga-

do de su afectuosa virtud la aconsejó con tal discreción, que no parece consejo humano sino divino gobernado por la bondad de Dios y de su santísima Madre la Virgen María. Aconsejola, pues, el ermitaño diciéndola que *si quería lograr los santos deseos que tenía de servir a la Virgen, que procurase parir en un establo donde sería Dios servido que pariese con felicidad tan conocida que obligaría a la Virgen a favorecer la criatura que pariese por parecerse en el lugar del nacimiento a su unigénito Hijo Jesucristo, señor nuestro* ².

Tan gustosa como devota quedó la virtuosa María de Mena con el consejo del ermitaño que se le imprimió en su religiosa memoria de tal manera que no había instante que no ofreciese a la Virgen María el fruto que por su intercesión le daba su unigénito Hijo. Llegó el tiempo del parto con que la apretaron los dolores, que como si fueran despertadores del sueño del olvido, así obligaron a la virtuosa madre a que cumplierse la promesa que cada instante hacía que era según su devota fe el seguro cumplimiento de su deseo. Bajó al fin al establo de su casa con toda confianza de su felicidad, la cual a breve rato gozó, dada de la mano de Dios por la intercesión de la Virgen Santísima, a quien la devota madre María de Mena se le ofreció suplicándole recibiese a su hijo en su servicio y supuesto que era el dueño de aquella felicidad, que le pusiese nombre como prenda de su agrado, que ella no quería llamarle con los nombres de sus abuelos de quien no podría aguardar para su hijo querido señas de felicidad en esta vida, sino es infaustos golpes de amarga muerte, que en sus manos se lo entregaba, que le pusiese el nombre, pues todo era suyo.

Muy natural es de la bondad de Dios corresponder con premio al virtuoso afecto; así parece en el caso presente, pues antes que diese fin la virtuosa María de Mena a su fervorosa oración, sintió que la robaban la vista de los ojos unas claras y brillantes luces que estando en la tierra le pareció ser del cielo de que la resultó sabroso gozo, con que volvió a suplicar a la Virgen cuyas señas gloriosas le pareció ser sólo suyas, con que con gran confianza la volvió a suplicar que pusiese el nombre a su hijo, supuesto que era tan suyo. Apenas acabó de pronunciar la súplica cuando atendió a una suave y dulce voz que la dijo: *Llámale Alonso*. «Así será», dijo la dichosa madre, la cual al punto trató

2. Este relato del «ermitaño» lo traen casi todos nuestros historiadores que refieren la vida del Bto. Alonso de Orozco; alguno, como el P. Portillo (Tomo IV, pág. 557) dice que fue un Ángel; incluso el P. Cámara (Vida del Bto. Alonso de Orozco, pág. 9) dice que «dos testigos deponen en la *Información sumaria de Madrid*, fol. 49, haber oído que por aviso de un pobre, dióle a luz su madre en el establo; para que desde la cuna siguiera las huellas del pobrísimo divino Infante».

Sin embargo, el mismo Bto., a quien le contó su madre cuando ya era sacerdote, hacia la edad de treinta años, estando con ella en Talavera, las cosas extraordinarias que habían tenido lugar en su nacimiento (*Confesiones*, lib. I, cap. VI), hace caso omiso del ermitaño, y de que su nacimiento haya sido en el establo de la casa. Por eso no hay que dar mucho crédito a estas noticias.

de prevenir las galas conforme a su devoto anhelo con que su querido y dichoso hijo había de ir a recibir el agua del sacramento del bautismo. Y como el alma de la santa madre María de Mena vivía enamorada de la Virgen María nuestra Señora, todos los adornos del niño recién nacido fueron blancos sin permitir la devota madre que en aquel acto hubiese cosa que desdijese a la blanca pureza de la Virgen María de quien su hijo que se bautizaba había de ser perpetuo esclavo, pues le había puesto el nombre mismo de otro que fue perpetuo capellán suyo que fue san Ildefonso, defensor de su pureza y estimado de Dios Omnipotente por capellán y defensor de su divina Madre María santísima.

CAPÍTULO II

DE SU VIRTUOSA NIÑEZ DE Ntro. Ve. Pe. Y DE LOS RIESGOS EN QUE EL DEMONIO LE PUSO PARA QUITARLE LA VIDA

Contra los industriosos ardides del demonio sólo la valentía de la gracia de Dios es poderosa. Buena prueba de esta verdad es lo que se ha de tratar en este capítulo, pues aunque con amoroso y santo afecto la madre María de Mena cuidaba de su dichoso hijo apartándole de los naturales accidentes en que podía peligrar su salud con su vida, porque el amor es vigilante centinela en defensa de lo que ama; a todo lo cual atendía el demonio rabioso porque como se le traslucía que aquel niño de quien cuidaba tanto su buena madre se le asomaba a la cara tan vistosa estrella que publicaba que en su vida había de ser un ilustre varón con tan valientes bríos de la gracia de Dios, que bastaría a arruinar todo el infierno con el valor de sus grandes virtudes alentadas del favor de Dios omnipotente. Esto temía el infernal dragón, porque todo esto se le representaba en el milagroso semblante de nuestro Ve. Pe. niño, a quien el Señor, como tan padre suyo por intercesión de su santísima Madre, le libró de las peligrosas asechanzas del demonio pretendiente de privarle de la vida.

Bien lo dio a entender el infernal espíritu, pues, no obstante el atento cuidado de la santa madre María de Mena, la astucia del enemigo fue tan mañosa, aunque la prevención humana era tan atenta que se empleaba toda en la guarda de su milagroso hijo que, aunque por naturaleza lo era, devotamente creía que por la gracia de Dios era hijo de María santísima, por cuya causa con toda confianza era su fiel guarda. Pero aunque la vigilancia de la madre era conforme a su natural amor junto con la devota y fiel seguridad que se prometía del amparo de Dios y de su santísima Madre, no obstante con la permisión de Dios pudo el demonio poner al santo niño en manifiestos peligros de perder

la vida, de que milagrosamente le libró Dios por medio de la intercesión de su santísima Madre.

En la edad tan sencilla como la que se experimenta en poco tiempo de vida natural, le pareció al demonio ser buena ocasión para que nuestro santo niño se privase a sí mismo del vivir, sin saber lo que se hacía, con que el demonio conseguía su intento apartando del mundo a aquel que en varonil edad juzgaba que había de ser su mayor enemigo. Éste fue el intento del demonio, según nos da a entender el suceso; entrególe el enemigo al santo e inocente niño un bien afilado cuchillo con que incitó a aquella inocente humanidad a que se despojase de la vida natural. Como el agente era el demonio que industriaba contra la vida, la inocencia sin recelos de algún daño, con facilidad puso en estado su pretensión el enemigo, que a no traer Dios y su santísima Madre a María de Mena con sus mismas manos se hubiera muerto su amado hijo. Turbada quedó la amante madre viendo tan rigurosa contra sí misma la inocencia que a no socorrer Dios con el cuidado de su amante madre, se hubiera despojado de su propia vida su amado y milagroso hijo, con que quedara triunfante el demonio. Pero como Dios y su santísima Madre atendían con piadoso cuidado al amparo de la vida del milagroso niño, porque le quería para que lograra su vida en su santo servicio triunfando con grande aplauso del cielo y la tierra de todo el infierno que tan cuidadoso se mostró en desear quitarle la vida.

Medrosa y turbada la amante madre llegó a su amado hijo para averiguar si sus temores se habían extremado en peligrosa ejecución, turbada como amante le quitó de las manos el cuchillo reparando que el semblante del milagroso niño estaba tan empeñado en su desgracia, que, colérico, repugnaba que le privasen del fatal instrumento, con tanto empeño que le costó lágrimas y llanto el despojo de la acerada cuchilla con que el demonio por medio de su inocencia pretendía despojarle de la vida, que con tanto cuidado se celaba. No se contentó la amante madre con la diligencia de quitarle el cuchillo de las manos; su tímido recelo, hijo de su cariño, la obligó a que averiguase si sus temores pasaban a peligrosa ejecución de heridas; algo se consoló reparando en que no hallaba lastimosas señas de vertida sangre, con que acabó con su pesquisa dando gracias a Dios de haber librado a su milagroso hijo de tan manifiesto peligro. Pues fue tal el empeño con que el demonio incitó a su inocencia que con pueril pujanza había roto con el cuchillo casi todas las fajas que le defendían del mañoso ardor del demonio. Milagro particular de Dios en que se conoce el misericordioso empeño con que su santísima Madre atendía a amparar y defender la vida de su siervo que sin tener edad para servir tuvo tanta dicha de merecer.

Por este raro y milagroso suceso bien conoció la amante madre María de

Mena el rabioso cuidado con que el demonio agenciaba la privación de la vida de su amado hijo, pues no había lance de escalera ni tropiezo alguno peligroso a que no encaminara al milagroso niño para acabar con su vida, de que todo advertido de su devota madre María de Mena fiada en el amparo de la Virgen santísima, atendía con gran presteza a desbaratar las tramas del enemigo que con gran facilidad desbarató con el auxilio de la gracia de Dios omnipotente, siendo su protectora la Virgen santísima con que todo el infierno era poco para cortar el hilo de la felicidad de su amoroso empeño.

Con estos asustados embarazos prosiguió la venerable madre María de Mena el amparo de su hijo, fiada más en el favor de la Virgen que en su desvelo fatigado de la continuación con que el demonio por instantes la molestaba con la repetida agencia de su depravada pretensión, que era acabar con la vida de aquel milagroso niño de cuyo valor de señaladas virtudes se recelaba de que triunfaría de la maliciosa destreza de las diabólicas fuerzas del infierno. Éste era el temor del demonio por cuya causa continuaba con tanto empeño su depravada pretensión; pero no le valió, porque el amoroso cuidado de la santa madre, gobernado del favor divino a pesar de la infernal malicia, libró en la niñez a su milagroso hijo de las asechanzas del demonio.

Aunque fue vencido el demonio varias veces en la niñez de N. B. Padre Fr. Alonso de Orozco a fuerza del amparo de la Virgen santísima su Patrona, no obstante no se quiso dar por rendido, antes apelando a la inquietud de la puericia juzgó lograr en ella su infernal empeño. Bien sabido es el excesivo calor que en los caniculares meses se padece en Toledo; con que la fogosa juventud procura refrescarse en las aguas del Tajo, valióse en este tiempo el demonio de la inocencia de un muchacho de la misma edad que N. Ve. Pe. a quien procuró persuadir que le acompañase en el desahogo del río. Repugnó el modesto y virtuoso Alonso pero no le valió porque la fuerza de la amistad junta con la inocencia natural venció su modesta repugnancia de N.º Ve. Alonso, consiguió el amigo al fin su pretensión arto lamentable para él cuanto milagroso para nuestro santo Alonso, pues aunque el amigo se preciaba de gran nadador las furiosas corrientes donde se arrojaron iban a parar en unos profundos pozos donde también los dos compañeros pararon pero con gran diferencia, porque el compañero de nuestro Ve. Alonso gran nadador quedó en el golfo del río para siempre, pero nuestro Ve. Alonso como le amparaba la estrella de las aguas, María Santísima, *Estella Maris*, milagrosamente le libró del evidente peligro de las voraces aguas del río Tajo, que quien sirve de corazón a la Virgen María tiene seguro amparo en su amorosa piedad.

CAPÍTULO III

ENTRA A SERVIR EN LA IGLESIA DE TALAVERA Y PROSIGUE EN
LA SANTA IGLESIA DE TOLEDO EN LA PERFECCIÓN DE VIRTUD

Avergonzada debió de quedar la rabiosa envidia del demonio al paso que el santo valor de la venerable madre María de Mena pudo menospreciar las armas de su enemigo con el socorro de nuestra Madre y Señora la Virgen María, que con tanta vigilancia piadosa atendió al amparo de su amado hijo, N. V. P. Fr. Alonso, sacándole de las peligrosas asechanzas del demonio contra quien la santa madre María de Mena industrió a su amado hijo para que haciéndole caja al demonio con sus virtudes sirviese a un tiempo a dos señores a quienes estaba tan obligado, a Jesucristo Señor nuestro y a su santísima Madre la Virgen María, nuestra Señora, para cuya ejecución dispuso que su amado hijo Alonso se emplease en servicio de la Iglesia mayor de Talavera de la Reina donde apartado del bullicio del mundo sin algún embarazo podía servir a dos señores de quien era tan favorecido, al Hijo y a la Madre, a nuestro Redentor Jesucristo y a su santísima Madre la Virgen María nuestra Señora. Admitió con gustosa alegría el milagroso niño Alonso el empleo en que sus padres le ocupaban, que un alma llena de la gracia de Dios con su auxilio aunque habite en cuerpo chico obra como varón perfecto.

Bien se conoció esta verdad en aquella santa Iglesia, pues apenas entró nuestro niño en la posesión de ministro de pocos años en la casa de Dios, cuando fue conocido por ejemplar de heroicas virtudes obrando su enamorado corazón apresuradas diligencias en servicio de su graciosa Madre la Virgen María nuestra Señora, a cuyos pies como verdadero hijo de su amparo la dio las gracias de tanto bien recibido de su mano. ¡O cómo sabe el amor de la virtud sin perder tiempo agenciar mayorías de la gracia con que cumplir con la obligación de agradecido, acción con que empeña a todo el cielo a que le favorezca como a prenda celestial!

Poco fue el tiempo que nuestro gran varón en la virtud aunque de pocos años, asistió en la Iglesia de Talavera, porque como corría por cuenta de Dios y de su santísima Madre las medras del espíritu de su siervo, del cual conocían que se animaba su corazón enamorado de la Virgen del Sagrario de Toledo y de su gran Capellán San Idefonso, con que dispuso la bondad de Dios y de su santísima Madre que trocase su siervo la asistencia de la Iglesia de Talavera con la santa Iglesia de Toledo, Metrópoli de España, Roma con grandeza de la fe católica española, donde la nobleza se hermosea con la virtud y las letras se coronan dichosamente con la gloria de su asistencia en el templo, donde la Reina de los Ángeles, Madre del Hijo de Dios, Señora nuestra, se dignó piadosamente afecta a su devoto Capellán dignísimo Arzobispo a visitarle algunas

veces en su Iglesia donde, porque no se dudase del milagroso favor, obró otro milagro dejando estampadas sus divinas plantas en una felicísima piedra, donde los fieles corazones se embelesan adorando con tiernos y devotos rendimientos el milagroso favor.

Al calor de tan milagroso prodigio de la amorosa piedad de María santísima, nuestro Ve. niño Alonso se alentaba amante al ejercicio del servicio de Dios y de su santísima Madre, de manera que todos los que asistían a aquel divino templo tenían por ejemplar de virtud a nuestro santo niño Alonso, porque era tal su devota asistencia en todo, que se llevaba tras sí las atenciones más divertidas; y donde era más su continua asistencia era en la piedra donde la Virgen santísima dejó señaladas sus milagrosas plantas, porque en ellas con su amorosa asistencia hallaba descanso, regalo con particular artura para el hambre espiritual de gozos del divino amor, al fin en aquel duro y frío mármol se encendía la hoguera de su agradecido afecto con tan particular incendio que no le cabía el corazón en el pecho, considerando que aquellas huellas las habían grabado milagrosamente las plantas de la Madre de Dios para favorecer a su siervo San Ildefonso, para cuya perpetua gloria de la santidad de su devoto Capellán dejó aquellas tan prodigiosas señas de su favorecedor agrado.

Tan encendido de amorosos afectos se hallaba N. V. niño Alonso, que no sabía apartarse de aquel milagroso trofeo del amor de María santísima, con que santamente envidioso continuaba con gran frecuencia aquel paraje donde debía de recibir particulares consuelos de la mano de Dios, que todo se colige de los fervorosos anhelos con que de continuo se hallaba de servir a Dios y a su santísima Madre. Así parece que lo dio a entender nuestro venerable niño Alonso, pues en tan tierna edad se conformó con otro de su tiempo en que a la sazón que el sacerdote levantase la hostia del Santísimo Sacramento hiciesen voto de servirle toda la vida en el estado eclesiástico. Bien daba a entender la fogosa llama de amor que ardía en la pureza de su alma, pues hacía voto de no apartarse del servicio del Señor que le favorecía ¹.

Bien puede la santa Iglesia de Toledo gloriarse de haber poseído un tal hijo (tras tantos con que se ha lustrado). Pues todos los principios de su ser espiritual y temporal de N. Ve. Pe. los participó de la generosa y santa educación con que se crió en sus verdes años, aprovechándose con gran excelencia en la escuela de la lengua latina; de ahí le vino la dulzura natural de su elegancia. La continuación en el ejercicio de la oración la aprendió del repetido ejemplar de

1. Este voto le hizo en edad más temprana, de lo que aquí supone el autor; estaba en Talavera, o posiblemente aún en Oropesa; pues nos lo cuenta él mismo en sus *Confesiones*, lib. II, cap. 1. Dice así: «*Siendo yo de seis años cumplidos, nos concertamos yo, y otro niño de mi edad, o poco más, para que alzando en la Misa el Santísimo Sacramento, y estando de rodillas prometiésemos de seguir el estado eclesiástico, y así lo hicimos*».

los religiosos prebendados de tan santa Iglesia; la modestia allí la aprendió; la caridad como en casa propia la participó; y al fin, de aquella santa Iglesia sacó honra, virtud y letras conforme a la capacidad de sus años, pero con tal disposición que creció en la casa de Dios gigante en virtud y letras con milagrosas hazañas en toda esfera. De este gran varón se debe gloriarse aquella santa Iglesia, que aunque en tierna edad le alimentó para que creciese gigante en virtudes y letras para gloria suya y blasón ilustre de la Iglesia Católica, donde será Dios servido que le señalen en la tierra por digno habitador de la corte del cielo.

CAPÍTULO IV

SALE DE TOLEDO Y VA A SALAMANCA DONDE SE PREVIENE PARA RECIBIR EL HÁBITO DE N. P. S. AGUSTÍN

La virtud y la sabiduría se han preciado siempre de unirse en estrecha amistad, porque aunque la virtud no necesita de créditos ajenos, como se halla en este quebradizo vaso del cuerpo, anhela por saber en cuanto hombre algo de lo que dice la sabiduría humana, qué es el Ser de Dios para obligarse a amarle con mayor fineza racional. Ésta a mi ver es la causa de tanta virtud y santidad laureada con gloriosos aplausos de la sabiduría humana, la cual con singular destreza se acompaña de la virtud para que ya que goza de los lauros de tierra merezca conseguir la corona de la gloria.

Hernando Orozco y su mujer María de Mena, como verdaderos padres amantes de sus hijos procuraron siempre encaminarlos a fines de honrada y noble pretensión, con que a un hijo que tenían en casa dispusieron que se emplease en la honrosa ocupación del ejercicio de las letras, para cuya seguridad de permanencia gustaron de que le acompañase su hermano menor nuestro venerable joven Alonso, que lo festejó con todas veras por cumplir con el gusto de sus padres que lo encaminaban por la senda de su mayor conveniencia. Al fin conformes los dos hermanos en todo, hicieron su jornada en nombre de Dios y de su santísima Madre, de cuya imagen del Sagrario se despidieron con gran ternura procurando con lágrimas de despedida agenciar su bendición, que amante que se ausenta no se sabe acreditar sin llanto.

Llegaron al fin los dos hermanos en todo a Salamanca, a aquel urbano artífice de la sabiduría, a aquel sabio taller de la Urbanidad, a aquel árbol feliz que comunica primores de fecundidad, con que se desmienten las horras de la tierra atestiguando lo único de los Ángeles. Aportaron al fin a Salamanca donde procuraron la honrosa filiación de aquella Madre de las ciencias cuya pretensión consiguieron, porque no se precia de miserable la Madre Escuela, porque la vida de sus glorias está en que haya muchos que aprendan su ense-

ñanza. Los dos conformes hermanos trataron con todo cuidado de aprovechar en sus estudios, pero como Dios los tenía señalados para que caminasen por otra derrota con norte más seguro, movió a curiosidad religiosa el ánimo del hermano mayor de nuestro venerable joven Alonso, para que en su compañía fuese al convento de N. P. S. Agustín donde era Prior N. P. Santo Tomás de Villanueva, en tiempo que era Maestro de Novicios el Ve. P. Luis de Montoya que, aunque por la Iglesia no está aclamado por santo su ejemplar vida de que hay gran memoria en esta Provincia de Castilla y en la de Portugal donde descansa su cuerpo con gran veneración de todos, porque sus grandes virtudes obligaron a todos a que le venerasen. A este erario de santidad gobernado por dos tan grandes varones como he dicho que ha sido tan dichosa aquella casa en hijos que ha habido muchos que podían suplir la ausencia de tan grandes varones en santidad y letras, según la historia de aquella gran Madre que escribió N. P. Mtro. Tomás de Herrera, lo testifica, de que me congojo yo muchas veces porque siendo su hijo en nada imito a los demás.

A este jardín de santidad, a esta fértil sementera de virtud llegaron los dos santos hermanos guiados del espíritu divino, porque como la fragancia del olor del Esposo arrastraba tras sí a las almas santas compañeras de la esposa, así la sólida virtud de aquella santa y religiosa Comunidad obligó (aunque sin violencia) a los dos corazones hermanos a seguir aquella tan admirable derrota del cielo.

El hermano mayor fue el primero que declaró a nuestro Ve. joven Alonso el incendio que le causó en su corazón la prodigiosa llama del admirable anhelo de virtud de aquellos grandes varones que sin pegárseles el violento fuego del mundo, con milagrosa perseverancia conservaban la lozana verdura de la virtud, que a pocos pasos con su fragante fecundidad obligaban a los más tercios corazones a buscar su santa compañía. Esta pronta y santa deliberación comunicó el hermano mayor a nuestro joven Alonso, el cual como el Señor le tenía dedicado para más larga jornada de edad, quiso también que se previniese con más espaciosa atención. Porque aunque los buenos intentos del alma siempre son bien admitidos en el tribunal de Dios, no obstante quiere también el Señor prevención cuidadosa para que los tropiezos del camino del mundo no desbaraten la felicidad del fin de la jornada. En el hermano mayor no corrió esta regla, porque como su jornada de esta vida había de ser a pocos meses después de su determinación comunicó el Señor todo el fuego junto para que ardiese su alma en poco tiempo muchos siglos en amores de Dios.

A la proposición del hermano mayor respondió nuestro prudente joven Alonso que, aunque le había ganado por la mano en declarar primero la moción de su espíritu, que advirtiese que también Dios le había llamado a él, pero que no se atrevía a romper el cordón que le tenía puesto el mundo, sin que primero probase las fuerzas con que pudiese permanecer venciendo dificultades

de la flaqueza del natural humano. Atendióle con cuidadosa atención el hermano mayor con que le respondió diciendo que la causa de no haberle comunicado antes su intento, había sido hallarle menor de edad sin las fuerzas que requerían la austeridad de vida de aquella santa y penitente Comunidad, además que como más mozo podía ser que estuviesen más frescos los cariños de la casa de sus padres que quedaban solos, sin quien los asistiese en su vejez. No permitió nuestro V. joven Alonso que su hermano mayor con buena intención fuese instrumento para barajar los favores con que Dios le convidaba a su santo servicio, y así con toda resolución le dijo, que sus padres gustarían de ello, pues era voluntad de Dios, para cuyo efecto dichoso debían prevenirse con procurar seguir los pasos de aquellos siervos del Señor, que asistían con tan gran fervor al servicio de tan gran Padre que les comunicaba fuerzas de fervoroso espíritu para servirle de quien habían de aprender para acertar a seguir con seguridad la derrota de la carrera del cielo.

Conformes quedaron los dos hermanos; porque en los pechos donde vive la gracia, el consejo para asegurar el santo fin del empeño es sólo el que se abraza con toda seguridad y prontitud. Tomada esta resolución trataron los dos santos hermanos de unirse para seguir la derrota de la virtud en la Religión. Informáronse de los religiosos de lo particular de la vida, así de la común como de lo particular; fueles advertido de la continua asistencia del coro de día y de noche, cuatro disciplinas todas las semanas de toda la Comunidad: lunes, miércoles, viernes y sábado; los ayunos: la Cuaresma y el Adviento desde Todos los Santos, con todas las Vigilias de la Iglesia, Vísperas de la Virgen santísima, de los Apóstoles, Santos de la Orden, con que apenas se probaba carne en todo el año. El vestido era el que veían en el hábito; pero el interior era una túnica de estameña sin que se permitiese lienzo. La cama un jergón con dos mantas; el retiro de todos en sus celdas era tan ejecutivo que si no era el paso para el coro cuando se tocaba la campana, no se permitía que se ocupase el dormitorio; al fin aunque aquellos religiosos eran hombres que vivían en el mundo, no lo parecían en el trato natural, porque todo era retiro, aspereza de vida, rigor de penitencias, conque todo el trato era con Dios que les comunicaba valor de su gracia para vencer y triunfar de sí mismos con arta envidia del demonio. De esta penitente vida que se vivía en aquel dorado siglo, en aquella feliz casa madre de Santos y tan excelentes varones, los debieron de advertir a los dos santos hermanos, movidos del espíritu divino, se enamoraron del rigor de la vida, porque sólo la querían para servir con perfección a Dios que tanto les favorecía.

Con este fervoroso anhelo buscaron al prelado del Convento que era N. P. S. Tomás de Villanueva a quien con palabras que exhalaban sus enamorados corazones le hicieron capaz de su santa pretensión. N. Padre como tan ilustrado de la divina luz reconoció que aquella determinación de aquellos

dos santos hermanos era particular favor de Dios con que quería ennoblecer aquella ilustre casa que era célebre así en el cielo como en la tierra por las heroicas hazañas con que sus muchos hijos consiguieron gloriosas coronas, así en santidad como en letras.

Reconocido por nuestro Pe. S. Thomas este divino favor, lo propuso al Convento donde todos eran tan hermanos en la virtud como en el hábito, con que con espiritual aplauso los admitieron a su santa compañía, donde a un mismo tiempo con una misma acción se halló Dios servido y pagados sus siervos.

CAPÍTULO V

TOMAN EL HÁBITO LOS DOS SANTOS HERMANOS. DALES EL HÁBITO N. P. SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA. EXPLÍCENSE LOS EJERCICIOS DEL NOVICIADO Y CÓMO SE EJERCITÓ EN ELLOS N. V. PADRE

Llegó al fin el día tan deseado de los dos siervos de Dios, hermanos en el espíritu y en la carne que es la más dichosa hermandad que se puede imaginar, porque el espíritu que se emplea en Dios juntamente con hermandad con la carne sólo Dios los puede hermanar, y así parece que fue de Dios la unión, pues ambos hermanos con el mismo fin de servir al Señor dejaron al mundo con sus vanas promesas, retirándose a la casa del Señor, donde tantos siervos suyos conocidos en el mundo por sus grandes virtudes los admitían gustosos para compañeros y hermanos en el servicio de Dios, y así con particular gozo de aquella religiosa y santa Comunidad, su gran prelado nuestro Padre Santo Tomás de Villanueva les dio el hábito a los dos fervorosos hermanos, que no cabían sus almas en sus cuerpos de gozo viéndose hermanados con tan ilustres varones en la virtud, que con gozoso espíritu los admitieron a su compañía, profetizando en sus verdes años que habían de florecer y dar fruto de admirables virtudes antes que los días del mundo lograsen el agosto de su cosecha.

El año de mil y quinientos y veinte y dos, a nueve de junio tomaron el hábito de N. P. San Agustín estos dos dichosos hermanos, que siendo hijos de padres de la tierra la gracia de Dios los hermanó en su santo servicio. Dioles el hábito N. P. S. Tomás de Villanueva (como he dicho), fue su maestro de novicios el B. P. Fr. Luis de Montoya, de cuyos religiosos ejercicios y heroicas virtudes se pudiera decir tanto que se admirara el mundo presente de lo pasado ¹. A aprender la doctrina y enseñanza de estos dos grandes Maestros

1. El prior del convento de Salamanca que era a la sazón y les dio el hábito a los dos hermanos Orozco, fue el P. Fr. Hernando de Toledo. Dentro del año de noviciado le sucedió de prior Sto. Tomás de Villanueva.

en la virtud se dedicaron los dos santos hermanos, Fr. Francisco y Fr. Alonso de Orozco y salieron tan doctos en la virtud como se verá en lo que se resta de sus religiosos y santos ejercicios de sus vidas.

Fue el primer paso que dieron en aquella escala que subía al cielo como la de Jacob, el perenne ejercicio de la religiosa asistencia de los novicios de aquella santa casa madre de tantos y tan heroicos varones, como lo pregonaba la fama en las minas de bronce de felices e inmortales memorias con que quiso Dios aún en la tierra honrar a sus siervos con la veneración debida a sus grandes virtudes. Yo confieso que al llegar a este punto no sé cómo pasar adelante porque, aunque llegué tarde a aquel santuario de virtud, llegué a tiempo (como luego diré) que todo lo que me dijeron los antiguos se me hizo creíble porque experimenté tanto, que no necesité del crédito de los mayores para asegurarme de todo. Y cuando mi experiencia no probara tanto, bastaba que mi santo y Ve. Pe. Maestro de Novicios, que fue el P. Fr. Francisco Gómez, me lo dijera, porque le traté mucho y experimenté su verdadera santidad, para cuya prueba quiso la bondad de Dios que su cuerpo se conserve incorrupto de que no me admiro, porque su vida fue más del cielo que de la tierra, la cual no tenía qué corromper donde todo era espíritu. Perdónenme los lectores en este lance, porque aunque no es tan de mi empeño lo que se sigue, es empeño de mi voluntad agradecida a la enseñanza con que me crió y doctrinó, aunque por mi flojedad y tibieza de espíritu no he seguido los pasos por donde mi santo Maestro me guió. Tenga Dios misericordia de mí.

Vuelvo a decir que me perdonen los lectores, porque como soy testigo de vista de un año y dos meses, me pica la obligación al paso que me persuado que este ejemplar es del servicio de Dios. Su cama de este gran varón era un jergón y dos mantas y según él se aprovechaba de la cama, bien podía ser muy regalada y blanda, porque según lo que experimentamos todos, ni de noche ni de día se servía de ella, porque todo su reposo era asistir de rodillas a una ventana del noviciado que caía a la Iglesia, a la Capilla del Santísimo. Su ropa interior era recia estameña, que a la vista era horrible y al tacto insufrible. Su comida a medio día era una escudilla de caldo con parte de un panecillo. A la noche cabal medio panecillo y algunas veces pellizcaba la pitanza, pero con tanta moderación que se guardaba por entera para un pobre estudiante. Su asistencia en el coro era continua desde maitines a media noche hasta completas del siguiente día, a que se seguía la asistencia de los particulares ejercicios del noviciado, cuyo afán (según mi sentir) es particular providencia de Dios la permanencia en aquella santa vida. Su oración, además de las dos horas que tiene la Comunidad, que son una después de maitines y otra después de completas. Con los novicios tenía otra hora en el Oratorio; pero no se acababa aquí su oración porque así como ordenaba a la noche que se fuesen los novi-

cios a descansar (como luego diré) él se subía a una sala del noviciado (como he dicho) cuya ventana caía a la Iglesia en frente del altar de san Lorenzo, donde está el Santísimo. En este paraje se arrodillaba en que permanecía hasta que el sueño le vencía obligándole al descanso, que era con una traza como de su penitente cuidado, hincaba la frente en el suelo con que debía de descansar aquel valeroso cuerpo que vencido del sueño se rendía. Pero con el golpe despertaba para continuar su oración de rodillas. Su continua asistencia era ésta, atendida con gran cuidado de todos los que le asistíamos. Sus mortificaciones, además de lo dicho, eran rigurosas porque ceñía un cilicio de hierro de la anchura de cuatro dedos con las púas cortas aunque agudas; este rigor le ceñía todo el cuerpo fiándole de un clavo que con la cabeza le hería el estómago y con la punta la barriga, de que le resultó obligarle N. P. Maestro Fr. Basilio Ponce de León, que era Prior, porque cayó con unas tercianas ocasionadas de las llagas del cilicio, a que se curase mandándole en virtud de santa obediencia que manifestase si tenía alguna llaga. Obedeció con repugnante modestia el penitente varón, conque todos ocularmente vimos los rigurosos efectos de su penitente trato. A este paso era todo lo demás, conque no se admirará nadie de que, aunque mi empeño no es relatar lo prodigioso de la vida de mi Vr. P. Maestro, haga tan larga (aunque a mi ver) sucinta relación en la ejemplar y prodigiosa vida de N. S. P. Fr. Alonso de Orozco.

Reconocido el rigor con que el Maestro se trataba a sí mismo, se sigue naturalmente el modo con que obligaba a sus súbditos novicios a que siguiesen sus pasos, que aunque no eran tan propios, eran semejantes según lo que en aquella santa casa siempre se ejercita. Y para que den gracias a Dios y juntamente se conformen con mi parecer, el cual es que con particular providencia de Dios quedan fuerzas y valor para mantener el rigor de la vida de aquel santo noviciado. Brevemente diré lo que pasó por mí, que alargarme fuera nunca acabar.

Nuestras camas eran un jergón con dos mantas, la ropa interior de estameña, la comida tan tasada que perecíamos de hambre y de sed, y muchas veces que nuestro santo Maestro advertía la gana con que en el refectorio comíamos la pitanza, nos la quedaba para los pobres. Por verano a las tardes y siempre no se podía beber sin su licencia, porque decía que se enfermaba con la bebida a deshora, que nos mortificásemos. El ejercicio del coro y del noviciado era y es como se sigue: A las ocho, poco más de la noche, acabábamos con los ejercicios de aquel día (que diré) en el Oratorio, conque tratábamos de dormir que se hacía presto porque el trabajo continuo nos saboreaba con el sueño, aunque no se alargaba a más que hasta las once y media de la noche, que nos llamaban para ir a maitines indispensables en aquella santa casa; salíamos de las celdas y nos arrodillábamos delante de un santo Cristo que estaba en la

frente de la pared del dormitorio; allí nos hacía el Maestro de novicios un capitulillo exhortándonos a la compostura y devoción en el coro. Decíamos la antifona de *Crucem sanctam* y el Maestro algunas oraciones, conque bajábamos al coro donde el que tenía el cuidado de registrar los libros los registraba, los demás permanecían de rodillas sin arrimarse a las sillas hasta que el Prelado hacía señal.

Asistíamos a nuestros Maitines y a la oración con todo cuidado religioso hasta acabar, y en acabando nos hacía nuestro Maestro un capitulillo del descuido de la vista en el coro, conque salíamos de él hasta el tabernáculo de N. P. S. Juan de Sahagún, donde nos hacía otro capitulillo reprendiéndonos de que no imitábamos con perfección las virtudes del B. P., decíamos una antifona y el Maestro la oración, conque nos íbamos al noviciado sin descomponernos, donde nos arrodillábamos delante del Santo Cristo, decíamos la Antifona *Crucem sanctam* con su oración, a que se seguía otro capitulillo, conque nos retirábamos a las celdas, donde asistíamos desde las tres de la mañana que salíamos de coro hasta las cinco y media, que nos llamaban para ir a Prima, donde íbamos y volvíamos por los mismos pasos contados con los ordinarios capitulillos que a maitines, sino es que sucediese algún descuido particular de algún novicio, con que se alargaban los capítulos y junto al tabernáculo del santo San Juan de Sahagún le señalaba la religiosa penitencia; conque ya eran cerca de las ocho cuando volvíamos al noviciado, donde disponía el Maestro señalando cuatro que fuesen a cojer las basuras de todo el convento; los demás se retiraban a las celdas donde se ocupaban leyendo en algún libro de devoción, de que habían de dar cuenta en la Comunidad que se hacía a medio día y a la noche; en esta ocupación se hallaban los novicios hasta las nueve, que tocaban una campanilla que nos llamaba al Oratorio donde estábamos en oración hasta las diez, que íbamos al coro a las Horas y a la Misa que, acabada, tocaba un novicio a comer; conque bajábamos al refectorio, donde muchas veces la comida es un panecillo y la escudilla de caldo, porque al Maestro de novicios le parece que conviene mortificar a los novicios en la comida. Acabada, suben los novicios al noviciado donde se juntan todos en comunidad sentados por su orden, a que preside el Maestro de novicios para tratar diferentes ejemplos de particulares virtudes que cada uno ha leído en el tiempo que le vacó. Esta acción por invierno se ejercita hasta la una, por verano hasta las doce, porque han de ir a nona al coro donde se quedan de rodillas hasta las Visperas que fenecidas a las tres y más, se vuelven al noviciado precediendo los capitulillos ya dichos con que se retiran a las celdas donde se ocupan en leer algún libro de devoción (como he dicho) con todo cuidado porque a la noche el Maestro les toma cuenta de lo que han leído y les obliga a repetirlo a los demás. A las cuatro de la tarde se toca una campanilla que los conduce a todos al Oratorio donde se reza el oficio de difuntos por los religiosos que han muer-

to. Esta acción dura hasta las cinco de la tarde que tocan a Completas, donde asisten cantando la antifona y una hora de oración con toda la Comunidad, a que se sigue tocar a cenar conque bajan al refectorio donde cenan su ordinaria pitanza si no es que el Maestro les quiera mortificar obligándolos a que la dejen para los pobres.

De aquí se van al noviciado, donde se juntan en Comunidad en que el Maestro les pregunta lo que han leído en aquel día, conque cada uno dice delante de todos lo que ha leído; el Maestro los alienta a seguir ejemplares religiosos conque se van al Oratorio donde rezan a coros el Rosario, tras él se suspenden un rato de oración y en acabando se levanta el Maestro de novicios y les hace un Capítulo en que saca las culpas de aquel día, que ordinariamente son levantar los ojos, reírse, hablar alguna palabra sin tiempo, descuidarse en la puntualidad del volver las hojas de los libros del coro a su tiempo, y otras cositas que a los de fuera no les parecerá que merecen castigo, pero como allí es la piedra de toque de la virtud procuran los Maestros afilarla con disciplinas, con ayunos, con que coman en tierra en el refectorio mientras come la Comunidad. Todas estas mortificaciones se deliberan a la noche; pero si son para dentro del noviciado se ejecutan luego y si la falta es pública también lo es la pena delante de toda la Comunidad en el refectorio. Acabada esta función, repasan las lecciones que se han de decir en el coro a media noche a maitines, conque rezan una salve con su oración y se van a descansar hasta las once y media, que los llaman para ir a Maitines.

Ésta es la vida de aquella santa casa sin expresar las ordinarias mortificaciones de decir la culpa de rodillas, no levantarse hasta que el Maestro se lo mande, de llevar disciplinas públicas en el refectorio por mortificación expresamente y no por culpa. Otras millares de cosas hay que sería muy largo el proceso si las expresara, pero basta lo dicho para prueba de mi sentir; que es particular providencia de Dios la perseverancia en vida tan austera.

A todo esto asistía mi santo Maestro a que juntaba el rigor que usaba con su cuerpo que también era particular providencia divina, que se pudiese mantener en pie. Pero los que le tratábamos no nos admirábamos de su fortaleza, porque palpablemente conocíamos que Dios le favorecía con grandes misericordias. Soy testigo de un milagro que Dios hizo en mi tiemi o en su nombre, y fue que la Víspera de todos los Santos estando el P. Fr. Antonio del Águila en Visperas, porque allí en dobles mayores y en días de fiesta no hay exenciones de coro a Visperas, ni a la misa, ni a maitines, que siendo exentos por años o por estudios, ya que no va a Maitines a media noche, va a los Maitines rezados que se rezan a prima noche; y así aunque el Padre Fray Antonio del Águila por su oficio era exento de algo del coro, en tales días no faltaba, y así estaba en Visperas de todos los Santos, donde parece que le expiaron unos ladrones

que le escalaron su celda de donde le robaron la ropa con quinientos reales que aquella mañana había cobrado. En este tiempo andaba mi santo Maestro muy solícito en limpiar y asear la tribuna que cae sobre la Capilla de Nuestra Señora en que está el Santo Cristo que habló a nuestro Padre San Juan de Sahagún. A este paraje nos llevaba todo el tiempo desocupado agenciando que todos contribuyésemos para el aliño. Ocho o diez días después de todos los Santos nos hallábamos los novicios con nuestras escobas junto al antecoro donde estaba el P. Fray Antonio del Águila, el cual le dijo a nuestro santo Maestro de novicios: *Haga vuestra reverencia que el Santo Cristo disponga que me vuelvan lo que me han robado que yo prometo de darlo todo para el aliño de su Capilla, a que respondió el santo Maestro: mire vuestra reverencia lo que dice, porque la palabra se da al santo Cristo, a que respondió el Padre Águila: Ya lo sé y para cumplirla la doy. --Pues enhora buena, riéndose dijo el santo Maestro.*

Pasáronse dos o tres días, al cabo de ellos llamaron a toda prisa la campanilla de noviciado; era yo portero en aquella ocasión, conque salí de la celda a saber quién llamaba; era un leguillo santo, sencillísimo, que era portero del Convento, que se llamaba Fray Gabriel de la Madre de Dios, de cuyas virtudes y favores que Dios le hizo se pudiera decir mucho, pero no ha llegado su tiempo. Era su cuidado en esta ocasión buscar a nuestro santo Maestro a quien avisé cómo estaba allí el hermano Fray Gabriel; díjome que le dejase entrar, conque abrí la puerta, y entró acompañado de tres hombres que venían cargados debajo de las capas, no vi lo que traían pero reparé en que venían mudados de color, como espantados. Entráronse en la celda de nuestro santo Maestro, cerraron la puerta quedando Fray Gabriel en el dormitorio a quien pregunté qué era aquello que aquellos hombres traían y a qué venían, a que me respondió, *no es esto para el hermano. Son grandes misericordias de Dios;* conque me quedé así sin entender el caso hasta el otro día que fui a coger la basura con otro novicio y cogiendo una junta a la celda del Padre Prior, que era nuestro Padre Maestro Fray Basilio Ponce de León, que me dio el hábito y la profesión, el cual alentándonos al servicio de Dios y ejercicios religiosos nos dijo que mirásemos cómo Dios favorecía a los que le servían con perfección como nuestro santo Maestro que dándole palabra el Padre Águila de darle para el aliño de la Capilla del Santo Cristo todo lo que le habían hurtado, se lo volviesen porque se les apareció el santo Maestro en el campo a los ladrones a quien amenazó de muerte de manera que atemorizados y medrosos le volvieron todo lo que habían hurtado al Padre Águila el que, al no queriendo recibir nada por cumplir con su palabra, entró de por medio el Padre Prior que mandó que los quinientos reales fuesen para el santo Cristo y la ropa para el Padre Águila que así lo disponía el santo Cristo. De estas cosas podría decir mucho de este mi gran Padre y santo Maestro, pero baste por ahora quedando con

atención a la religiosa vida de aquella santa Comunidad, la cual por la misericordia de Dios no se ha relajado, aunque los temporales relajan y acaban.

CAPÍTULO VI

PROSIGUE EL ASUNTO DEL CAPÍTULO PASADO

Qué desengañados podrían estar los hombres de los bienes de la tierra, pues éstos aunque la apariencia de sus flores promete gustosa sazón al hombre, pero el fruto son trabajos, afanes, ahogos, infelicidad de la muerte. Harto buen ejemplar es el de nuestros primeros Padres, que engañados de la vista les pareció gustosa la fruta del árbol bedado, pero la experiencia les dio a entender cuán engañados pecaron, pues la amargura que les ocasionó la fruta no fue menos que mortal con desazones de hallarse desterrados de su patria, el paraíso, desnudos y afligidos, en desgracia de Dios que los crió. No les sucede así a los amigos de Dios, que amorosamente empeñados en su servicio pisan la carrera del mundo con alegría gustosa como lo aconseja el Apóstol: «*semper gaudete, sine intermisiones orate*»¹. Aunque los afanes de esta mortal vida molestan y aun ahogan a este cuerpo corruptible, el espíritu endiosado, dulcemente embebecido del Sumo bien, se alegra gustoso en el afán de las penas con que el mundo pretende apartarle del servicio de Dios, en cuyo ejercicio viven alegres y gustosas las almas gozosas del premio, que aún en esta vida les contribuye el Señor por la amorosa perseverancia de su santo servicio.

Bien conocida tenían esta felicidad los dos santos hermanos, pues atendiendo al rigor de la religiosa vida de aquella santa casa Madre de tantos siervos de Dios, con fervoroso y gustoso anhelo se introdujeron en la compañía de aquellos tan penitentes varones de que les resultó a los dos santos hermanos gustosa y sazónada alegría. Así lo confiesa nuestro Ve. Pe. Fr. Alonso de Orozco en el libro segundo de sus Confesiones, capítulo Tercero, cuyas formales palabras que explican todo su sentir son las siguientes (qué palabras Señor): «*Para daros alabanzas por esta merced, grandes habían sido las demás porque de vuestra mano no hay don pequeño, más este favor muy adelante va; llamarme y sacarme del mundo tan peligroso, inquieto y bullicioso en el cual hay tantas redes y lazos para caer las ánimas. Loado seáis Vos, Redentor mío, que tal vida vinisteis a enseñar a los fieles, y bendito seáis que tal voluntad para obra tan heroica en mí pusisteis*»². Con qué ternura da las gracias a Dios el

1. 1 Thes. 5,16.

2. *Confesiones*, lib. 2, cap. III, pág. 45.

V. P. de la merced que le hizo en comunicarle rendida voluntad al auxilio que le comunicó para dejar al mundo con sus engañosos sabores trocándole por el aparente azibar de las religiosas mortificaciones de los santos ejercicios de aquel santuario, cuna de tantos siervos de Dios que doctrinados de su enseñanza fueron lucientes estrellas de perfecta virtud aclamados de la tierra y coronados en el cielo.

Nuestro Ve. Pe. Fray Alonso de Orozco con el grande espíritu con que Dios le había favorecido, aunque el rigor de la vida era como brevemente he significado, no obstante todo le parecía poco en servicio de Dios, (que al que ama de veras todo le parece poco en la asistencia del que ama), agradóle a Dios su fineza conque por darle en qué merecer y a su hermano en qué purgar los descuidos de la vida de mozo, permitió o dispuso el Señor para mayores méritos de sus siervos que al hermano mayor de Nuestro V. P. Fray Alonso de Orozco, hermanos de Padres de hábito y de espíritu, en todo dichosamente hermanados, para que sin ventaja lograsen el premio crecido de sus méritos. Dióle Dios a Fray Francisco una llaga en su pie de la cual se le originó mortal accidente, pero con tan gran fortaleza que le comunicó el Señor que, aunque el achaque le causaba insufribles dolores, su paciencia era tal que con increíble gozo lo ofrecía a Dios sin que el rigor de la pena le causase turbación, antes con risueña cara alababa al Señor que le daba en qué merecer.

Nuestro V. P. Fray Alonso de Orozco aunque la envidia del demonio le pudo embarazar con las sutilezas de sus tentaciones ya con el cariño de sus padres, ya con la libertad de su juventud, ya con todas las razones humanas con que al natural humano en la primavera de su vida pudo obligar al santo joven a que volviese atrás del viaje del cielo que había comenzado a caminar, nada le aprovechó al demonio, porque como iba guiado de la doctrina de aquellos santos varones de aquella ilustre escuela de santidad con el norte fijo del favor de Dios a quien sólo amorosamente atendía, no pudo el demonio lograr sus asechanzas, de que el V. P. da gracias al Señor de haberle dado valor para salir triunfante de las armas del enemigo común. Sus palabras son las siguientes en el Libro segundo de sus confesiones, capítulo cuarto: *«¡Oh Señor piadoso, y cuánto os debe mi alma loar por este particular!; ¡con qué palabras manifestaré los combates y asaltos que contra mí levantó aquel envidioso enemigo nuestro! Unas veces me representaba la libertad del siglo, otras el amor natural de mis padres y hermanos; espantábame con la soledad de la celda, con la aspereza de aquella vida que escogí. Procuraba persuadirme que era muy desigual a mis fuerzas porque era imposible que yo pudiese perseverar en ella. ¡Oh cuántas veces me vi casi vencido y resuelto a volverme al siglo, pero Vos, Señor, por vuestra bondad me disteis la mano para que acabase el año del noviciado!*

Bien conocía nuestro Ve. P. de dónde le venían las fuerzas para triunfar del enemigo común, muy de memoria tenía la lección de Santiago: «*De-sursum est descendens a Patre luminum*» (Jacob. 1,17) efectos milagrosos son todos de la bondad del Padre de las luces, de allí viene todo el valor para la resistencia, todo el fervor para el ejercicio de la virtud, porque sólo de aquel principio como de perenne fuente nos viene todo el bien—, conque se engaña muy lastimosamente el que presume algo bueno de sí, por poco que sea, sin el favor del Altísimo, porque el hombre por los merecimientos de Cristo, nuestro bien, es viador para la gloria, no obstante él por sí solo no es nada. Con los auxilios suficientes caminará, pero al menor tropezón se despeñará si el brazo del Omnipotente Dios no le mantiene. Nuestro V. P. Fray Alonso muy bien estaba en esta doctrina, porque la bondad de Dios le había puesto en ella premiándole su rendida y gustosa aceptación de los beneficios con que le favorecía.

No desechaba el demonio ningún lance que le pareciese que en él podría peligrar la fortaleza espiritual de nuestro gran Padre, porque aunque novicio en la religión, era muy anciano en el espíritu, que visto del demonio envidioso en la mortal enfermedad de su hermano Fray Francisco le procuraba desconolar, ya por la necesaria y continua asistencia que tenía a su hermano, que junta con la del noviciado era muy pesada, a que se le juntaba la consideración de la falta que le haría a su amor fraternal la ausencia de su hermano con su muerte, de todo lo cual echaba mano el demonio para afligir a nuestro siervo de Dios, el cual de todo se aprovechaba conformándose con la divina voluntad, que fue servido de llevarse para sí a Fray Francisco de Orozco, hermano mayor de nuestro V. P. Fray Alonso, el cual aunque el amor natural le fatigaba con la muerte de su amado, se conformaba gustoso con la voluntad del Señor, el cual para que se reconociese que era de su agrado el suceso, le comunicó tan gran valor de conformidad al paciente, que así nuestro Ve. Padre, que era su hermano, a quien le tocaba más la pena, como a toda aquella santa Comunidad, se conformaron con tanto gusto que más parecía acción de gracias que pésames de muerte, reconociendo que sólo Dios pudo dar aquella santa valentía maltratada de continuos y penetrantes dolores, pero con tan gran valor celestial, que ni un suspiro se le oyó, porque todo su aliento se empleaba en dar gracias al Señor por el penoso ejercicio en que le había puesto para purgar sus faltas y merecer el premio de la gloria.

A todo esto atendía santamente N. Ve. P. Fray Alonso como verdadero hermano que aplaudía más la gracia de Dios que alcanzaba a ver en Fray Francisco su hermano, que el sentimiento que le debía causar (según el natural humano) la lastimosa presencia de su amado hermano fatigado con los aprietos de la cercana muerte, conque con igual consuelo se acariciaron los dos santos hermanos prometiéndose el uno al otro de ayudarse en la presencia de Dios

que a entrambos atendía como prendas de su cariño, llevándose para sí al uno mortificado de su mano para merecer el premio de su compañía, y dejando en el mundo a N. Ve. Padre Fr. Alonso para bien de los hombres y gloria suya.

CAPÍTULO VII

PROFESA N. Ve. P. Y SIGUE LOS ESTUDIOS Y LOS EJERCICIOS EN QUE SE OCUPABA

Aunque los días y los años son siempre unos en la duración, no obstante le parecen tardos al que anhela por llegar al apetecido término que desea, porque los plazos de la voluntad son más apreciados que los del sol, porque éste corre en obediente regla de término cuando la voluntad no se gobierna sino por el antojo de su querer. ¡Oh, qué largos se le hicieron a N. V. Fray Alonso de Orozco los días del año del Noviciado, porque como su voluntad era gobernada por su valiente espíritu que anhelaba graduarse en aquella escuela de virtud de la casa de Salamanca del Orden de N. Padre San Agustín, donde pretendía ser admitido por hermano de aquellos insignes varones que ilustraron aquella santa casa; conque todo su anhelo era que llegase la hora en que acabase con el mundo por hijo de tal madre, para cuyo dichoso efecto prometió vivir en la tierra como si no viviera en ella guardando la ley del Señor con toda perfección coronándola con la observancia de tres votos solemnes, Obediencia, Pobreza y Castidad, porque el que de veras ama a Dios no se contenta con observar sólo sus preceptos sino aumentar heroicas finezas.

A este término llegó N. Ve. Padre, disponiendo el Señor que N. P. S. Tomás de Villanueva como dignísimo Prior fuese en cuyas manos hiciese profesión firmándola de su nombre en compañía del Venerable Padre Fray Luis de Montoya, Maestro de novicios, conque se ajustó una trinidad humana de santidad y virtud, Prior, Maestro de novicios y Novicio, porque en aquella ilustre casa (es ya favor continuado de Dios) no es uno sólo el siervo de Dios sino todos. Sea el Señor alabado por todo, pues tan favorecedor es de los suyos, pues hasta las paredes donde habitan las ilustra con su presencia.

Aunque acabó con el rigor de la vida del noviciado, no olvidó nuestro Venerable Padre sus ejercicios, y aunque se ocupó en el estudio de las artes no faltó a la continua obligación del coro, porque la Comunidad de aquella santa casa no admite exención a los estudiantes, porque es cierto que más se estudia orando que estudiando. Nuestro Venerable Padre aunque el trabajo corporal se le aumentó, no sólo no aflojó en la carrera de la religión observante, sino que dio gracias a Dios que le puso en mayor obligación para servirle. Su estu-

dio era desde que salía de Maitines a media noche hasta las seis de la mañana. Todo lo demás tiempo del día gastaba en asistir a sus lecciones y actos ordinarios del estudio, sin perder hora ninguna del coro, conque obligó a Dios a que le comunicase talento para lograr con ventajas el ejercicio del estudio, porque sola la sabiduría que Dios da es la que aprovecha y la que admira a los sabios del mundo; sino preguntémosse a los sabios, que muy presumidos de doctos juzgaron convencer a santa Catalina mártir, la cual con la sabiduría que Dios le comunicó con su gracia los derrotó, de manera que de avergonzados enmudecieron. N. Venerable Padre Fr. Alonso ejercitándose en las virtudes que aquella santa Comunidad continuamente obraba, obligó al Señor a quien servía a que le comunicase capacidad para aventajarse a sus condiscípulos en la sabiduría que aprendía de sus Maestros, que era dada de Dios.

Son tan admirables las noticias que dejó N. Ve. P. en aquella santa casa del modo con que trató la observancia de la religión con el estudio de la humana sabiduría, que a todos los que alcanzamos religiosos de aquel siglo, para reprehender nuestros descuidos de estudiantes mozos, traían por ejemplar a N. V. P. en el tiempo que estudió en aquella santa casa. Si alguna vez porque nos quedábamos dormidos a maitines nos enviaban a llamar segunda vez, nos reprendían diciendo que tuviésemos atención al ejercicio a que debíamos asistir, que el Pe. Fr. Alonso de Orozco necesitó el Prelado sacarle del coro y obligarle a que se fuese a acostar porque estaba malo, y esta memoria se hacía en todas las reprecensiones por nuestros naturales descuidos, así en el coro como en los demás ejercicios de penosa obediencia.

Nuestro venerable Padre fue siempre el primero en la ejecución de los mandatos del Prelado con tanto rendimiento a todo y tan ejecutivo que parecía que no se empleaba en otra cosa que en la que se le mandaba hacer. Y fue muy reparable en nuestro Ve. Padre esta acertada puntualidad, porque siempre su alma se hallaba en la presencia de Dios, conque su cuerpo flaqueaba con admiración de los que le trataban, considerando en todo sus aciertos, siendo tan puntual el valor de su cuerpo, faltándole el de su espíritu que se hallaba siempre en la presencia de Dios.

Nunca jamás le dieron penitencia oí decir a los que le conocieron, que fue al P. Fr. Juan de Herrera y al P. Fr. Pedro de Monroy, por haber faltado en el general al repetir la lección, al argumento que le tocaba, al fin en todo era él singular de entendimiento, memoria y voluntad, cuando su cuerpo se podía quejar del mal trato que le hacía de disciplinas, ayunos y mortificaciones, de manera que a vista de todos daba Dios a entender a los hombres que el cuerpo de su amado siervo, sólo el valor de su gracia le podía dar alientos para todo con admiración del mundo.

Bien podía el mundo admirarse, porque en él todo es flojedad con que re-

laja el cumplimiento de obligaciones, olvido de ellas conque es ruin por todos lados, de manera que del mundo no hay que aprender sino ruindades con total olvido de lo que se debe a Dios. Gran felicidad fue la de N. Ve. P. Fr. Alonso de Orozco, pues entró en el mundo para vivir en él como en el cielo. Gran seña de esta felicidad fue la de su nacimiento en la tierra, señalándole por siervo suyo, dando a su madre la Virgen María el nombre de Alonso con que se había de nombrar. De aquí resultó el sosiego de su niñez, el anhelo de servir a Dios, el despego del mundo con que entró en la Religión donde halló tantos siervos de Dios en aquella santa casa, que le recibieron con espiritual gozo profetizando lo milagroso que el Señor prevenía para su santo servicio, a que se agregaban las señas de los grandes Maestros más inmediatos que tenía en la virtud, como fueron el Santo Tomás de Villanueva, siendo Prior, y el Ve. Pe. Fr. Luis de Montoya, Maestro de Novicios, cuando no hubiera más que estas dos luces sobran para ilustrar almas de protervo corazón, pero como la tierra de N°. Ve. Pe. Fr. Alonso era tan fecunda, fecundaron las luces de virtud con tanta largueza como se verá en lo que sigue de su vida.

CAPÍTULO VIII

DE LA PRONTA Y RENDIDA OBEDIENCIA DE N. V. PADRE

Cuidadoso el divino Labrador de fecundar con celestiales plantas de virtud la dichosa y fértil tierra de nuestra casa de Salamanca, dispuso su divina Providencia (como he dicho) de trasplantar la generosa planta de N. Ve. Pe. Fray Alonso de Orozco, que en el mundo se descollaba con fragantes verdores de religioso natural con que le hizo lugar en el florido jardín de virtudes de la Religión de N. Padre S. Agustín en brazos de aquella ilustre casa de Salamanca, madre de tan gloriosos hijos a quien siguió N°. V. P. con tan alentado espíritu que con gustosa admiración les parecía a los demás religiosos que no había tenido tiempo para haber aprendido con tanta eminencia, porque no parecía discípulo sino Maestro, con tanta propiedad se transformó N. V. Padre en el cumplimiento de las obligaciones de su nuevo estado que no parecía haber mudado de vida sino haberse convertido en otro hombre; todo absorto en Dios, endiosado todo a quien los apetitos y deleites del mundo no sólo le temían y respetaban sino que de extraños le desconocían cumpliendo con el precepto de San Pablo: *«Expoliantes vos veterem hominem cum actibus suis»* (Colos. 3,9). En esto y en vestirse como escogido de Dios de unas entrañas misericordiosas en quien viven los sagrados humores de benignidad, humildad, modestia y religioso rendimiento a la obediencia de sus Prelados en que fue N. Ve. P. de pronta ejecución.

Todos los sagrados escritores han atendido con gozosa admiración a la pronta obediencia de Abrahán a la ejecución del mandato de Dios, por cuya causa le honró y favoreció con tantas veras auxiliándole para que se esmerase en el ejercicio de las virtudes en su santo servicio, siendo la causa del empeño de Dios en favorecer a su siervo Abrahán la pronta obediencia con que atendió a la ejecución de su mandato y la razón es porque, como dice S. Jerónimo: «*Obedientia fundamentum est omnium virtutum*». Para que un edificio se edifique con toda seguridad, se cuida con toda atención en la fortaleza de los cimientos, porque en ella estriba toda la vida del ser magnífico de la obra.

N. Ve. Pe. Fr. Alonso de Orozco, como tan cuidadoso del cumplimiento de las obligaciones de verdadero religioso para cuyo efecto dio de mano al mundo, muy grabado tenía en el corazón el ejemplar de Abrahán y demás siervos de Dios con quien trataba para aprender la ciencia más segura para crecer en la casa del Omnipotente Señor; y así como su espíritu era todo para agradar a Dios en cuya amistad de su servicio deseaba ser grande, todo su anhelo era obedecer olvidando su propia voluntad para emplearse en el cumplimiento de la voluntad de su prelado, conque a todas horas, con todas sus potencias, atendía a ser el primero en la ejecución de la obediencia, de que resultaba que, como los prelados le hallaban más cercano, él era el que era para todo sin que se le ofreciese dificultad en la ejecución, conque fue portero, fue refitolero, fue sacristán, fue compañero del Procurador de cocina, y al fin en todo le hallaron los Prelados a propósito para todo, porque de todo dio buena cuenta, porque como su espíritu era obediente vencía todas las dificultades que se ofrecían con el rendimiento de su voluntad a la del Prelado.

Acabó N. Ve. P. Fr. Alonso sus estudios y como su voluntad estaba rendida a la del Prelado, y la del Prelado era sólo determinada al bien de las almas de sus súbditos en el servicio de Dios, aunque N. Ve. P. salió de los mejores estudiantes de aquel curso, no le pareció al Superior que le convenía el ejercicio de la cátedra, y así le envió al Convento de Arenas donde en aquella soledad en compañía de la imagen de la Virgen, que en aquella tierra ha hecho y hace cada día infinidad de milagros Dios, favoreciendo a los vecinos de la tierra en gloria suya y honra de sus siervos, los Religiosos de S. Agustín que a todas horas la están alabando. Aquí vino a descansar del trabajo de los estudios N. V. P. el cual decía que no podía tener, mayor alivio ni mayor consuelo que haber ido por obediencia a servir a la Virgen de Arenas, porque en su amparo halló todo el consuelo de su alma. Aunque el Ve. Padre no lo dijera, harta experiencia tenemos los católicos cristianos de que la Virgen María, Nuestra Señora, Madre de Dios encarnado, es nuestra protectora, como Madre de pecadores y todo nuestro consuelo, como Madre del que comunica todo el bien a los hombres.

En este Convento, que fue el primero que fundó en España la reforma, vivió N. V. Padre algunos años hasta que la obediencia le obligó a dejar este santo retiro, para que con su ejemplar y acertado gobierno asistiese a los Conventos donde la obediencia le obligó a ser Prelado (como luego diré); pero en estos años que asistió en el Convento de Arenas logró su espíritu las sabrosas cercanías de la Madre de Dios en aquel solitario retiro donde él con sus Religiosos hermanos de hábito se esmeraban en el servicio de la Virgen Santísima ¹.

Con gran consuelo se hallaba N. V. Padre a tiempo que llegó a su noticia el gran fruto que los hijos de N. P. San Agustín de la Provincia de Castilla habían hecho en las Indias con su predicación y ejemplo de sus grandes virtudes; y como en el pecho de N. V. P. se mantenía el fuego del amor de Dios, con esta noticia se le encendió la llama de ardiente caridad que le obligó a proponérselo a su Prelado para que, no sólo su santa voluntad fuese la que consiguiese el empeño en servicio de su amado Jesús, sino que por obediencia lograrse el mérito de su voluntad. ¡Oh qué delicadezas obran los Santos para merecer! y ¡qué torpezas piensan los hombres para pecar! Como he dicho aceptó el Prelado el empeño de su santa voluntad; pero porque se reconociese que el súbdito no obraba por sólo su querer, sino por obedecer, se lo mandó con obediencia para que su voluntad se calificase con la corona de la obediencia. Conque N. V. Padre quedó tan gustoso porque se le cumplía el anhelo de servir al Señor, como porque se ejecutaba esta fineza por medio de la obediencia, quedando laureada su voluntad por estremada en la fineza y su rendido corazón por obligado favorecido del Señor a quien en todo servía.

Recibida la Bendición del Prelado salió N. Ve. Padre de su convento con alegre gozo por verse empleado por la obediencia en servicio de Dios, porque para sus verdaderos siervos el mayor gozo es servirle con todas circunstancias de fineza. Su prevención de N. Ve. Padre Fr. Alonso de Orozco para el camino fue un Breviario y un báculo.

De que de ello se podrá aquí discurrir acerca de las vanidades del mundo a vista de este ejemplar; pero sigamos los pasos de N. Ve. Padre que en compañía de otros hermanos suyos, hijos de Nuestro Padre San Agustín que con el mismo espíritu seguían a pie la misma derrota que N. Ve. Padre, el cual gozoso de hallar compañeros en servicio de Dios pasó con grande alegría el largo camino que hay desde Castilla al Puerto de San Lúcar, donde se prevenía la

1. Entre los autores de la Orden que nos ofrecen la vida del Bto. Alonso de Orozco, es éste el único que habla del destino al convento de Arenas, villa de Ávila, hoy llamada Arenas de San Pedro, en honor de S. Pedro de Alcántara.

No consta el tiempo que estuvo en él; pero, aunque este autor dice que «vivió algunos años, pocos debieron ser, porque el año de 1530 estaba destinado en Medina del Campo».

flota para que se embarcasen los apostólicos ministros, que dejaban sus Patrias con sus religiosos amigos por el ejercicio de la predicación de la fe católica a que iban gozosos a predicar a los indios bárbaros idólatras a quien Dios por su divina misericordia trataba de alumbrar por medio de la predicación de sus siervos, que con próspero viento salieron del Puerto continuándose la prosperidad del temporal pocos días; porque como los juicios de Dios son inapeables y siempre misericordiosos, mudó la prosperidad de la navegación para que el fin de ella fuese arribar a las Islas de Canaria donde había más necesidad de obreros en tiempo que se necesitaba de segar para coger el fruto de la divina siembra.

Arribaron al fin con arto trabajo los apostólicos ministros a la Isla de Tenerife, donde sin descansar del mal trato de la pasada tormenta, trataron al punto del ministerio a que eran llamados; porque para los siervos de Dios no hay mayor descanso para sus almas como servirle. Así lo hicieron estos apostólicos obreros, siendo N. Ve. Padre su mayoral, lo uno porque así lo tenía dispuesto el Prelado, lo otro porque sus compañeros tan obedientes y celosos del servicio de Dios hallaban en N. Ve. Padre todo lo que había menester, de celoso espíritu, de acertado gobierno, con humildad y blandura, atendiendo siempre al glorioso fin de su católica y santa pretensión aunque le costase la vida que para ese fin la quería, para sacrificarla por Cristo Redentor nuestro de quien experimentaba que le miraba como a hijo querido, que le favorecía con más largueza, por cuya causa (a mi ver) le dio el Señor en qué merecer, pues las calidades de la tierra con el naufragio de la mar le ocasionaron un muy trabajoso y aun peligroso achaque, que fue el de la gota arthetica (artrítica) con que se fatigó el siervo de Dios, no tanto por los dolores que le ocasionaba la enfermedad —porque por ellos daba gracias a Dios— cuanto por la imposibilidad de poder servirle como deseaba.

En esta sazón tuvo noticia el Padre Provincial de Castilla del ahogo en que le tenía la tierra de aquel paraje a nuestro Ve. Padre, a quien dos médicos que había en aquel lugar le previnieron que no se volviese otra vez a embarcar, porque todo su mal era ocasionado de las humedades de la mar. Los religiosos compañeros y súbditos suyos aprobaban este sentir de los médicos, ya porque así lo sentían, o ya (que es lo más cierto) porque sentían su ausencia por la falta que para todo les hacía su presencia. En este estado estaba la materia sin que N. Ve. Pe. se inclinase a más que a que se hiciese la voluntad de Dios; la cual se declaró llegando un navío en que venía carta del P. Provincial mandándoles que en el mismo navío se volviese N. Ve. Padre a España. Mandato fue éste que turbó a todos los súbditos de N. Ve. Padre, porque como tenían experiencia de su acertado y religioso gobierno, sintieron la falta que les había de hacer, por cuya causa tentaron todos los medios para embarazar la vuelta a

España de N. Ve. Padre, el cual aunque no se podía mover le dio Dios fuerzas para prevenirse para el viaje, el cual quiso también embarazar el Gobernador (de las Islas), diciendo que la acertada experiencia y celosa continuación de N. Ve. Padre haría gran falta en aquellas Islas que necesitaban de la agencia de su fervoroso espíritu; a esta razón se juntaba su autoridad ordinaria, fuerza a que concurrían los médicos afirmando que la salida a la mar de N. Ve. Padre era mortal, que no le dejasen embarcar. Pero a todas estas instancias respondía N. Ve. Padre que el mandato de su Prelado era mandato de Dios, sin réplica se debía obedecer sin que razones humanas pudiesen embarazar su ejecución, la cual puso por obra embarcándose en el mismo navío en que fue el mandato del Prelado para que se volviese a España; y como su determinación religiosa fue fundada en la virtud de su obediencia, se la premió Dios con tan gran publicidad, que a vista de la razón humana (contraria) se aseguró su vida y salud por prodigioso milagro de la mano poderosa de Dios, que premió a su siervo por haber sido tan pronto obediente sin que el horror de la vista de la muerte le embarazase el camino de obedecer.

Bien claro se manifestó este favor que el Señor hizo a su siervo, N. Ve. Padre Fr. Alonso de Orozco, premiando su obediencia, pues apenas entró en la mar cuando se halló con gran mejoría de manera que cuando llegó a España le halló el P. Provincial con sobradas fuerzas para mandarle que diese la vuelta a Canarias ², lo cual hizo el obediente siervo de Dios sin replicar a mandato tan particular no imaginado del humano discurso, pero dictado por Dios para premiar a su siervo que con tantas contrariedades le servía obedeciendo, con que cobró la salud del cuerpo de manera que aunque volvió a Canarias fue Dios servido que no le molestase más el achaque de la gota que tanto le maltrató en la primera jornada; pero como todo fue disposición de Dios para pre-

2. El autor es poco preciso en orden a fechas y destinos. El P. Orozco fue nombrado definidor provincial en el Capítulo que se celebró en Dueñas el año de 1541, y en este mismo Capítulo debió de aceptar también el cargo de prior del convento Mayor de Sevilla, sin dejar de ser definidor provincial. En 1544 fue nombrado prior de Granada, y confirmado en el cargo de visitador de Andalucía. Por tanto, en estos dos períodos tuvo que pasar dos veces a las Islas Canarias a visitar el convento de Tenerife, como él mismo asegura: «...Me librasteis de tantos peligros en la mar, cuando pasé este golfo tan peligroso, de aquí a *Canarias* cuatro veces (dos en cada viaje) para proveer y visitar un Monasterio nuestro que está en la Isla de Tenerife» (*Confesiones*, lib. III, cap. IX).

Fue en 1548, cuando quedó libre de cargos y estando en el convento Mayor de Sevilla se ofreció a ir de misionero a Méjico en una expedición que pidió el emperador Carlos V al Capítulo Provincial tenido en Toledo. En esta expedición, en la cual va el P. Alonso de Orozco con el cargo de superior de la Misión, fue en la que se enfermó del mal de «gota», que ya había padecido en Sevilla y tuvo que volverse a España, a su convento de Sevilla, hasta que en 1551 es nombrado prior del convento de Valladolid y aquí le llegó el año 1554 el nombramiento de predicador real, que ejerció hasta el fin de su vida.

miar a su siervo que tan obediente se ejercitaba en su santo servicio. Premio de las virtudes es el favor de Dios a que no podemos negar su estimación para ejercitarlas con fervorosa confianza del premio.

CAPÍTULO IX

DE LA PROFUNDA HUMILDAD DE N. Ve. PADRE FR. ALONSO DE OROZCO

Aunque en el capítulo pasado hemos tratado de la pronta obediencia de N. V. P. Fr. Alonso de Orozco, en éste proseguiré con sus mismas palabras que se enlazan admirablemente con su profunda humildad. Dice, pues, N. V. Padre en el Libro 2º de sus *Confesiones*, cap. 10: *Gracias os doy, Señor, que con la santa virtud de la obediencia, he procurado gobernarme siempre, y si alguna vez ordenándolo vuestros Ministros, sentí pesadumbre en aceptar cargos y mudanzas de caminos trabajosos y largos, al fin peleaba con mi voluntad, y la sujetaba al yugo de la obediencia en la cual Vos, infinita bondad, me fuisteis siempre favorable, de suerte que hallaba nuevas fuerzas donde no lo pensé; Vos que conocéis los corazones y penetráis los pensamientos escondidos, y conocéis y sabéis que obligado de la obediencia vine a esta Corte, donde ha 26 años que resido y que esta vivienda ha sido para mí como cárcel y que el desierto me fuera de grande agasajo.* Bien prueba el Ve. Padre con sus razones la rendida obediencia y humilde sujeción al mandato de sus Prelados.

A la obediencia con la humildad enlaza el Siervo de Dios en las gracias que le da el Señor por la fortaleza que le comunicó con su gracia para salir victorioso de los contrarios combates; pero aunque la virtud de la obediencia es el sólido fundamento para el cumplimiento del estado religioso, mas si no se funda en la humildad, será desgraciada la sujeción, porque donde falta la humildad se estraga el alma de la virtud contentándose con la apariencia. Es lección del divino Maestro Jesucristo: *Discite a Me quia mitis sum et humilis corde.* Que aprendan de su blandura y de la humildad de su rendido corazón; lección como de verdadero Maestro de la virtud, porque la humildad es el escudo con que se reparan los golpes de la soberbia, que es la que precipitó a Luzbel, de que él se vale envidioso de la humildad y conocimiento propio del hombre para que se despeñe como él.

Con qué prudente y santa intención observaba N. Ve. Padre Fr. Alonso de Orozco esta doctrina, pues en los más apretados lances jamás le vieron descomponer ni en palabra ni en obra; adviértelo así el P. Fr. Hernando de Rojas que le trató muchos años y advierte que siendo N. Ve. P. el consuelo de los enfermos y que por mandato del Prelado los visitaba y les decía los Evangelios, alentándolos con el panecito de San Nicolás de Tolentino, sucedió que por

mandato del Prelado salió de casa a su ordinario ejercicio, que era el consuelo de los enfermos, en esta ocasión era el enfermo devoto del Convento a quien N. Ve. Padre Fr. Alonso fue a visitar, detúvose algo más del tiempo de las oraciones, que sería porque el enfermo se aliviaba de su ahogo mientras el Ve. P. le asistía y no parece que lo entendió así el Prelado, o, si lo entendió que es lo más probable, quiso reprender a N. Ve. Padre para que mereciese, sirviendo la reprensión de religioso aviso para los demás; conque N. Ve. Padre se puso de rodillas, dijo su culpa dando satisfacción al Prelado de su tardanza, pero diciendo su culpa con toda humildad, aunque el Prelado se alargaba en la reprensión, pero como en el corazón de N. Ve. Padre vivía de asiento la virtud de la humildad, no le alteraron los golpes de la indiscreción.

La Señora Dña. María de Aragón (fundadora de aquel Colegio) como criada en Palacio, aunque virtuosa (y santa) era muy voluntaria (amiga de su misma voluntad), N. Ve. Padre como tan religioso deseaba que se cerrase el Colegio y se pusiese en clausura. No era de este parecer la Sra. Dña. María de Aragón y aunque era devotísima de N. Ve. Padre, no le sufrió su corazón que se ejecutase cosa que no fuese de su parecer, enfadóse contra N. Ve. Padre a quien dijo muy colérica con ásperas demostraciones: *Váyase V. P. luego a su Convento donde gozará de clausura.* A que respondió N. Ve. Padre con discreta humildad y mansedumbre las palabras siguientes: *Por cierto, Señora, que no haga tal, porque me va muy bien en esta su casa de Vuestra Señoría.* Su humilde atención de N. Ve. Padre con estas palabras sosegaron de manera el colérico ardor de la Sra. Dña. María de Aragón, que no supo qué replicarle, porque la humildad discreta de N. Ve. Padre le cortó el hilo de la cólera de manera que no supo proseguir en su colérico empeño, y porque era virtuosa la favoreció Dios con alumbrarla de la indiscreción de su enojo con el reparo de la discreta humildad de N. Ve. P. Fr. Alonso de Orozco.

Público fue y admirable en Canarias lo que le sucedió a N. Ve. Padre Fr. Alonso, con un mal cristiano soberbio, desatinado, a quien N. Ve. Padre reprendió con gran mansedumbre el descoco conque vivía en el mundo sin temor de Dios ni de las gentes; debióle de apretar el santo Padre, con que cobró fuego de cólera el bárbaro pecador y levantó la mano alevé y diole un bofetón, a que correspondió N. Ve. Padre Fr. Alonso de Orozco, volviendo el otro carrillo con paciente humildad, sin que el agravio pudiese sacar más de sus labios que *«sea por amor de Dios»*, con que quedó turbado el soberbio, dejando coronado de gloria al humilde paciente.

El P. Maestro Fr. Hernando de Rojas dice en su Relación que en todo el tiempo que le trató no le vio jamás alterado, aunque le vio en muchas ocasiones, que a no ser tan humilde, pudiera quebrar la cuerda de la prudencia religiosa. En una ocasión dice que estaba con N. Ve. Padre a tiempo que un cri-

do de mi Sra. Dña. María de Aragón vino con todo desahogo a ejecutar en el Colegio una cosa contra toda razón y justicia; no se lo permitió N. Ve. Padre, conque el desvaecido criado con la autoridad de su ama se desahogó en indecentes palabras, a que sin inmutarse N. Ve. Padre le dijo su sentir con el agrio de la razón; de que se turbó el criado reparando en la novedad del estilo a que el Ve. Padre le consoló con toda humildad; y vuelto a P. Fr. Hernando de Rojas le dijo: *Respondet stulto juxta stultitiam suam*, a un loco otro como yo, esto sonriéndose con el P. Fr. Hernando de Rojas a quien de esta manera dio satisfacción de las palabras que turbaron al soberbio criado, a quien N. Ve. Padre halagó con gran rendimiento de humildad hasta reducirle al camino de la razón.

CAPÍTULO X

DE LA CARIDAD QUE TUVO CON LOS POBRES

N. Ve. P. ALONSO DE OROZCO

Es tal el amor que la gracia de Dios influye en sus criaturas que siendo lo principal (y el todo) de su debido fin amar a su criador, es tan admirable este amor que sin olvidar esta primera obligación, se ama al prójimo en quien Dios tiene hipotecado su cariño con tan milagrosa sabiduría de amante, que amando al prójimo, socorriéndole en sus ahogos, se halla a Dios tan uno con la criatura que no parece que hay distinción del amor del prójimo al del que se debe precisamente a Dios. Así lo enseñó el mismo Dios: *quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis* (Mth. 25,40). Tan uno soy con los míos, dijo el Salvador, que el amor que se mostrara en socorrer a cualquiera por pequeño que sea, a mí me toca el agradecerlo, porque a mí se me hizo (el agasajo), porque mi amor se une de tal manera con los necesitados que siendo ellos los socorridos de mis siervos, soy yo el obligado a agradecer el socorro que se les hace. Bien expresada tenía N. Ve. Padre Alonso de Orozco en su corazón esta doctrina que se la dictaba el amor con que se esmeraba con Dios, de que resultaba la fineza con las criaturas, la piedad con sus prójimos en cuya caridad y amor ordenado a su Criador se excedía con singulares primores. Tocábanle tan sensiblemente en el corazón las miserias y aflicciones de los prójimos que podía decir como San Pablo: no me deja distinguir la caridad que me transforma por amor en el prójimo de su misma persona: quién enferma sin que yo enferme con él; quién se quema, sin que sus llamas no me abrasen. Eran sus entrañas como de madre, su natural que aunque se endiosaba en la oración y en el coro, si oía algún gemido, volvía muy asustado y decía: *¡ay pobre de mí, si es pobre el que gime!; ¡si es enfermo!, ¡qué haremos!* Y dejaba la

oración y el coro, pareciéndole a su extremada caridad, que no era dejar a Dios, si le buscaba en el prójimo necesitado.

Estaba un día rezando en el coro con un Religioso al tiempo que oyó entrar en la Iglesia a un pobre muy maltratado, interrumpió el rezo y dijo al compañero con quien rezaba: *Vamos a socorrer a aquel pobrecito, que Dios se servirá de esta pausa en el rezo.* Como quien sabía cuánto más del agrado de Dios es la misericordia que el sacrificio, o por mejor decir, continuaba en obras lo que oraba en palabras.

Su celda era continuamente asistida de los pobres con tan prevenida caridad de N. Ve. P. Alonso de Orozco, que para que no les tuviese de costa ni aun el llamar a la puerta, la tenía siempre entreabierta, y con tan especial y santo cuidado que, en sintiendo que había pobre, alargaba la mano con la limosna, sin que le costase la súplica, ni la vergüenza de que se les viese la cara necesitada, con que se mostraba N. Ve. Padre, además de ser caritativo, discreto, que es la más lucida corona de la virtud.

En esto gastaba N. Ve. Padre lo que Dios y personas piadosas le daban para tan provechosos empleos, y cuando le faltaba posibilidad para su caritativo ejercicio, se resolvía a empeñarse pidiéndolo prestado, acción que mueve a grande ternura en un desapropiado, desnudo como N. Ve. Padre, como se verá en lo que falta de su vida.

Pero como sus empeños corrían por especial cuenta de Dios, pues todo era para remediar las necesidades de sus prójimos, con facilidad salía de sus empeños como eran todos por su causa, conque movía los corazones de los devotos caritativos con que le sacaban de sus cristianas y caritativas deudas, que sobre la finca única de su piedad se contraían.

Entre otros caritativos, tuvo noticia el Señor Felipe 2º de algunas deudas de esta calidad de N. Ve. Padre, y como conocía la perfección caritativa de tan gran varón, mandó a Don Diego de Córdoba, su Caballerizo, que pagase por el Venerable Padre doscientos ducados. Acaso sería esta limosna del Señor Rey por abonar con los acreedores de nuestro venerable Padre, que tenía segura finca con que pagar, o por mejor sentido, quiso el Rey comerciar con nuestro venerable Padre en las Indias del cielo adonde la limosna es la mercadería con que más se grangea de sus tesoros a usuras tan interesadas que corresponden a ciento por uno.

Bien lo entendía así el que tan exactamente lo ejecutaba, pues casi toda su comida la daba a un pobre viejo, negándola a sí mismo para grangear con este caritativo ardid los tesoros celestiales.

Su ordinaria sentencia de nuestro Ve. y santo Padre era decir con grande afecto: *Sólo se tiene y se goza aquello que se da al pobre.* Como su alma se mantenía de perfecta caridad, que es el amor de Dios, rebasaba finezas carita-

tivas sin que hubiese tropiezo que se las impidiese. Con una pobre viuda que necesitaba de una saya, porque la que traía era más para reparo de las gentes por las roturas que tenía, que para cubrirse con decencia, pidióla al santo que la socorriese, al tiempo que se hallaba el caritativo varón sin caudal para socorrerla; pero como la caridad es fuego del amor divino, incitó a su memoria, de que resultó una traza maravillosa que el ingenio enamorado de Dios facilitó para socorrer la necesidad de aquella pobre mujer avergonzada con su desnudez; la cual cubrió nuestro Ve. Padre con descoser las nescas de su hábito con que la pobre vergonzante queda socorrida y el varón muy gustoso de la traza que dio sin hacerle falta, para el socorro de aquella pobre mujer, con que quedó al justo religioso, que por la caridad extremada se distinguía en lo justo de todos los demás sus hermanos en el hábito. ¡Oh Bondad de Dios! Y con qué amoroso fuego alienta a sus siervos para que incitados de la caridad de su amor, se deshagan de su mismo Hábito, que los señala por siervos suyos, para remediar la necesidad del prójimo. Hartas pruebas de esta verdad dio nuestro Venerable Padre Fray Alonso de Orozco, el cual todo su trato era con los pobres, a éstos tenía por amigos y a los pobres tenía por milagrosos para el remedio de sus continuos achaques.

Hallábase el venerable Padre maltratado con demasía con un dolor grande de cabeza, que hacía muchos días que le molestaba con gran rigor, continuándose con un poco de calentura a que asistían los médicos del Rey aplicándole sus medicinas, pero tan mal aplicadas que ninguna le aprovechó al Venerable Padre, que se hallaba fatigado con el sensible achaque. Asistíanle los Religiosos para su consuelo, como verdaderos hermanos de buena voluntad y amor santo, con que procuraban divertir el dolor de su venerable y santo Hermano, el cual movido de la superior inteligencia les dijo. *«Padres, háganme la caridad de llamarme aquí algunos pobres que ellos me curarán»*. *«Así fue, subieron a su celda tres a quienes el santo varón les dijo: Amigos, recen un Pater-nóster y un Ave María encomendándome a Dios y pónganme las manos sobre esta cabeza, que, como son siervos de Dios, Él les hará gracia para aliviarme de este trabajoso achaque»*. Ejecutáronlo los pobres lo que les dijo su Padre caritativo, y al punto que le pusieron las manos en la cabeza se le quitó el dolor con tanta verdad de sanidad que ni calentura ni dolor sintió más el milagroso varón, Padre de los pobres, a quienes veneraba como amigos de Dios por cuyas manos el Señor le había dado la salud, dificultándola los más sabios de la tierra.

Como el anhelo de su santo amor era socorrer a los prójimos por el amor de Dios, el Señor le satisfizo a su siervo la caridad que obraba con los pobres, de quien el Venerable Padre era tan amigo que toda su ansia era de socorrerlos y asistirlos por amor de Dios; y así, en el *Ejercitatorio Espiritual* dice, lect. 2ª:

¡Oh mi buen Jesús! Si yo pudiera poner mesa a todos los pobres por vuestro santísimo Amor. ¡Oh Señor, si visitase todos los hospitales, sirviese a los enfermos, rescatase todos los cautivos, vistiese los pobres desnudos, aposentara los peregrinos y diese sepultura a todos los muertos! No se contentaría su caridad del venerable Padre, sino con todos, aprendiendo de la caridad de Nuestro Redentor Jesucristo. Exceso de amor parece el de nuestro venerable Padre; pero como el amor del prójimo se unía con el de Dios, no venía a ser exceso sino particular agrado del Señor; y así todas sus agencias fuera de casa eran a las cárceles a consolar y socorrer a los presos; a los hospitales a asistir a los enfermos y a unos y otros socorría con limosnas.

A unas religiosas de un Convento que él fundó en Talavera socorrió toda su vida con continua asistencia. A las huérfanas amparaba con gran celo y les daba dotes enteros para que tomasen estado. A las viudas las asistía a todas sus necesidades. A los niños en nombre del Niño Jesús los vestía y calzaba. Esto, todo era con tanta continuación que según el juicio humano parece imposible que un pobre religioso y tan pobre como diré que era nuestro Venerable Padre, tuviese caudal para asistir a los pobres continuos en su celda, a los de las cárceles, a los de los hospitales, a todos los que encontraba en las calles, en las puertas de las Iglesias y al fin a todos socorría y para todos había, siendo nuestro venerable Padre como luego veremos. Milagrosa omnipotencia de Dios se mostraba en su siervo que él mismo confesaba, siendo su ordinaria sentencia *«Sólo se tiene con gozo y con abundancia lo que se da por Dios»*. ¡Qué mucho, pues, que tuviese caudal tan abundante si su gran caridad negociaba con la Omnipotencia del Señor, que le favoreciese para dar limosnas con que grangeaba la posesión con gozo de los socorros de Dios!

Maravilloso ejemplar es lo que se ha relatado de la liberalidad de Dios en abono de la caridad de su siervo N. Ve. Padre Fr. Alonso de Orozco; pero mayor es y más admirable es la que se sigue, que hasta hoy ni he visto, ni he oído celebrar de otro que de nuestro venerable Padre; del cual relata N. P. Maestro Fray Juan Márquez en el Compendio que escribió de su Vida de Nuestro gran Padre, capítulo de la limosna, página 2, en que dice que, en premio de la gran caridad de su siervo nuestro venerable Padre Fray Alonso de Orozco le favoreció Dios con darle caudal de gracia para comunicar y favorecer con bienes espirituales a los hombres. Es admirable el favor del Señor con que favoreció a este su siervo, dándole bienes de la tierra con que remediar las necesidades de los pobres, y dándole bienes celestiales con que favorecer a los pecadores para sacarlos del mal estado de la culpa. Es milagroso y particular favor de Dios que comunicó a su siervo nuestro venerable Padre Fr. Alonso de Orozco, cuyo aspecto ocasionaba a los más depravados pecadores un género de vergonzosa pena, de que les resultaba gran afluencia de lágrimas acordándose de

su depravada vida. Sucedióles a muchos que arrepentidos de sus culpas se confesaron con nuestro Venerable Padre y llana y lisamente publicaron que su virtuoso aspecto les obligó a tratar de confesarse y sus saludables palabras a mudar de vida, tratando por medio de la penitencia (agenciada de N. V. Padre) ser perdonados en el tribunal de la justicia de Dios. Fue en esto Nuestro Venerable Padre tan singular que sólo con juntarse a su persona, se refiere que comunicaba Dios don de lágrimas. Muy rara maravilla. No paraba aquí, porque también daba de limosna la paz a los que vivían desavenidos y disgustados. Grande argumento para que se entienda lo agradable que era su santa vida a la voluntad de Dios.

Daba de la Doctrina cristiana a los niños y a los pobres en su celda, fuera de acariciarlos y socorrerlos con algo. Hacía limosna del consejo cristiano y prudente a cuantos se lo pedían, hacía limosna del consuelo a los afligidos, persuadiéndolos a paciencia y grangeándoles una gran conformidad con la voluntad de Dios, que es la mayor medicina para el mal de los trabajos.

De su predicación hacía perpetuamente limosma, con que convertía muchas almas para cuyo efecto le dio Dios particular gracia. Un religioso que le trataba a nuestro venerable Padre, en un resumen de su vida dice, que siendo nuestro Venerable Padre Prior de nuestro Convento de Sevilla, de que era muy devoto una señora del Santo Cristo milagroso que está en una Capilla de la dicha Iglesia, la cual señora tenía en su casa una mora por esclava, la cual la había cautivado juntamente con su madre, a quien rescató su marido dejando la hija cautiva, a quien la madre conseguida la libertad, la cual la prometió de libertarla en llegando a su casa; pero que estuviese con la fe de Mahoma. Fuese la madre, quedó la hija en la casa de la tal señora que era muy virtuosa y como tal se lastimaba de ver a su esclava muy honesta, muy servicial y de muy buen entendimiento, pero tan desgraciada, que se empleaba toda en la ley de Mahoma. Sentíalo la señora como virtuosa, conque procuró todos los medios posibles valiéndose de ministros doctos y santos; pero nada bastó, porque la pobre mora se mantenía pertinaz en su secta. Al fin la señora como deseaba santamente el bien de su esclava y era conocida de nuestro venerable Padre, le encomendó este empeño, y como tan caritativo le admitió diciéndola que le enviase la mora a la Iglesia donde la aguardó el día y hora señaladas.

Hablóla con toda blandura procurando ablandar aquella dura peña con la suavidad del rocío de la verdad católica, a que la dichosa mora sin responder al Venerable Padre se fue a casa de su señora a quien con humildad y gozo de lágrimas le dijo que dispusiese el Bautismo, que quería ser cristiana, porque aquel Padre no sabía qué tenía, que la había enseñado cosas a que no podía negarse. Gozosa con toda admiración quedó la señora, al paso que nuestro Ve. Padre dio gracias a Dios de que le había comunicado luces para reducir aquella oveja perdida al rebaño de la Iglesia Católica.

Con estos consuelos le alimentaba Dios a su siervo porque conocía su corazón que todo se abrasaba con el fuego de la caridad, y así no sólo le daba bienes humanos para aliviar a los pobres de sus ahogos, sino bienes espirituales con que hiciese grangería de almas de pecadores para el cielo. Éste era todo su anhelo en todo y por todo hallaba modo como hacer limosna. Hacía limosna de sus oraciones con que suplicaba a Dios amparase a los que se hallaban fatigados de trabajosas necesidades. Las noches de grandes tempestades llamaba a un religioso para que le ayudase a rezar, suplicando a Dios librase a los caminantes de aquel peligro. Esto lo ejecutaba con tanto afecto que, de lástima del imaginado trabajo de los caminantes, derramaba amargas lágrimas de compasión. En estos lances, le sucedía obligado de la compasiva ternura, quedarse arrobado, a que se seguía templarse el aire con que se acababa la tempestad, accidente tan milagroso que lo notó muchas veces el que le ayudaba a rezar.

Tan enamorado de la limosna espiritual era como esto, y decía: *No echáis de ver que si el Señor oró tres veces en el Huerto, tres veces visitó a sus Apóstoles y les aconsejó que velasen, véis aquí cómo por la oración no se ha de dejar el cuidado de los prójimos.* Aún más se alargaba su compasión que la que tenía de sus prójimos, porque la tenía de todas las criaturas por ser de Dios. No consentía que matasen aun a las perniciosas y perjudiciales sabandijas que en el verano molestan a los hombres. *Dejadlas, decía, que son criaturas de Dios y es inhumanidad el matarlas.* Parecerá menudencia enfadosa esta compasión, pero será este parecer de los que no tratan de espíritu, que si trataran, reconocieran la grandeza que encierra en sí esta menudencia, porque atendiendo a ella como se debe se hará el juicio que se sigue: Si por amor de Dios se lastima el siervo de Dios del mal que ve que padecen las criaturas irracionales, ¿qué estimación debe hacer el que atiende a la menudencia de la causa de su sentimiento, sino que, si su amor del siervo de Dios por ser sólo criaturas del Señor es tal su congoja por verlas padecer, cómo se expresará su amor viendo padecer al prójimo, ya corporalmente, ya en el alma? Consideración es tan palpable para el conocimiento de la caridad de los siervos de Dios, que a todo lo que naturalmente se puede dar alcance se alarga.

Cualquiera trabajo de cualquier persona de que nuestro Ve. Padre tenía noticia, se lastimaba con grandes veras y la encomendaba a Dios con todo afecto. Prendieron en Valladolid a un Caballero principal por el santo Tribunal de la Inquisición, entró en su celda el compañero y diole la noticia de la prisión, y el venerable Padre como si fuera cosa que le tocaba a la honra dio un espantoso grito diciendo: ¡Dios le socorra en tan grande aflicción! Pasáronse ocho días y volvió el compañero a la celda, donde le halló a nuestro Ve. Padre en oración, djóle el compañero ¡qué hacía!, ¿por qué no va a Completas que ya

es hora?, aunque no habían tocado. Respondió el venerable Padre: *«Qué quiere, hermano, no se puede olvidar el trabajo de aquel pobre caballero y así trato desde que tuve noticia de encomendarle a Dios que es el consuelo de los afligidos pecadores»*. ¡Oh Bondad de Dios que se connaturaliza en los corazones de sus siervos con tanta propiedad, que no parece que obra allí el hombre cuya es la obra, sino un Dios piadoso cuyo es el hecho del hombre siervo suyo. En todo este Capítulo de la caridad de nuestro venerable Padre se habrá visto lo prodigioso de sus obras en la caridad con los prójimos, que no parece que había en él porción de hombre sino todo piedad de Dios misericordioso para con los hombres afligidos.

CAPÍTULO XI

DE LA SUMA Y EXTREMADA POBREZA DE N^o. Ve. PADRE FR. ALONSO DE OROZCO

Si nos gobernáramos por la política del mundo, pudiéramos decir que quien era tan cuidadoso del alivio de los pobres y afligidos hasta con largueza, lo sería primero consigo mismo, porque los hombres en el mundo se tienen a sí por primeros antes que las obras de caridad. Mejor lo entendió Nuestro Venerable Padre, reconociendo que para seguir la vereda del cielo, se ha de despojar la criatura de todo lo que es del mundo para seguir a nuestro Capitán Jesucristo, que en las batallas de la tierra, despojándose de todo lo que es tierra, venció y triunfó del demonio, del mundo y de la muerte, abriéndonos franco camino para aportar a la gloria donde nos aguarda con palmas y coronas vencedoras en premio de la dejación de los bienes del mundo.

Con pronta obediencia siguió Nuestro Venerable Padre Fr. Alonso de Orozco esta derrota, pues trayendo siempre delante de los ojos el voto de pobreza que pronunció en su profesión, nunca le pareció que le convenían los bienes del mundo y así los menospreciaba, preciándose de pobre religioso. Su hábito era pobre, pero limpio, porque, como S. Bernardo decía, que las señas de la conciencia era la limpieza del hábito, por cuya causa tenía greda en su celda para quitar las manchas y solía, por su humildad ir al Noviciado a quitar las manchas de los hábitos de los novicios que ejercitados en los oficios más humildes del Convento ordinariamente, se manchaban sus hábitos y encalados de pies a cabeza, representaban muy al vivo la pobreza del Hijo de Dios en la tierra. Su cama, su comida, todo era de suma pobreza y siendo persona de tanta mayoría y ancianidad, en el tiempo que vivió en el Convento de San Felipe y fue cuasi treinta años, vivió siempre en una celda muy pequeña, de las más angostas y pobres que había en el Convento. El P. Maestro Rojas dice en

su compendio, que le conoció en una celda que siendo necesario sacar de ella las pobres alhajas que encerraba, tenía las paredes unidas con la cama y estragadas notablemente de la humedad. Su cama muchísimos años fue una tabla y por almohada una talega con arena. En la vejez por obediencia tuvo un pobre colchoncillo con una manta de jerga blanca y otra manta para el invierno. A los pies de la cama tenía cantidad de sarmientos no se sabe para qué, porque los fines de las acciones de los siervos de Dios no son fáciles de averiguar. A un religioso que le preguntó por qué no se enderezaba aquella cama (que estaba torcida), respondió que hacía veinte años que estaba así sin mudarse a otro lugar.

En este tiempo vino a visitar esta Provincia el Cardenal Elpareense, religioso de la Orden, y visitó el Convento, que sabido del Prelado su determinación del Cardenal y juntamente la suma pobreza de la celda de Nuestro Venerable Padre, la cual había de visitar el Cardenal Elpareense, y aunque era Religioso, como era forastero, podía parecerle indecente habitación de un personaje tan graduado, de lo cual se podía culpar al Prelado que atendía en esta mundana policía; conque le mandó a N^o Ve. Padre que buscase una cama decente con un par de sillas, para que el Cardenal no hiciese reparo con el pobre desaliño de su celda, no supo el Venerable Padre Fr. Alonso replicar al mandato de su Prelado, porque como era verdadero obediente, aunque la virtud de la pobreza le detenía, la obediencia le obligaba, conque buscó entre sus devotos un colchón y un cobertor con una almohada y dos sillas, con que cumplió con el gusto cortesano de su Prelado sin desdorar la pureza del voto de pobreza, volviendo la cama a su dueño.

Jamás permitió compañero en la celda que le aliviase de los necesarios procederes de la celda, como barrer la celda, prevenirse de un cántaro de agua, hacer la cama y otros necesarios menesteres, y aunque persona tan graduada y tan anciana, nunca permitió este alivio de compañero, y decía con mucha gracia: *Un pobre religioso como yo nunca está más bien asistido que cuando se asiste a sí mismo.*

Diciéndole un religioso que su cama estaba medio caída y tuerta, respondió: *No me admiro, porque es vieja y ha más de veinte años que no se muda de ese lugar.* Todas sus alhajas eran suma pobreza; lo que tenía en la celda eran unos pobres libros, unas imágenes ajenas de toda curiosidad. A la cabecera de su cama tenía un serafín pintado en un papel con sola la cabeza y dos alas, y preguntándole el P. Fr. Hernando de Rojas qué era lo que aquello significaba, le respondió que *aquél era el oficio que hacía siempre el serafín en el cielo, lo cual hemos de imitar en la tierra, es decir: «¡Sanctus! ¡Sanctus!»*, siempre. Tenía dos sillas en la celda, la una de costillas para sí, la otra de espaldas para los que le iban a visitar. Entrando un día en su celda el P. Fr. Hernando de Rojas,

reparó en que le faltaba la silla en que se sentase nuestro Ve. Padre, a que el P. Rojas quiso socorrer trayéndole un banquillo el cual no quiso admitir diciendo que él no había de tener cosa sobrada, que la cama le bastaba para sentarse; y reparando el P. Rojas que hacía calor y que podía mitigarle en la celda con regarla, respondió que *no quería regarla, porque era enemigo de cosas fingidas*. Entró otro día en su celda el P. Rojas y hallóle sentado en la punta de un banquillo que hacía cara a una ventana que tenía una vidriera por la cual entraba el sol, que ocasionaba gran calor en el aposento, y era fuerza que le causase mayor al santo Padre que estaba escribiendo y le hería de más cerca. Díjole el P. Rojas: *¡Válgame Dios!, y con cuanto calor y trabajo escribe Vuestra Reverencia*. A que sonriéndose respondió: *¿Y los segadores por un real no trabajan más?* Con tan gran cuidado de la perfección en cumplimiento del voto de la pobreza se esmeraba que cualquiera que le atendiese, aunque le viese decente y limpio, no obstante le señalaba por Religioso pobre, porque sus hábitos aunque limpios, sin roturas, si le atendían, con facilidad se les averiguaban los remiendos que el mismo Ve. Padre los echaba; de manera que él cortaba su túnica y la cosía, todo lo demás era lo mismo y en sobrándole o la túnica, o la ropilla, o los calzones lo daba a los pobres y trataba de remediarse.

De regalo ninguno gustaba, todo lo repartía, ya entre los Religiosos o ya lo enviaba a las personas pobres que sabía que necesitaban de regalo. Un día, dice el P. Rojas, le enviaron de Palacio un poco de conserva, repartióla entre los Religiosos que se hallaban presentes sin atreverse el Ve. Padre a tomar un bocado. Viéndole un religioso tan mortificado, le dijo: pruebe, Padre nuestro, de la conserva que es de regalo; a que respondió el venerable Padre: *¡yo había de comer eso!*, y fue palabra, dice el P. Rojas, que admiró a todos considerando su mortificada pobreza. Y al fin todo él era un hombre al parecer; pero el ser era de un espíritu adornado de virtudes perfectísimas como las que hemos dicho y con particularidad la suma pobreza, con que si volvemos los ojos a su nacimiento, que por consejo de un ermitaño, fue en un pobre establo, no nos admiraremos que el que fue tan parecido a nuestro Divino Maestro Jesucristo en su nacimiento, le siguiese los pasos toda su vida con tan admirable perfección de pobreza, así exterior como de espíritu. Así dice él en el *Memorial de Amor santo*, Parte 2.^a capítulo 14: *«En mi nidillo moriré; a morir vine a la religión, ni debe espantarme la clausura, porque en él todo ha de ser estrecho y penoso, loando la pobre celda, vestidos pobres y manjares, de manera que todo se hace una medalla o imagen que se representa en nuestra memoria nuestro dulcísimo Señor Jesucristo, nacido pobre en un pesebre y muerto pobre y con desnudez en la cama estrecha y dura de la santa cruz. ¡Oh Bondad de Dios! ¡Qué grabada tenía en el corazón de su siervo nuestro Venerable Padre Fr. Alonso de Orozco, la virtud que cualquiera que le atendiese hallaría en él una imagen viva no sólo de la pobreza sino de todas las virtudes!*

Pero aunque con tanta destreza obraba el varón de Dios en su santo servicio, no se olvidaba el demonio de procurar que se barajase el crédito de la verdadera virtud de nuestro venerable Padre: pero aunque la agencia del demonio fue con toda eficacia, no obstante quedó vencida de la verdadera virtud.

Fue el caso que había en Madrid un hombre que se había levantado con el crédito popular en favor de su hipócrita virtud, con que sacaba gran cantidad de limosnas, y así ambicioso inventaba modos cómo obligar a lástima para que se aumentasen los socorros de las limosnas. Este caso me lo relató, como otros que diré, el P. Fr. Juan de Herrera, que acompañó a N^o Venerable Padre mucho tiempo. Pasando un día por la calle Mayor nuestro santo Padre, reparó en que junto a los portales estaba el hipócrita pidiendo limosna con una particular invención, que era que tenía cinchada una albarda con la cual estaba de pies y manos pidiendo limosna para aquel pobre jumento. Llegóse a él nuestro Venerable Padre movido de santa caridad y díjole: *Amigo, mire que la publicidad en la virtud es muy peligrosa*; palabras que como el desdichado hipócrita agenciaba su codicia con la pública invención, le inquietaron de manera que rompió su sentimiento en oprobios y afrentas contra el siervo de Dios que con gran humildad y mansedumbre las sufrió por amor de Dios; pero como al hipócrita le tocaron en lo vivo las palabras de N. Ve. Padre, no le satisfizo su enojo con los pesares que le dijo, sin señalar imperfección mortal a su parecer, que desacreditase la verdadera y bien zanjada virtud del siervo de Dios, Nuestro Ve. Padre Fr. Alonso de Orozco, a quien el hipócrita le dijo con gran vilipendio de coraje: *«pues él se atreve a hablar cobrando del Rey los gajes de su Predicador habiendo votado ser pobre»*. Bala gruesa de la artillería del demonio, fue este género de reprensión para nuestro venerable Padre que observando con tanta legalidad la pobreza así en lo exterior como en el espíritu, tuviese el demonio asilla para maltratarle ocasionado de la seguridad de la sabiduría, que sin algún escrúpulo asentaba que con licencia del Prelado podía el súbdito gozar aquellos gajes, y más empleándolos en los pobres, como Nuestro Venerable Padre hacía. Pero su escrupulosa conciencia en favor de la pobreza que había votado, no permitió otra razón más que no poseer, conque sin permitir más término a la consideración, se fue a los pies del Prelado, donde incado de rodillas, renunció con grandes lágrimas los gajes que gozaba de Predicador del Rey, suplicando al Prelado los emplease en lo que más conviniere al servicio de Dios. Quiso el Prelado convencer su escrúpulo, pero como conoció que era pureza del espíritu pobre de nuestro venerable Padre, su religioso súbdito, se conformó alabando a Dios con su verdadera y santa pobreza.

CAPÍTULO XII

DE LA PUREZA VIRGINAL DE N° Ve. FRAY ALONSO DE OROZCO

Según lo que en el nacimiento de nuestro Venerable Fr. Alonso de Orozco, donde, como se ha dicho, la Virgen Ntra. Señora le puso el nombre de Alonso, eligiéndole para su Capellán, tengo por cierto que este Capítulo está de más en su santa Vida; porque siendo la Virgen Santísima la Madre de la misma Pureza virginal, claro está que eligió para su Capellán señaladamente con el nombre de su gusto a nuestro venerable Padre que cumplió toda su vida con tantas veras, como del agrado de la Mayor pureza virginal; pero, porque no quede esta gloria sólo en discurso, oigámosle al mismo siervo de Dios, dignísimo Capellán de su virginal Madre María Santísima, el cual en el Lib. 3° de sus *Confesiones*, cap. 9, dice así, dando gracias al Señor de las grandes mercedes que había recibido de su mano: *¡Oh Rey de la gloria, lo que os debe mi alma en este caso, pues jamás pensé en cosa de casarme, siempre tuve por norte seguir la Iglesia, y lo que más es, siempre me guardasteis de conocer a mujer!; ¡Oh!, ¡plegue a Vuestra divina Majestad que este don persevere en mí!; porque, aunque soy de ochenta años, no hay edad segura en tanto que vive la carne. Mas porque el combate de pensamientos suele ser importuno y peligroso, en cualquiera manera que Vos sabéis mejor que yo, no haber resistido presto y fuertemente, me acuso y me pesa y por vuestra grande misericordia me perdonad.*

¡Oh, qué valentía de la pureza de un Capellán de la Mayor Pureza, Madre del mismo Dios, Jesucristo Redentor nuestro! ¡Oh, qué gloria habrá tenido su Padre eximio, San Agustín, que escribió que era continua la lucha y la pelea del hombre con la sensualidad, siendo rara la victoria! ¡Qué gozo (como piadosamente se cree) experimentaría mi gran Padre al ver entrar en los cielos a este gran hijo suyo triunfante guerrero, que de las lides de ochenta años, acometido de peligrosos combates, nunca pudo percibir que su pecho hubiese sido herido de las armas de su continuo enemigo! ¡Oh, qué de parabienes se dará nuestro gran Padre, viendo a un hijo suyo privilegiado de Ángel, no dejando de alabar esta perpetua limpieza, acreditado de Capellán de María Santísima, graduado de singular pureza como de su mano escogido.

Asegurando ésta, dice el Maestro Hernando de Rojas, que confesó a nuestro Vble. Padre generalmente para morir, que nunca perdió la aureola de virgen ni la aventuró, con que atendiendo a los ejercicios de su milagrosa vida, dijo que murió virgen, y que piadosamente creía que fue mártir por la batalla que venció espiritualmente con tan valientes bríos, que ya le temía el enemigo, porque con todos sus virtuosos empeños se salía. Fue muy prudente, muy atento y muy cortés: de manera que predicando con gran continuación en los

vulgares auditorios, jamás se le oyó nombrar el vicio, sino la virtud contraria, porque la tenía por prudente y eficaz máxima, la cual había aprendido de otro gran Maestro de espíritu, que predicaba con más altos fines que otros, encareciendo virtudes, sin tocar a los vicios, de manera que aun reprendida la deshonestidad se enardecía, sino me manchaba la boca y decía: ¡Oh qué rara sentencia! *Cierto Padre decía que aun para reprenderla no quisiera tomarla en la boca.* Según este sentir, qué pureza sería la de su corazón. Angelical sería, que en la tierra sólo la abundancia de la gracia de Dios puede conmutar la torpeza del hombre en tan refinada virtud.

De aquí infiere N. P. Maestro Fr. Juan Márquez en la Vida que escribió de nuestro Vble. Fr. Alonso, aunque corta, que la incorrupción de su cuerpo, que hasta el año de 1672, que fue patente a mucha gente, la creía por milagrosa; porque gustó Dios que el cuerpo de su siervo, que en vida le trató como muerto para no violar y corromper la carne, muerto esté como vivo para crédito de la pureza de ese cuerpo.

El virtuoso Padre Fr. Juan de Herrera, que asistió a nuestro Vble. Padre muchos años, y de quien, siendo yo mozo participé, (siendo él Prior de Casarribios), las noticias que diré y he dicho. Este gran Religioso nos reprendía porque levantábamos los ojos del suelo, y para moderar la imperfección de nuestra mocedad, nos decía, que en todo el tiempo que comunicó al Vble. P. Fr. Alonso de Orozco, jamás le vio levantar los ojos de la tierra, y que, reparando en ello un gran personaje, le dijo: Bien sabe V. Paternidad, que Dios puso los ojos en la cara del hombre para que viese las obras de su omnipotencia y le diese gracias por las mercedes con que le había favorecido. *Así es, respondió el Venerable, y así son todas las mercedes con que Dios favoreció al hombre, pero usó mal de ellas; lo que yo le sé decir es que los ojos son el corre, ve y dile del demonio, por cuya causa se debe tener gran cuidado con la vista y por esta razón mi santo Maestro de Novicios, Vble. P. Fr. Luis de Montoya, nos mortificaba ordinariamente por el descuido de la vista en el coro o en otra parte pública.* Decía más el P. Fr. Juan de Herrera, que con particularidad jamás miró a la cara de mujer alguna, siempre sus ojos empleaban su vista en la tierra. Cuando confesaba alguna mujer, era en confesonario cerrado. Ni de bur-las se exponía oír palabras indecentes; si acaso cuando iba fuera le sucedía encontrar con el desbarate de voces indecentes de gente común, alargaba el paso de manera que no le podía dar alcance el compañero, hasta que por la distancia se desvanecían las voces. Todo este cuidado tuvo este gran varón con la pureza de su castidad, con que se señaló favorecido que fue de la Madre de la pureza, la Virgen María Ntra. Señora, que le eligió por su Capellán por sucesor de su antiguo Capellán San Ildefonso.

CAPÍTULO XIII

DE LA PACIENCIA DE N. VBLE. PADRE Y DEL RIGOR DE SU PENITENCIA

Aunque de la mano poderosa de Dios nos viene todo el valor para tolerar y vencer las sugerencias del demonio, al paso de las calamidades de la flaca naturaleza, no obstante para obligar al Omnipotente Señor a que nos asista con el valor de su gracia, para vencer y triunfar de las armas del común enemigo, los siervos de Dios se valen de la conformidad de la paciencia en el rigor de los trabajos que trae consigo el ser humano, a que agregan y juntan el rigor de la penitencia con que agencian el rendimiento de las naturales pasiones para desahogar el espíritu, a que atiende el Señor con benévola liberalidad, comunicándoles el gran valor de su gracia con que salen vencedores y triunfantes del demonio, mundo y carne.

Nuestro Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco estaba muy en esta verdadera doctrina, y así aunque los accidentes de la naturaleza le molestaron con gran rigor, no fueron poderosos a obligarle a que dejase sus continuas penitencias. Cuando era de diez años, poco más, estuvo en gran peligro de ahogarse en el río Tajo, a cuyo peligroso accidente aumentó doblar el Rosario que cada día rezaba a la Virgen Santísima.

En este mismo tiempo padeció una larga y penosa enfermedad. A los 30 años de su edad padeció otra gravísima enfermedad a que se siguió mayor aprieto en el ayuno. En Medina del Campo padeció otra en que su vida la dieron los médicos por acabada. En ésta, dice el mismo Vble. Padre, que se acordó de una razón que leyó en un filósofo para probar la inmortalidad del alma, que era la razón que al paso que el cuerpo se debilita, crecía con mayor viveza la ponderación del espíritu, de que confiesa, que de resulta de sus trabajosos achaques, vino a entender muchas dificultades que no podía entender en la Escritura. A esta gran enfermedad se le siguió otra en Granada, que tocó a otros dos religiosos, que murieron del achaque. En Sevilla y en Canaria del mal de la gota *artrítica* estuvo muy fatigado, pero de todo sacó nuevos empeños para mortificar su carne, para que obedeciese a su espíritu, que conforme con los achaques de la naturaleza, con admirable paciencia le daba gracias a Dios por todo, y así dice en el 3^{er}. Libro de sus *Confesiones*, cap. 4.^o: «*No hay riquezas en la tierra que desear, sino suplicaros, Señor, que nos déis a sentir algo de lo mucho que padecisteis por nosotros, por cuya causa el Apóstol reconociendo tan gran beneficio, dice: Como había recibido de vuestra mano trabajos y afa-nes, confesando que su descanso y gloria era estar crucificado por entrañable compasión con vuestra divina Majestad en la misma cruz. Gracias os da mi alma, Señor, que me disteis este santo deseo para que por muchos días os supli-case esta merced*». A cuya súplica se le siguió el achaque de la gota *artrítica*,

de que dio gracias al Señor diciendo: *Muchas gracias os debo de dar, Señor por el favor que me habéis hecho, que tantas veces os lo he suplicado*. Este achaque se le quitó milagrosamente, y viéndose el Vble. Padre libre del embarazo de pies y manos, reparando en que podía escribir sus *Confesiones*, acordándose que algún tiempo tuvo las manos tullidas y enclavadas con inmenso dolor, dice: *«Allí, Señor, estaba yo crucificado con Vos, no con clavos de hierro, sino con amor dolorido, atormentador, y aunque la carne como flaca lo sentía, el espíritu se conformaba con la voluntad del Señor»*.

Oyó referir los grandes frutos que religiosos de esta Provincia habían cogido con su predicación en las Indias, sembrando la semilla de la fe católica en aquella inculta tierra de bárbara infidelidad. Con estas noticias, como vivía en su pecho el fuego del amor de Dios, se le encendió la llama del amoroso deseo de morir y padecer por el amor de su amado Señor. Con este amoroso anhelo se embarcó; pero como su ansia amorosa era siempre rendida a la voluntad del Señor, dispuso su divina Majestad, como he dicho en el Capítulo de su Obediencia, que se volviese a España, donde debió de convenir más la asistencia de nuestro Siervo de Dios, el cual inflamado de su ardiente espíritu, concluyendo la relación de sus enfermedades, dice: *Ya sé que en el mundo no hay riqueza que exceda al valor de la salud; pero yo por mayores bienes tengo la experiencia de dolores en esta vida que Vos, Señor, dais a quienes por vuestro amor los desean sentir, porque vuestros dolores no se sienten sino en las graves enfermedades. Hacedme, Señor, este favor de manera que en cuanto yo viere pueda yo decir, «Crucificado éstoy con mi Salvador»*.

A las penas que causaban sus continuos achaques, añadía él otras penas voluntarias como diciplinas, cilicios, con otras invenciones de su penitente espíritu, para mortificarse. Siempre que estaba fuera de la celda nunca se sentaba, siempre estaba en pie, sin arrimarse; y preguntándole el P. Maestro Fr. Hernando de Rojas la causa de esta ordinaria y casi continua postura, le respondió que *por dos razones, la primera porque así hemos de estar en el cielo, alabando a Dios; la segunda, porque los que me hablan me dejen presto*. La tercera razón, y más de su espíritu, me dijo a mí el Siervo de Dios Fr. Juan de Herrera, y era que el Vble. Padre padecía mucho de callos en los pies, y como su espíritu era padecer por amor de Dios mortificando su cuerpo, se conformaba con estar en pie, para que ni ese rato de tiempo tuviese de alivio su cuerpo, para que lo lograra su penitente espíritu con que entretenía al Señor que atendía a su paciencia, que era tan envidiada del demonio que hasta por medio de los pobres a quienes el Vble. Padre remediaba con tan amoroso cuidado sus necesidades le mortificaban; pero el gran Padre lograba la ocasión en servicio de Dios y bien de su alma.

El dicho Siervo de Dios Fr. Juan de Herrera nos contó por vía de entretenimiento para que alabásemos a Dios, y juntamente imitásemos la paciencia

de N. Vble. P. Fr. Alonso de Orozco, el cual daba su pitanza de la noche a un pobre viejo vergonzante, el cual la cobraba por la mañana del cocinero, que sabía que la pitanza era para el pobre, conque se la daba de pecho, o de falda, o de otra parte de donde al pobre no gustaba, de lo que se enfadaba el pobre, que para desahogarse subía a la celda de su bienhechor, a quien decía con gran menosprecio: *Él es Predicador del Rey y Padre Maestro de la Religión de San Agustín; mire cómo le tratan, mire qué pitanza le dan.* A esto agregaba otros disparates, a que respondía sonriéndose el Siervo de Dios: *«Amigo, no se enoje; dé gracias a Dios por entrambos, por sí, porque le ha dado Dios qué coma hoy, y por mí, porque me lo ha dado tan sobrado sin merecerlo, para que le socorra».* Era tan grande el alboroto que el pobre viejo hacía, que nos obligaba (nos decía el Siervo de Dios Fr. Juan de Herrera) a subir a la celda del Vble. Padre y echar por fuerza del dormitorio al impertinente pobre, que con sus indiscretas necesidades, mortificaba tan sin razón al Vble. Padre, que sin inmutarse, sonriendo le decía que no alborotase al Colegio.

Todas sus acciones (decía el P. Fray Juan de Herrera) eran tan conformes con la nobleza de la virtud, que aunque lo atendiesen con ánimo malévolo, no se hallaba en él causa de la menor calumnia. Aunque su espíritu andaba fuera de la tierra en la presencia de Dios, sus atenciones de cortesía religiosa no faltaron jamás, y se advierte que asistía muy de ordinario en palacio, pero no se le pegaba nada, porque de allí se iba a los hospitales, a las cárceles, a visitar a los enfermos, a predicar con toda continuidad, sin que jamás se le notase descuido en la cortesía, ni en la caritativa atención del socorro de los pobres, ni se le oyó palabra que diese a entender enfado, sino todo paciencia con afabilidad discreta, pero viviendo su espíritu tan enamorado del Señor, que no hay que admirarse que le diese gracia para todo.

CAPÍTULO XIV

DE LOS TRABAJOS ESPIRITUALES QUE PADECIÓ N. VBLE. PADRE FR. ALONSO DE OROZCO Y DE LOS MEDIOS DE QUE USÓ EN SU DEFENSA

Que el espíritu como tan noble y superior, dome y rinda la flaqueza de la carne, muy racional ejecución es, porque siempre la dignidad espiritual, al paso que es más noble, es más soberana en el poder; pero que siendo la carne débil y flaca sea medio para alentar el espíritu, y aun para endiosarlo con tanto extremo que le da valor contra todo el infierno con tan valientes fuerzas, que parece que no hay otro medio para dejar de ser hombre en la tierra, que el de que se valieron los santos para ser todos espíritu, que fue y es enseñanza de nuestro Redentor, que así de palabra como de obra enseñó esta nobilísima

doctrina para que ejecutándola como debemos, siguiendo las pisadas de nuestro Maestro y Redentor, agencemos el premio de espirituales desde la tierra a la gloria.

Con gran perfección siguió esta derrota Ntro. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco, el cual viéndose combatido de las sugerencias del demonio que le maltrataron treinta años continuos, como él mismo lo dice en sus *Confesiones*, dando gracias a Dios por haberle mantenido con valentía en todos sus combates, y dice: «*¡Oh Salvador mío, cómo podré yo manifestar la guerra trabajosa que padeció mi alma cuasi treinta años! ¡Oh!, qué blasfemias decía aquel padre de mentiras, Satanás, aullando a mis oídos; San Pedro dice de él, que cerca las almas buscando a quien tragar y poner en su estómago, que es el infierno, anda a la redonda, porque jamás siguió camino derecho, ni tampoco los malos que le siguen; brama y no muerde, como perro encadenado, al cual Vos, Señor mío, vencisteis muriendo, conque no puede más que bramir, sino es que el miserable pecador le entrega su voluntad. ¿Qué eran sino bramidos de este león rabioso cada tentación de fe que molestaba mi alma sin cesar de día ni de noche?, no me dejaba comer bocado sin escrúpulo, ni beber un poco de agua, teniendo sed. Muchas veces entrando en la celda, volvía la cabeza pareciéndome que le oía hablar, pero nunca pude ver cosa alguna. En dos tiempos callaba este perro importuno: cuando me confesaba para celebrar y en el altar santo donde decía Misa. Bendita sea vuestra Misericordia, que entonces yo tenía reposo y se hacían como unas treguas; pero después de haber dado gracias por aquel admirable tesoro que tenía oculto en mi pecho, volvía este enemigo a perseguirme con la misma bravura que antes. ¡Bendito sea vuestro nombre, que ha más de veinte años que cesaron aquellos bramidos, conque siento una serenidad y paz que sola vuestra divina mano pudo causar!... Y pocos días antes que la otorgádes, sentí que se alejaba de mí este león y que oía sus bramidos menos furiosos, con que se alegraba mi alma de verle así huyendo como cobarde y vencido (Confesiones, Lib. II, cap. XII).*

Bien explica su dolor Ntro. Vble. Padre, al paso que hace memoria del continuo trabajo de treinta años; pero la curiosidad del lector puede ser que se le antoje saber la calidad de su trabajoso ejercicio, a que sin costarme trabajo del discurso, pondré a la letra lo que el mismo Vble. Padre respondió a la Señora Dña. María de Aragón, de cuyo Colegio era Rector, habiéndole en una carta preguntado la calidad de sus trabajosas tentaciones, respondió: «*El haber pasado tan en breve por aquello de los treinta años de escrúpulos que padecí ordenándolo así Nuestro Señor, fue porque contándolos en particular, es cosa peligrosa para las almas que padecen o han padecido este tormento, porque el demonio suele tomar de allí armas para afligir a los que padecen*». Según esta respuesta del Vble. Padre, bien se puede dar alcance no a señalar con

particularidad la calidad de los medios del tormento, sino a reconocer que siendo obra del demonio permitida de Dios para mérito de su siervo, es cierto que el enemigo echaría todo el resto (de su malicia) y en treinta años tiempo tuvo para tocar todas las teclas que a él le pareciesen que eran de mayor consonancia para mortificar al siervo de Dios; del cual, como era tan retirado, receloso de que sus acciones fuesen ruidosas, todo su obrar era con su amado Jesús, sin permitir que el mundo gustase ni con la vista, de su obrar, y así, si no eran los religiosos que le trataban, y a estos les costaba gran cuidado en dar alcance a las obras de N. Vble. Padre, porque él de todos se recelaba, de manera que si no eran las obligaciones de la Comunidad, de lo particular si no era por algún accidente, como el que luego diré, nadie entendía la fineza de sus obras, ni sus particulares ejercicios de penitencia para mortificar su carne de manera que toda fuese espíritu.

El siervo de Dios Fr. Juan de Herrera que le trató a N. V. Padre y le comunicó muchos años (como he dicho) me dijo, y también se lo debió de decir al P. Mtro. Fr. Sebastián de Portillo, que lo comunicó a casi toda la Provincia. El caso fue que una noche muy adeshora, estaba en el coro del Colegio de la Señora Dña. María de Aragón un Religioso (que esto es muy ordinario en la Religión, huir de la publicidad en los actos particulares de virtud) oyó ruido el tal religioso (que puede ser que fuese el mismo Fr. Juan de Herrera, que siendo Prior en Casarrubios del Monte, que fue adonde le conocí con trato de súbdito, siendo él Prelado, lo ordinario era hallarle en el coro a todas horas, o azotándose, o metido en una silla del coro en oración, y según mi juicio él fue el que dio alcance a una obra de tan gran mortificación, como la que hacía Ntro. Vble. Padre). Debió de ser en el tiempo de los treinta años que el Siervo de Dios dice que el demonio le traía a mal traer con escrúpulos, de que su espíritu andaba muy fatigado; conque el Vble. Padre buscaba medio para salir del empeño con victoria. Dio para ello la traza siguiente, que fue: Bajarse adeshoras de la noche a la Iglesia, o a la bóveda de los muertos, donde había un cadáver en un ataúd, que debía de ser mayor en su hechura, que el cuerpo que depositaron en él, lo que advertido del Siervo de Dios, viéndose apretado en las armas del enemigo, tomó por defensa al yerto cadáver con quien descansaba de la peligrosa fatiga en que se hallaba, abrazado del cadáver y con el cual se procuraba mantener hasta que fuese de día, que con gran sosiego dejaba las armas con que su espíritu prevalecía contra el enemigo Satanás, a quien avergonzaba el ardid del Siervo de Dios con que triunfaba de sus malignas fuerzas.

¡Raro desempeño del valor!, ¡que se valga el espíritu de la flaqueza de la carne, para que con nuevos e inauditos ardidés se oponga contra la fuerza del enemigo revolcándose con un cadáver hasta salir victorioso! Muy particular noticia es la que acabo de relatar de este gran Siervo de Dios; pero así fueron

todas sus acciones, que cuasi las más se ocultaban por su recelo religioso; pero fue tan particular su ejercicio precedente, que a todos causaba admiración sin poder imitar su cuidadosa y sabia virtud. Así lo ponderó en su entierro el Sr. D. Fr. Pedro Manrique, Arzobispo de Zaragoza, en el sermón que predicó, diciendo: «*Veíamoslo todos y parecía que nos engañábamos, un hombre de nuestra naturaleza, vestido de las condiciones de nuestra carne, criado entre nosotros, debajo de nuestro hábito, y tras esto, vernos y verle, pone grima al pensamiento*». Tal se desapareció de lo humano, que no parecía posible que cupiesen en él tales bríos a que, ni la vista, ni el pensamiento podrían llegar sin grima ni espanto, lo cual se aumenta con el reparo de que sin aflojar el arco de la penitencia viviese una vida tan larga, pero amparábala el Señor, al paso que su siervo se valía de estos medios con que fortalecía su espíritu contra las armas del demonio de quien salió siempre vencedor.

Gran valentía la de Ntro. Siervo de Dios, de que se debe sacar la consideración de cuáles serían los empeños del demonio, cuando las armas de que se valió nuestro Vble. Padre para la defensa ponen grima y espanto, que es el argumento que prueba con más fuerza la inteligencia de unas armas y las otras; pero con admiración y espanto las del siervo de Dios, que no satisfecho de las ordinarias defensas de la penitencia, se valió de la tan extraordinaria defensa como unirse y juntarse con un cadáver, para pelear con mayor espíritu de valor con el enemigo común. Esta hazaña sólo Dios pudo dar fuerzas a su siervo, que se lo merecía, para triunfar del demonio, resultando de aquí la gloria del mismo Dios al paso que la victoria de su Siervo.

CAPÍTULO XV

DE LA PRUDENCIAL MANSEDUMBRE DE NTRO. VENERABLE PADRE

Es de tan noble calidad la virtud que sólo a Dios se semeja en sus perfecciones. Pensar fue de San Ambrosio, «Tratado De Dignitate hominis», cap. 3.º, donde dice el gran Doctor, que, al paso que crió Dios al hombre a su imagen, le crió muy parecido a sus perfecciones, todo caridad, bueno, justo, pacífico, manso, puro, misericordioso, con las demás virtudes que son expresas señas de su Criador, a cuya imagen fue criado; de manera que al paso que el hombre se hermoseaba con sus obras, esta semejanza será un perfecto retrato en el mundo del que le crió a su imagen y semejanza.

Con qué maravillosa atención cuidó N. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco de sacar en su persona una verdadera copia de su Criador, pues en todo le admiró el mundo tan perfecto que a su vista alababa a Dios que le crió tan pa-

recido a su Imagen, sin alterarse en los ordinarios accidentes de la corte. Vivió treinta años en ella, con la continua asistencia en palacio, donde por sus virtudes le veneraban como a imagen propia del Omnipotente, que como a tan propia imagen suya, le avivaba con su poderosa gracia, con que milagrosamente se daba a conocer al mundo que era propia imagen de Dios, que le crió con tan virtuosas y santas prendas, que siendo el mundo junto con sus secuaces, tan contrario de la virtud, amaban y veneraban a nuestro santo Padre, admirando sus obras, milagro prodigioso de la gracia del que le crió puro, modesto, liberal, caritativo, con tan prudente mansedumbre, que no parecía hombre en lo sensible, sino Ángel a quien adornaba la insensibilidad.

N. P. Maestro Fr. Hernando de Rojas dice, cómo un Caballero cortesano se valió de entrambos para la solicitud de su pretensión. Comunicó N. P. Rojas el caso con nro. Vble. Padre, y éste le dijo cómo aquel Caballero le había informado con tales y tales razones, a que respondió N. P. Rojas: *Pues a mí me ha dicho lo contrario*; a esto respondió el Vble. Padre con su santa mansedumbre: «¿Cómo es posible. Pues un Caballero cristiano había de mentir? Tal era su estimación que tenía de todos, que no daba alcance a que un Caballero cristiano podía mentir, aunque le tocase en su crédito.

Ésta fue la causa porque en todos los puestos en que le empleó la Religión fue querido y aunque fue temido, porque en la justicia fue temeroso de Dios, conque lo que admitía benignidad de perdón lo hacía sin que se le debiese a las súplicas de los mayores, sino a su piedad religiosa.

El primer Priorato en que le empleó la Religión fue el del Convento de Soria. Luego fue a Medina del Campo, de allí fue a Granada y Sevilla de adonde fue a Canaria, volvió a Sevilla de donde vino por Conventual del Convento de San Felipe de Madrid ¹, en cuya conventualidad perseveró gran parte de su vida, hasta que la Señora Dña. María de Aragón le eligió por rector de su Colegio, donde como en todos los demás puestos en que lo empleó la Religión, mostró Dios que su siervo, con la valentía de su gracia, era milagroso en todo, porque su sabiduría se descollaba entre las demás eruditas plumas; su prudencia era la enseñanza de la corte, su mansedumbre que tocaba en sencillez, admiraba a los presumidos de doctos, pues sin tropiezo de la vanidad de la sabiduría, obraba como sabio, santo, sencillo.

Hallábase un día en el coro —como siempre— a tiempo que un novicio poco experto se hallaba junto a la tabla del coro, y díjole Nuestro Vble. Pa-

1. Ya dijimos en la nota 2 de la pág. 31, que de Sevilla, fue a Valladolid el año 1551 nombrado prior de aquel convento, donde el año 1554 fue nombrado predicador real; y hasta 1561 no se trasladó la Corte de Valladolid a Madrid, fecha en que el Bto. Alonso de Orozco fue a residir al convento de San Felipe el Real de Madrid.

dre: «Hijo, mire ahí en la Tabla de quién se reza mañana». A que respondió el novicio sin reparar ni entender lo que decía la Tabla: *«Padre nuestro, se reza de Santa Ea»*. El siervo de Dios movido de su sencillez y sin darse cuenta del disparate del apresurado e inadvertido novicio dijo: *«¡Oh gloriosa Santa Ea!, ¡qué de premios de gloria gozaréis en el cielo!»*. *Como su corazón se adornaba con la virtud de su sencillez, aunque sabio y docto, logró con el descuido culpable del novicio, las noticias regaladas de la gloria para cuyo perpetuo gozo se empleaba en la tierra en el ejercicio de todas las virtudes.*

Tan uno se hallaba el corazón de nuestro bendito Padre con la virtud de la sencillez, que de todo echaba mano para alabar al Señor, afeando la ingratitud del hombre. Hallábase un Caballero en conversación con los Religiosos del Colegio de Dña. María de Aragón y asistía el Vble. Padre con los demás. Un desmandado mosquito de la inmundicia del río le picó al Caballero en el párpado de un ojo, conque hizo grandes extremos de sentimiento, suspendiéronse todos ignorantes de la causa del repentino sentimiento, preguntáronse la y respondió que un mosquito le había atravesado un ojo; a que dijo el sencillo y santo Padre: *¡Válgame Dios!, ¡un animal tan pequeño obliga con su pico a que dé voces de dolor un hombre que fue en su creación aclamado por Señor y Príncipe de todos los animales; en esto se conoce la gravedad de la culpa de nuestros primeros Padres: un mosquito causa tan grande dolor!* No sé yo si al Caballero le dolió más la santa y doctrinal sencillez de nuestro Vble. Padre, o el piquete del mosquito; lo que a mí me dijo el P. Fr. Juan de Herrera, fue que quedó como corrido y para sanar su herida dijo: *«Así es, como dice nuestro Padre, que una sabandija de éstas es enemiga del hombre porque el pecado le dio armas y osadía para toda ejecución»*. Todos siguieron esta formalidad en la conversación; pero todos dentro de sus pechos alabaron la delicadeza en la sencillez del Siervo de Dios.

Tengo por cierto y aun por evidente que el alma de N. Vble. Padre se ausentaba de ordinario de la habitación de su cuerpo, hallándose con mayores y más dulces sazones en la asistencia del Señor Omnipotente, que en la cárcel de su cuerpo habitador de la tierra, porque de ordinario estaba aquel santo cuerpo tan ajeno de sus sentidos, que parece que le faltaba el alma para informarle. Buena prueba de esta verdad es la que se sigue: Enviáronle de Palacio una ollica de carnero guisada con dulce. Era tiempo antes del Adviento de la Orden; probólo y dijo a un religioso mozo que acaso se halló allí, que guardase el puchero en la alacena, donde se guardó dos o tres días, en los cuales, como había entrado ya el Adviento, hizo colación de la carne del puchero con gran sinceridad, hasta que fue a Palacio donde la persona que le había regalado le preguntó cómo le había sabido el carnero que le había enviado, a que respondió con santa sencillez: *Cierto, señora, que entendí que era conserva y*

así he hecho colación estas noches con él. Tan sin gusto corporal se hallaba el siervo de Dios, que pensó que siendo dulce no era carnero; pero al punto que lo entendió, lo regaló a un pobre que le supo a carne y le confortó.

No había cosa en este mundo que al siervo de Dios le pareciese que hacía alguna consonancia con las señas de la patria celestial que al punto no se empleasen todas sus potencias en celebrar las señas de aquella criatura parecida a la Suma Bondad. Compraron en el Colegio unos pollos para los enfermos; uno de ellos era de pluma blanca; reparó nuestro Vble. Padre en su blancura y pidió al enfermero que no matasen aquel pollo, porque tenía admirables señas de la gloria, que se parecía a la paloma, que en esta especie había descendido el Espíritu Santo. Era tanta la eficacia de esta santa y sencilla consideración, que en la huerta donde andaba el pollo, le seguía los pasos con gran ternura.

Todo él parece que era alma, sin que las porciones del cuerpo tuviesen más lugar que el que le permitía su sencillez mortificada. Delante de él no se habían de matar las sabandijas, porque, decía a los religiosos; «*estas sabandijas pican que es para alabar a Dios*». Todo lo reducía con su santa sencillez en alabanza de Dios, porque, como vivía su alma enamorada siempre en su presencia, no hallaba cosa en el cielo ni en la tierra que no quisiese que tributase debidos loores que debía a su Criador.

CAPÍTULO XVI

DE LA PRUDENTE, CONTINUA Y RELIGIOSA IGUALDAD DE SU VIDA

Crédito de la nobleza del valor es la continuación en el pretendido empeño, sin dejar las armas de las manos hasta dar alcance al premio de su anhelo. Si con tanta razón se practica esta política en el mundo, los siervos de Dios en la palestra de la tierra, ¿cómo se habrán?, ¿preciándose de valerosos soldados del servicio de la mayor Majestad?, sino empleándose valerosos en seguir con continuo e incansable valor a su valiente y esforzado Capitán Jesucristo, Redentor nuestro, cuyas pisadas siguen con santo y virtuoso coraje, sin que les obligue la fuerza del enemigo a volver la espalda dejando por acabar el empeño en que el valor de la gracia de nuestro valeroso y valiente Capitán Jesucristo, Señor nuestro, los empeñó, porque así como es crédito del valor humano continuar el alcance hasta el deseado fin de la apetecida empresa, así también en el ejercicio de las armas de la virtud se precian los valerosos en ella de continuar con aumentos de gloriosos triunfos hasta conseguir la última victoria de los enemigos, demonio, mundo y carne, con que triunfantes consiguen la corona de la gloria.

Nuestro Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco desde que nació le señaló la Virgen por su Capellán, con que su Unigénito Hijo le dio el valor de la gracia para que en las lides del mundo se señalase con tan extremado valor, que fuese el único dechado de la virtud. En el noviciado fue el ejemplar de la dirección pueril. En el ejercicio de los estudios fue el que unió el cuidado de las letras con el cotidiano empeño de la asistencia a las obligaciones religiosas, a que agregaba las de su devoto espíritu, con que le ocupaban todas las horas del día, siendo la noche toda a su oración y al estudio de las letras, de manera que era reparado de la menor atención, que no se sabía cuándo descansaba su cuerpo tributando al sueño su debida porción. Ésta fue la carrera que siguió desde que tomó el hábito de N. P. San Agustín, sin descansar la siguió hasta los noventa y un años de su edad que fue Dios servido de llamarle a descansar en la patria celestial, donde piadosamente se cree que vive y vivirá para siempre.

Éstos fueron los religiosos bríos de su mocedad de N. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco, que atendidos de la observante prudencia de los Prelados de esta religiosa Provincia de Castilla, le ocuparon en los puestos que ya he dicho, donde se esmeró su prudencia en las virtudes de la caridad, de la justicia, enlazada con la bordadura rica de la blandura de la misericordia. Todo este hermoso y fuerte edificio lo establecía en los cimientos de su benévola humildad, de que resultaban milagrosos efectos. No hubo en toda su vida persona alguna, por malévola que fuese, que le notase jamás a N. V. Padre imperfección alguna, cosa tan admirable que todos los que le trataron lo consultaban con admiración, y no era esto por causa de que no anduviese entre peligrosas asechanzas del demonio, (como queda dicho) sino porque siempre andaba tan unido su espíritu con Dios, que se hacía ser uno mismo como él lo es.

A esta pronta legalidad del cumplimiento del espíritu de N. Vble. Padre, atendíamos todos (dice N. P. Mtro. Fr. Hernando de Rojas, y yo fui testigo, dice) de lo que diré: «iba a Prima y en acabando, se quedaba en pie en el coro donde un novicio le ponía el atril con el Breviario, conque acababa de rezar las horas. Tras esta acción, se reconciliaba para ir a decir Misa, bajaba a la Sacristía rezando los salmos penitenciales, luego decía Misa en que ocupaba tres cuartos de hora; salía a dar gracias en que tardaba largo cuarto de hora, de aquí se subía a la celda; todo lo cual sin faltar cosa alguna le vi continuar estas acciones; y más, advierto, que desde el día de la Resurrección en tocando a silencio, salía de la celda donde había estado hasta aquella hora desde que había dicho misa hasta que tocaban a comer, y acabada la comida se encerraba en la celda, de adonde salía en tocando a silencio y se iba al coro, donde permanecía hasta que se acababan las Vísperas; en lo cual nunca hubo falta, hasta la fiesta de la Ascensión; lo mismo le debía de suceder en todos los sagrados ejercicios

que comenzaba». Hasta aquí, como testigo de vista es del P. Maestro Rojas. Tan continuada fue su puntualidad, que me dijo a mí el siervo de Dios Fr. Juan de Herrera (que, como he dicho, le asistió mucho tiempo), que las devociones que aprendió en el Noviciado, no se le habían olvidado y todas las ejecutaba como al principio. Raro tesón de la virtud, el cual es muy necesario para los que quieren caminar por el real camino de la santidad.

Su trato con todos era tan apacible, tan cortesano, que todos se enamoran de su conversación, porque no era de los que conversan sólo de la materia de que gustan; si son políticos aquella ha de ser la materia de su conversación, atropellando todo lo que se ofrezca aunque sea muy del gusto racional; si son místicos todo se ha de emplear en el trato de la oración, en los medios que se deben seguir para medrar en la santidad. Todo esto es santo y bueno; pero no es política discreta para atraer almas al gremio de la virtud, porque el cebo con que se atrae la pesca a la red es conforme al gusto del pez que le apetece. Manjar es del alma la discreción, la cual la tratan los siervos de Dios con tal sazón que atraen los pecadores con tal fuerza que los obligan a dejar la continuación de sus vicios por gozar de la sabrosa y dulce variedad de la prudencia religiosa.

Ésta era su política de N. Vle. Padre a quien todos los cortesanos veneraban con gran estimación, porque hallaban en él gran virtud en sus obras y palabras, sin afectación de su santidad, con variedad de noticias religiosas que obligaban a seguir tan singular derrota, que por la senda cortesana iba a parar en el real camino de la virtud. Ésta fue la causa de que N. Vble. Padre fuese (como luego diré) tan venerado de los Reyes, tan aplaudido de sus súbditos (cortesanos), tan estimado y querido de todo el pueblo, porque con la igualdad continuada y religiosa de su trato, atraía a grandes y pequeños, a los siervos de Dios y a los mundanos a que le siguiesen ya en el púlpito, ya en las conversaciones domésticas, ya en el trato apacible y blando, ya en el consejo prudente y santo con que criándole Dios uno, era muchos para todos en el servicio de Dios que le favoreció con tan abundantes favores de su gracia.

CAPÍTULO XVII

DE SU PROFUNDA Y CONTINUA ORACIÓN DE NUESTRO PADRE

Siendo el anhelo de la ambición de los hombres agenciar en todos tiempos la presencia de sus Príncipes, no es mucho que los siervos de Dios desengañados de los premios del mundo, agencien con todas sus potencias a todas horas la presencia del Omnipotente Señor Dios misericordioso, que con los brazos abiertos admite con défica piedad a su amorosa presencia a justos y pecado-

res, festejando todo el cielo a éstos su conversión y a los justos su merecido premio.

N. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco, como tan desengañado del mundo y como tan amante de Dios traía siempre su alma en la presencia del Señor con tantas veras enamorada que no sabía divertir los sentidos corporales a cosa humana de la tierra. Ésta fue la causa que le movió a este doctísimo y santo varón a escribir un tratado intitulado *«Ejercitatorio espiritual»*, en que al punto se descubre el *Monte de Contemplación* que imprimió a este fin a que se remontó. También dio a la estampa el *Vergel de la Oración*, con que se recrea con la celestial fragancia de las deliciosas flores como cultivadas virtudes. A este florido vergel iba N. Vble. Padre a todas horas a buscar a su Redentor. *«Mira, se decía, que el Cordero inocentísimo se apacienta entre las azucenas, hasle de hallar en el Vergel y en la floresta de todos los árboles, que son virtudes que dan agradable fruto al Señor»*¹.

En todas las criaturas hallaba N. Vble. Padre un libro en que estudiaba las lecciones de meditar en aquella eterna Bondad de Dios, por quien su siervo se abrasaba de amores, juzgaba, y bien, como sabio amante, que la mano de Dios omnipotente, su amado Señor, que en todo había formado caracteres para enseñarle a la meditación de su infinita bondad, y así considerando en todo a tan gran Maestro aprendía en todo a meditar. Los sabios y amigos de Dios, dice el mismo Venerable Padre en el *Ejercitatorio Espiritual* (lección 1^a, cap. 2) *consideran cada criatura así como una letra o carta, de la mano de este dulce y amado Dios infinito. Así sacan doctrina del Libro de la naturaleza, no menos que de cualquier otra escritura. Conforme a esto, hermano, viendo el sol habéis de sacar doctrina haciendo memoria que este Señor Redentor del mundo es luz verdadera, como dice San Juan, que alumbró a los Ángeles en el cielo, y a los hombres en la tierra. De manera que cada vez cuando mirávedes al sol veréis un retrato pintado para sacar doctrina y memoria de este benigno Redentor que es Sol verdadero.*

De esta suerte va discurriendo por las demás criaturas con tanta sutileza, ternura y naturalidad, que entre las admiraciones con que embelesa al entendimiento, y los ardores con que inflama la voluntad, ocasiona un vergonzoso empacho a los tan rudos y tibios como yo de no haber acertado a entender antes tan manifiesta y clara lección, tocándola cada instante en todas las criaturas donde se nos propone la memoria de nuestro Redentor.

Todo aquel Capítulo escribe, para hacer demostración de que nuestra nececia tibieza tiene la culpa de que en todos tiempos no estemos en la presencia de

1. Prólogo del lib. *«Vergel de Oración»*; Edic. de Salamanca, Imprenta de Calatrava, 1895, pág. 10.

Dios, pues en todas las criaturas se nos representa su divina bondad, de que debemos avergonzarnos y arrepentidos seguir la derrota que N. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco nos enseña, como bien docto en esta materia de la oración. Y así prosigue formando un «general», en cuya cátedra preside el Espíritu Santo, y dice: *Más vale una hora de oración, que un día entero de lección; porque en la lección tenéis el Libro por Maestro, y en la oración al Espíritu Santo; pensad lo que quisieréis, porque tener muchos libros y ausentarse de la oración común y oficio divino del Coro, no son medios para saber más, sino para con mayor trabajo aprender, las dudas que sacamos de la lección, declara la oración* ².

Cursando N. Vble. P. Fr. Alonso de Orozco a todas horas los «generales» de la oración, salió tan insigne Maestro de Espíritu, comunicándole el Espíritu Santo tan singular don de sabiduría, a todas horas, en todos tiempos, en todas las ocupaciones, que así nos lo enseña en todas sus obras diciendo que no hay excusa alguna para dejar de cursar en el «general» de la oración. Luego, dice, con el bocado en la boca lleva Cristo a sus discípulos a orar, para que conozcas, ánima mía, que no hay tiempo que no se deba ocupar en la oración. Aquí parece que se deben afrentar las personas que dicen que después de comer y de cenar sólo es tiempo para el desahogo natural, porque conviene mucho para la salud del cuerpo. A que Nuestro gran Padre, como tan docto en estas materias, responde: *No sigas a estos discípulos de Avicena y Galeno, y mira al Médico de tu salud, Cristo, sin perder tiempo ni lugar, ni ocupación alguna la baraje, ni arbitrios del ingenio perturben su elevación, para que en la comida haya más gusto espiritual que corporal, cuidando más de satisfacer la sagrada hambre del alma, que de mantener las fuerzas del cuerpo* ³.

Como tan gran Maestro, N. Vble. Padre no sólo enseñó diciendo, sino obrando, pues aunque en la vida activa se empleaba con grandes veras, (como hemos visto en lo que hemos relatado de su vida) pero era sin disminuir lo que le tocaba al alma, que era toda contemplación, y lo que es de mayor admiración, es la paga de la deuda natural del sueño, sin que dejase de gozar el alma de su continuo alimento de la oración, y así dice: *«Ánima mía: di con el Profeta David: Mi oración se convertirá en mi seno, traerla he siempre conmigo delante de mis ojos y jamás me apartaré de ella. Así lo hacía el siervo de Dios que ha dado tan admirable lección a los que deseaban seguirle. Actualmente, dice, no es posible orar siempre en esta vida; pero habitualmente bien se sufre ordenándolo todo a la oración; las personas espirituales siempre oran, porque, si se van a dormir hacen siempre oración, ofreciendo aquel sueño al Se-*

2. *Vergel de Oración*, part. 1.^a, cap. III, pág. 43.

3. *Vergel de Oración*, part. 1.^a, cap. I, pág. 20.

ñor como un medio para poder orar, y cada vez que despiertan, oran además diciendo: «Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto», y es tan dulce al alma hallarse luego en la oración, que dando gracias a Dios, reconoce que aquel bien no es suyo, sino de Dios a quien procuró asistir» (Ibidem).

Con esta enseñanza de un tan experimentado Maestro podemos reconocer las veras con que empleó los días y noches de su vida en la oración, sin que las obligaciones de la vida activa, ni la deuda natural del sueño le barajasen la habitual asistencia en la oración, pues, como el mismo Vble. Padre dice y aconseja, que *ofrezca el sueño a Dios, como un mucho necesario para poder orar*. Entrando en el vergel de la oración libre, con mérito de que resulta hallarse en la boca la dulzura de los últimos bocados de la cena, dando gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Efecto, como dice San Ambrosio, Lib. 2 «De Virginibus», que les sucede a los siervos de Dios que alentadamente imitan a su Sma. Madre la Virgen María: «*dormire non prius cupiditas quam necessitas fuit; et tamen cum quiescerit corpus, vigilaret animus; qui frequenter insomnis, aut lecta repetit, aut somno interrupto continuat, aut disposita gerit, aut gerenda pronuntiat* (In Festo Praesentationis).

Como tan enamorado Capellán de la Reina de los Ángeles, N. Vble. Padre la imitaba como San Ambrosio advierte les sucede a los siervos de Dios, que por sólo la necesidad y obligación natural de escusar la muerte y no por vicio, se consigue que en la quietud del cuerpo vele el ánimo, el cual soñando suele, o repetir lo que ha leído, o continuar lo que interrumpió el sueño, o ejecutar lo que ha dispuesto, o prevenir lo que ha de ejecutar. Así el gran Doctor S. Ambrosio da a entender la gloria de la contemplación de la Virgen a nuestro entender, y así se declara la oración de nuestro siervo de Dios, que, como tan hijo y Capellán de la Virgen, seguía sus pasos con el aliento de la gracia de Dios. Del orar continuo se le originó a N. Vble. Padre vivir tan larga vida celestial, pues siempre absorto y transportado en Dios con quien eran todos sus mentales coloquios, aun cuando parecía los lograba en la tierra con los hombres en su caritativa conveniencia. Por cuya causa respiraba su santa conversación unos sagrados perfumes de la gloria en la paz, en la mansedumbre y en la caridad con tanta viveza que nadie le atendía por hombre mortal, sino por inmortal ciudadano del cielo.

Bien se conforma lo dicho con lo que el mismo Vble. Padre dice en el *Memorial del Amor Santo*⁵: «*La oración en la cual el alma sube no menos que al cielo. Cuando oramos no estamos en este mundo, según lo que sucede cuando se hace oración que se apartan de la tierra de sí mismo y se hallan no menos*

4. *Ibidem*, part. 1.^a, cap. II, pág. 35.

5. *Memorial de Amor Santo*, part. 1.^a, cap. VI, hacia el fin. Edic. de Salamanca 1896.

que en el cielo empíreo, donde por aquel tiempo se traslada el alma. Sentir fue éste de N. P. San Agustín, que como tan abrasado del amor de Dios, sintió lo que su hijo, nuestro siervo de Dios, acaba de decir. El sentir del Gran Padre relata el Vble. Hijo en *Monte de Contemplación*, cap. 9; dice pues: *N. P. San Agustín dice que si alguno es verdadero amador de Dios se presentará muchas veces al día en aquella soberana Ciudad paseándose de calle en calle* ⁶. Tan hecho estaba N. Vble. P. Fr. Alonso a estos soberanos vuelos, y tan regalado su espíritu con ellos que a todas horas le hallaban, los que familiarmente le trataban, arrobado fuera de sí, de que se avergonzaban con rara modestia, procurando retirar de los ojos del mundo el valimiento que tenía con el Supremo Monarca, para que los humos del aplauso no obscureciesen los resplandores de la premiada virtud, de que le resultaban privilegios y gajes de bienaventurado de mayor jerarquía, pues le cortejaban los Ángeles dándole algunas noches celestes músicas para adormecerle en el Señor, como él mismo lo declara, en sus *Confesiones* ⁷. Parece que estos favores no le duraban como debían, que era la continuación que deseaba en la perpetuidad de la gloria.

Para la oración vocal tenía el coro, pareciéndole que con la Comunidad adelantaba muchos pasos al mérito y a la perfección, y así jamás faltaba al coro, aun cuando la necesidad del prójimo le ejercitaba a su caridad, porque en este ejercicio desde Vísperas a Completas se empleaba todo, para no faltar al coro. En este paraje y delante del SSmo. Sacramento era su más regalada vivienda, y así dice: que *de aquel fuego de infinito amor saltan centellas que abrasan los corazones más fríos, dan calor y gran regalo, y allí se comunican grandes secretos de la sagrada Escritura*. Como el que con experiencia palpable había gozado de tanto bien, lo expresa el Vble. Padre continuándolo con fervoroso cuidado, asistiendo al coro, donde algunas veces faltaba el organista por causa de otra obediencia a que asistía, que el Vble. Padre puede ser que lo festejase, porque era el que sustituía en el ejercicio del órgano, donde se enervorizaba su espíritu hallándose ministro de consonancias angélicas en servicio del Señor, el cual como tan piadoso, dispuso para premiar a su siervo / que el más estimable premio para un enamorado de corazón es ponerle en la ocasión de servir para merecer /. Así fue dando salud a su siervo el año de 580 en que apenas hubo persona que no flaquease con la pestilencia del catarro. Tiempo en que mantuvo Dios a su siervo con perfecta salud para que pudiese cumplir remudando religiosos con la obligación del coro sin hacer a hora ninguna falta, sin que faltase jamás la Misa Mayor en la Iglesia de San Felipe, su-

6. *Monte de Contemplación*, cap. IX, pág. 550. («Vergel de Oración y Monte de Contemplación», están los dos tomos en uno).

7. *Confesiones*, lib. 3.º, cap. último párrafo, «Una merced».

ceso bien advertido de todos, pues en pocas Iglesias de España sucedió lo que en el convento de San Felipe en este tiempo tan calamitoso, en que Ntro. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco, gozoso de trabajar en servicio de Dios, suplió con su fervoroso espíritu la falta que el contagio ocasionó en toda España; pero el siervo de Dios con su valiente y enamorado espíritu venció todas las dificultades, con que no permitió que hubiese falta en su Convento en el servicio de Dios y consuelo de los fieles.

Esta seguridad de su salud en tal tiempo la estimó N. Vble. Padre por gran favor de la divina mano, conque le pareció que a un religioso que era más continuo en este ejercicio, le debía gratificar y así le dio una capilla y escapulario, con que le pagó la asistencia que tuvo en su compañía, con que cumplió la deuda del Señor a quien servía; pues tomó por su cuenta la deuda de su dueño, cuando él mismo se había empleado fervorosamente con mayores ventajas en el ejercicio de su compañero. Pero como su enamorado espíritu se reconocía deudor, lo que en su compañero fue ejercicio voluntario de virtud, en sí propio lo apreció por deuda conocida, conque se satisfizo a sí, sirviendo como obligado, pagando a su compañero como agradecido.

CAPÍTULO XVIII

DE LA SINGULAR DEVOCIÓN QUE TUVO N. VBLE. PADRE CON LA PASIÓN DE JESUCRISTO REDENTOR NUESTRO

Crédito es del verdadero amor no contentarse con amar sin entrar a la parte en el padecer con el amado. Lección es ésta tan verdadera que el mismo Padre de la sabiduría, Jesucristo, Señor nuestro, la publicó por sus labios, de que da testimonio auténtico su Evangelista S. Mateo: «*Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me*»¹. Si el amor hiciera su deber obligando al hombre a que me siga, niéguese a la fuerza del amor propio, cárguese de la molestia de su cruz y sígame, que con igual pareja alegraremos al cielo y a la tierra. Repara Juan Gersón en la celestial Doctrina, y dice con espíritu dado de la mano de Dios a tan gran varón, que supo con la gracia de Dios decir y hacer lo que debía obrar el hombre en servicio de Dios y bien de su alma. Dice, pues: *Summum igitur studium nostrum sit in Vita Jesu Christi Mediatoris*. Ya que no puedas, hombre, seguir los pasos de Jesús, Nuestro Redentor, con la perfección que debes, sea todo tu estudio seguirla meditando a todas horas en su trabajosa vida a que se sujetó, siendo impasible, por

1. Mt 16,24.

tu amor. Síguele, pues, meditando los milagrosos efectos de su vida, obligado de su piadosa caridad. Síguela procurando emparejarte con Nuestro Buen Jesús en la Cruz, donde en milagrosa pareja de amor, el cielo y la tierra festejarán tu dicha en brazos de la piedad de Dios.

Temeraria empresa la de mi devota atención, pretender con la cortedad de mi pluma y con inhabilidad de mi espíritu dar alcance al fervoroso empleo del espíritu de N. Vble. Padre, para cuyo efecto me falta todo, porque, aunque mi devota voluntad gustara de expresar con palabras sus santos y fervorosos anhelos de crucificarse con Cristo, Nuestro Bien, fáltame el enamorado espíritu de N. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco, y si el deseo de aprovechar al mundo con las noticias de tan santo fervor dado de la mano de Dios, me obliga por medio de la obediencia a expresar con palabras lo que este gran siervo de Dios ejecutaba con el espíritu, es temerario y aun soberbio empeño, porque dar vida de espíritu a las palabras, sólo Dios lo sabe hacer con su gracia. Ésta se la comunicó el Señor a N. Vble. P. Fr. Alonso de Orozco, para que en el *Libro de sus Confesiones* me sacase de este empeño con muy buen aire, diciendo: (Ecles, c. 30, v 16): *«Escrito está que no hay riqueza que exceda al valor de la salud; mas yo por mayores bienes tengo de vuestra bendita mano la experiencia de dolores que Vos dais en esta vida a quien por vuestro amor los desea sentir. Hacedme, Dios mío, este favor, que en tanto que yo viviere pueda decir con verdad, «crucificado estoy con mi Salvador Jesucristo»; esa Cruz sea mi descanso, mi floresta, y mi regalo; porque no hay en la tierra qué desear, sino suplicar a Vuestra Clemencia que nos dé a sentir algo de lo mucho que Vos padecisteis por nosotros. Ni tampoco el alma puede hacer oración que más a Vos os dé contento. Por tanto; el Apóstol recibiendo tan gran merced, que de vuestra divina mano había recibido, era por compasión entrañable estar con tres clavos crucificado con Vuestra Majestad en la misma Cruz. Gracias os da mi alma que me disteis este santo deseo para que por muchos días os suplicase yo esta merced»* ².

Bien explica el siervo de Dios la dulzura que encontraba en aquel León de Judá muerto, pues nunca se saciaba de gustar de la suavidad eterna de sus escondidos panales. Verdadero hijo de N. P. San Agustín a quien vuestro siervo de Dios parece que le trasladó las palabras, o le robó los amorosos deseos. «Seguro descanso (dice el gran Padre enamorado) es para los pecadores enfermos habitar en las crueles heridas de su Salvador, siendo con maravillosa antinomia su dolencia nuestra salud. Allí se asegura mi confianza. Por las patentes heridas se introduce mi necesidad, sin necesitar de golpear con las aldabas

2. *Confesiones*, lib. 3^o., cap. IV, pág. 103.

de la piedad a las puertas de su misericordia, donde robó sus eternos tesoros. Y cuando por mi tibieza me falta para mi consuelo las señas del perdón, con tan singular y amoroso desperdicio que las sacrosantas llagas derraman en abundantes misericordias. Me consuelo, pues para que no se estanquen en su pecho, se hicieron desaguadero las roturas para que perennemente puedan correr hacia mí. En todas mis adversidades no hallo más eficaz remedio que las llagas de Jesucristo. En ellas duermo descuidado y descanso sin zozobra». Esto mismo le imitó su Vble. Hijo a nuestro gran Padre, en la pluma como en la obra de su espíritu, con tan reales primores, que no habrá artífice tan diestro que pueda distinguir la copia del original; porque según Lanceloto, discurrió según las muestras que dio de sí el corazón de N. P. S. Agustín, que amante como debía, tenía grabadas por armas de la nobleza de su amor (en su corazón) las señales de la pasión de Cristo nuestro bien. Conque con no menos probabilidad piadosamente nos podemos prometer, que el hijo que imitó con tan fervoroso empeño al Padre, le correspondió el Señor con el mismo premio.

De esta fervorosa contemplación le debió de venir a N. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco el fervoroso afecto que tenía con el glorioso y seráfico Padre San Francisco, porque como miraba en él las mismas llagas de Jesucristo su amado, esculpidas en manos, pies y costado, le arrastraba su amor tanto a la copia como al original, a quien, ingenioso amante, encontraba en todas las criaturas con tan vivos colores que no diferenciaba su amor la perfección de su Amado, con la copia a quien su espíritu concedió el traslado. Un librito compuso que intituló *Ejercitatorio espiritual* en que toda su pretensión es para que se traiga siempre presente a Nuestro Redentor Jesucristo. Con el cual librito es de maravillar la destreza con que encuentra la alusión y simbolización con la muerte de Cristo, nuestro Bien crucificado, juntamente con todos los sucesos de su Pasión. Toda la lección primera es para agotar el entendimiento más pronto, porque son tales las ternuras de su voluntad, que a un fingido y diestro enamorado no le será fácil encontrar con los amorosos extremos de este verdadero serafín. Porque si daba el reloj la hora, le hacía eco en el corazón los golpes de las campanas, como los que herían con los clavos los martillos de los verdugos con que traspasaban los pies y manos de Jesucristo N. Señor. Si miraba a la tierra, consideraba que fue su sepulcro / como él mismo dice / y *que en ella nos dejó perpetuo monumento de su memoria para que de Él no nos olvidemos jamás*. En la noche miraba una cifra adonde leía a Cristo nuestro Bien clavado de pies y manos en la Cruz, el cual, dice el siervo de Dios, *del medio día hizo noche, haciendo tinieblas en la tierra cuando murió*; de que deducía tiernas y amorosas consideraciones de cuanto con razón se avergonzaron los ojos del cielo de estar abiertos para un tan crudo y lamentable espectáculo.

culo, hallándose ellos respaldados cuando los divinos de Cristo se eclipsaban con la muerte turbándose y afeándose con la sangre que vertían las heridas de las penetrantes espinas.

Si miraba al sol, le juzgaba por no verdadero, porque sólo lo es el Sol de Justicia, Jesucristo, Redentor nuestro, enclavado en la Cruz. En todo cuanto veía y oía encontraba a su Crucifijo, porque todo lo miraba con los ojos tan de su Amado Jesús crucificado, que en todo y por todo le hallaba su enamorado espíritu. De aquí se le originaba el continuo reparo que, en viendo en el suelo algo colorado se arrodillaba y lo levantaba con gran ternura, pareciéndole que no era bien que padeciese aquel desprecio, lo que se parecía a la sangre de Jesucristo, su amado. Qué escrúpulo tan jigante en la fineza, aunque tan niño para reparo, de que podemos considerar qué escrúpulo haría su amante corazón en ofensas, desmenuzando con tanta delicadeza en amorosas prolijidades.

Traía consigo (ordinariamente) cinco piedrecitas con sangre del brazo para que perpetuamente sus ojos se empleasen en ellas para que no se olvidasen las cinco llagas por donde se vertieron los preciosos rubíes de la sangre de Ntro. Redentor, que fueron el precio de nuestra Redención. Con yerbas amargas disponía su bebida, para que al gustarla le supiese a la de hiel y vinagre que dieron a beber a nuestro Redentor, con cuya consideración satisfacía sus hidrópicos deseos de padecer y crucificarse con su amado Jesucristo.

Era tal la gloria que sentía su alma en la continua consideración de la pasión del Señor, que tenía por menos los regalos de la revelación de la gloria, comparados con los amorosos tormentos de la meditación de las penas, de que le resultó que regalándole en revelación con un traslado de la gloria, gustara el Vble. Padre de trocar aquellas gloriosas sazones, por lo amargo de la consideración de las penas y así dice el amoroso Padre: «*¡Oh Rey celestial, que lo que quiero decir no lo entiendo, que quisiera yo en aquel tiempo pasar a la contemplación de vuestra preciosa Cruz y Vos deteniades mi alma para que se recrease en la consideración de vuestra gloriosa Ascensión!*»³. ¡Oh buen amigo, que acompaña al que ama en las penas, siendo más sabroso a los alientos de su espíritu acompañar a Cristo en la Cruz, donde todo eran penas, que en los triunfos de su Ascensión, donde todo eran sazones de la gloria!

Rara circunstancia de amor, padecer en no padecer, es lo más a que se puede alargar la consideración humana; pero la virtuosa y santa fineza obra con tan maravillosa destreza, que no hay en el mundo quien alcance a dar punto fijo en el obrar de un Siervo de Dios si no es con admiración, como es lo que se sigue. Era tal su santa ternura de N. Vble. Padre con tanta gracia de

3. *Confesiones*, lib. 3.º, *Favores*, pág. 134.

Dios, que a todos los que le trataban se les pegaba esta dichosa dolencia de la afición a Cristo crucificado; de manera que las lágrimas y amorosas finezas de este siervo de Dios con su amado Jesús crucificado, eran tan efectivas en los pechos que le asistían, que cual furiosas balas penetraban a sus entrañas con tan milagroso efecto, que con elocuentes lágrimas publicaban que se hallaba grabado en sus corazones Ntro. Redentor Jesucristo clavado en una Cruz.

Tan milagroso efecto hacía la meditación continua del alma de N. Vble. Padre en su amado Jesús crucificado. Pero no me admiro, porque milagros de la gracia que el Señor comunica, aunque son admirables, todo cabe en la Omnipotencia liberal del Señor; y más agenciada de sus siervos con la fineza como la de N. Vble. Padre, que no pasaba instante que no tuviese la cruz sobre los hombros de su consideración amorosa. Todos los días rezaba de rodillas el Oficio de la Cruz, verificando en su alma que era dulce el leño y sabrosos los clavos, pues con tanta continuación sin perder instante, se saboreaba en su contemplación, y así suplicando al Señor le favoreciese, dice: *«Todo, Señor, me sea penoso, todo tenga sabor de hiel, todo me sea tristeza, todo sabor de luto; sólo me dé contento presentarte en mi corazón puesto en la Cruz por mi salvación, muerto y clavado por mi rescate. Bienaventurada serás, alma, si como aquella viuda sareptana salieses al campo a buscar dos leños con que guisar la comida para luego morir; guisa todo lo que comieres con esta bendita leña de la cruz de tu crucificado Señor; nada pienses, nada obres sin tener delante de los ojos tan excelente dechado, y morirás luego al mundo en comiendo tal manjar ()»* ¡Oh!, qué delgado hilaba el amor en la oficina de la voluntad de N. Vble. Padre, pues de agradecida se le encendía la llama fogosa de amor sin alargarse a más que a las circunstancias de la obligación de la deuda de su redención y rescate. ¡Oh noble y generosa virtud!, que sin la ambiciosa esperanza del gozo del bien, enamorada de agradecida, contempla gozosa el favor recibido sin aguardar mayor premio de su fineza. ¡Oh qué enseñanza ésta del fogoso espíritu de N. Vble. Padre el cual remata este capítulo diciendo las siguientes palabras: *No hay cosa que más despierte el corazón en amor de su Criador, y saque al hombre del profundo piélago del olvido según sentencia de N. P. San Agustín, que tener siempre presente a tu amado Esposo, Jesucristo, puesto por tu salvación en la Cruz. Tu corazón has de considerar que es aquel monte Calvario en cuyo medio y hueco, así como abertura de la piedra has de asentar el pie de aquella santísima Cruz;* que para eso pienso yo que la concavidad del corazón quedó a la parte del cielo, para que árbol tan santo, se plantase y se contemplase en él. En esta Cruz has de considerar al Cordero Jesucristo, con los clavos en sus manos y pies, de adonde cae la sangre como rayos y como brasas de fuego de encendido amor; las cuales tú recibes en tus entrañas como joyas propias sin que una gota caiga en tierra; y créeme, que aunque

más duras sean que piedras, una vez u otra en esta contemplación, será imposible no ablandarte y regalarte más que la cera en el fuego. Este retablo, ánima, has de asentar con tanto ahínco en tu corazón por continua memoria, que nada pienses, ni hables, ni obres, sin que primero te presentes delante de tu amado Cristo crucificado puesto en tu corazón. Por manera que, aun mirándote al lado izquierdo, te parezca que aun con los ojos *corporales ves tan gozosa vista y rostro celestial*.

¡Oh bondad inmensa de la misericordia de Dios, que con tanta largueza de su gracia contribuyó a un hombre que todo es tierra con tales delicadezas de finezas de su amor! ¿Quién si no es Dios, amante y liberal, le pudo ennoblecer de tan amorosos extremos a N. Vble. Padre? Pero, aunque favorecido con extremo del Señor, fue puntual agradecido, pues todo su corazón, su sabiduría era como la de San Pablo: *Cristo crucificado* ⁴, con continua asistencia en la Cruz, Crucificado con Cristo nuestro bien. Así lo da a entender N. Vble. Padre en el siguiente párrafo, cuyas palabras omito por no hacer más prolijo este Capítulo; pero para el curioso que se quisiera aprovechar, logrando sabrosos ratos para su entendimiento y voluntad, lea el *Memorial de Amor Santo*, desde el cap. 23; *El Monte de Contemplación*, la contemplación del Crucifijo, y con mucha especialidad todos sus libros, en que hallará todo lo que desea para enternecer su corazón y abrasarle con el fuego de la gracia que el Señor comunicó a éste su Siervo.

CAPÍTULO XIX

DE LA TERNÍSIMA DEVOCIÓN QUE TUVO N. V. P. Fr. ALONSO DE OROZCO A LA VIRGEN NTRA. SEÑORA

No hay prenda que más publique la nobleza del corazón del hombre que la gratitud, porque es debida correspondencia a la deuda que se reconoce agradecida a la bondad del bienhechor, sin que la borrasca de la malicia del discurso pueda descaminar a la nobleza agradecida del real camino de la debida correspondencia. Porque si la nobleza no es agradecida se despoja de lo racional, conque por ingrato no se podrá preciar de racional, noble, sino por bruto incapaz de todo lo que le puede ennoblecer. Así define N. Vble. Padre al ingrato en el primer Libro de sus *Confesiones*, cap. IV: «*Manifestáis, dice, la fealdad de la ingratitud, monstruo espantoso en el mundo, que es un perro,*

4. 1Cor 2,2.

*animal bravo sin conocer el pan que su señor le da»*¹. *Monstruo* espantoso del mundo, llama al ingrato, y con mucha razón, pues siendo hijo del beneficio, no sólo desmiente al padre que le ennobleció, sino que las más veces le infama por pretextar su ruindad, con lo que viene a ser más sensible la disculpa que la misma injuria con que ofende. Aquí, al contrario, obra la gratitud; con qué nobleza corresponde, con qué santidad generosa satisface, con qué bizarría obliga y al fin pagando lo que debe, satisface, obliga y se ennoblece.

Bien prueba N. Vble. Padre Fr. Alonso de Orozco la nobleza de su espíritu a la Virgen Sma. por las piedades misericordiosas con que toda su vida le favoreció, tomándole por su cuenta aun antes de nacer visitándole en el vientre de su madre, cuidó con especial atención de ponerle nombre, señalándole por su Capellán, encaminándole siempre a su servicio; todo lo cual lo repite el agradecido varón de Dios en diferentes partes de sus libros, conformándose con que, ya que como hombre no puede pagar tan grandes beneficios recibidos de la piadosa mano de tan gran Majestad como de la Madre de Dios, se contenta con publicarlos agradecido, fiando de su piedad, que intercederá con su Unigénito Hijo, le dé gracia para servirla, que aunque no sea paga, es efecto que desea el Señor que se ejecute con sus auxilios, con que misericordioso, se da por obligado. De estas dichosas deudas se hace cargo el Siervo de Dios en el Prólogo del Libro *De las Siete Palabras que Ntra. Sra. dijo: Lo mucho*, dice, *que todos debemos a tal Madre de piedad, y yo más aun antes de nacido*². Aunque hombre, el P. Orozco, olvidadizo de los beneficios recibidos, no obstante, no parece que era hombre sino angelical porción que sin perder de su deuda la memoria, todo era espíritu de gratitud a la Virgen María, su Abogada, bienhechora cuyo afectuoso holocausto le parecía a su alma que todo era poco en la satisfacción de sus deudas, aunque toda su vida se recreó en el fuego de su devoción, sacrificándola su juicio (como lo afirma D. Fr. Pedro Manrique en el Sermón que predicó en su entierro) pareciéndole que nunca más ganado el seso, que cuando lo perdía de enamorado de la Virgen María. ¡Oh finezas bien logradas, a que no pudieron igualar las ficciones profanas!

En ningún negocio que corría por su cuenta dejó jamás de encaminarlo por el amparo de María Santísima, pareciéndole que a la Flor, Cristo, sólo se le había de buscar el fruto de su misericordia por la Vara de María, su Sma. Madre, porque sin esta Señora, le parecía al enamorado varón, que el mundo había estado sin consuelo para los trabajos y ahogos naturales sin esta divina Señora, *porque esta estrella del mar*, dice, *que es la que vence las tempestades*

1. *Confesiones*, lib. 1, cap. IV, pág. 17.

2. Tratado de *Las Siete Palabras que María Santísima habló*, Prólogo. Ediciones Rialp, Madrid, pág. 54.

más peligrosas de tentaciones y finalmente se enderezan los descaminados rumbos de la variedad de los vicios, conquie todo el caudaloso río de las gracias de su Hijo corre sólo por esta Madre.

Tan enamorado de agradecido estaba de la Virgen Sma. el Siervo de Dios, que tenía grabada en su corazón su hermosísima Imagen, que, a ser pintor, parece que sólo él la diera el alma a su hermosura, y así, en el Sermón de la primera palabra, dice: «*No puedo contenerme en las alabanzas de la Virgen a quien me confieso deudor antes que nacido.* Y prosigue poco más abajo diciendo: *¡Oh Virgen Madre de Dios! Lo que os debemos los cristianos, y particularmente los Religiosos, y más que todos yo pecador, deudor antes que nacido!* ³. En todos sus amorosos afectos no olvida sus obligaciones, las cuales en todo y por todo pone delante para que no parezca servicio voluntario lo que es deuda reconocida de su noble y agradecido pecho. Si quisiéramos copiar sus agradecidos afectos de n. gran varón, dulcemente enamorado de la Virgen María, su protectora, fuera lo mismo que querer reducir el mar a breve distancia, porque en todo lo que escribió, todo se transfunde en amorosas ternuras a María Santísima, procurando desempeñarse como agradecido galán, observando en su pecho siempre las soberanas obligaciones de Capellán elegido y señalado por la Virgen. Tan enamorado de agradecido estaba su pecho, que llegó su amoroso escrúpulo a quejarse de que habiéndose justamente introducido en los sermones que la salutación fuese a María Santísima, muchos trataban de introducir el *acortar las alabanzas de la Virgen para ganar más tiempo para el asunto del sermón*, en que juzgaba su santa y amorosa devoción, que nada era tan del caso como las alabanzas de la Virgen, por cuya causa sus saluciones eran siempre largas, previniendo el acierto de sus sermones con el gustoso y regalado principio de ellos, que eran las alabanzas de la Virgen, y así no hay que admirarse que este gran siervo de Dios y de su Madre Sanma., dijese que *no se podía contener en las alabanzas de la Virgen*, porque, como su pecho se abrasaba con la encendida y fogosa llama de amor, no le daba lugar a la suspensión de tan milagroso ardor.

Pasaban tan adelante los efectos de esta amorosa llama, que en todo el día, sin embarazarle ocupación alguna, era María su continua aclamación. A cultivar las flores de un jardín iba con el cuidado de conservar las más bellas para presentar a María Sma. ramilletes de la tierra, además de los que la Iglesia Católica le ofrece en sus himnos, que cultivados en el alma de este enamorado devoto de la Virgen, se regalaba con elevado espíritu repitiendo los him-

3. Tratado de *Las Siete Palabras de María Santísima*; Prólogo. Ediciones Rialp, Madrid, pág. 54.

nos «*Ave, maris stella*» y ¡*Oh gloriosa Domina!*, con que cultivaba en la tierra flores y en su alma frutos de bendición de su Abogada y Madre, María. Era tan sabroso para su alma este devoto ejercicio, que no se contentaba con rezar los himnos, sin que la armonía de la voz se emplease, como fino enamorado, en cantarlos a su amada Madre y Señora. Si el cuerpo le obligaba al descanso del breve sueño, la prevención de este siervo de Dios era cantar los himnos a María Sma., para que se continuase la perpetuidad de su amor en la suspensión del sueño, y así N. P. Fr. Juan de Castro califica que le oyó a este gran varón hablar entre sueños con la Virgen María con tan grande afecto que le pareció que gozaba de la presencia de su vista; efecto natural de la fantasía que, acostumbrada a tal empleo, no olvida entre sueños lo que continuó despiertos los sentidos.

Tan connaturalizado estaba por la gracia de Dios este amor de su Sma. Madre en el pecho de su Siervo, que como quien se dolía de lo que le había faltado de continua fineza, la solía continuar en los sueños, conque antes de suspender los sentidos daba principio a la devoción de *los cinco salmos*, repartidos por el nombre de María, con los que sabrosamente, con su nombre en el alma y en los labios se dejaba dormir con sabroso gozo de enamorado de la santa belleza de la Madre de Dios, a cuyo honor ayunaba todos los sábados y predicaba sus alabanzas. A su misa en el coro tocaba el Siervo de Dios el órgano, prosiguiendo con gozosa armonía, ayudando a cantar a los demás Religiosos como podía. Todos los sábados sacaba un Tratado espiritual en devoto obsequio de esta celestial Señora. Como el Siervo de Dios se hallaba tan empeñado en los santos amores de la Madre de Dios, al paso que era tan extremada su caridad, trató de que todos sus hermanos entrasen a la parte en este devoto y santo ejercicio de esmerarse con religiosa particularidad en servicio de la Virgen María, conque en la fundación del Colegio de Dña. María de Aragón procuró establecer el ayuno todos los sábados en loor de la Virgen Sma. Asegurado con este religioso obsequio el feliz logro de los estudios, agenciando por Abogada a esta gran Señora, Madre de Dios, por quien su siervo se abraza de amores, siendo particular su devoción con la milagrosa Imagen de la Virgen del Risco, cuya maravillosa invención como tan del agrado de nuestro Siervo de Dios, relataré con la brevedad posible.

CAPÍTULO XX

DE LA MILAGROSA INVENCION DE LA IMAGEN DE NTRA. SRA. DEL RISCO EN EL CONVENTO DE N. P. SAN AGUSTÍN

Si los hombres ambiciosos de los bienes del mundo venden y desbaratan sus posesiones por grangear y poseer el rico tesoro que hallaron escondido en

la tierra, como lo dijo el Salvador y lo escribe San Mateo, cap. 13 ¹, no se admirarán de que los siervos de Dios por poseer la riqueza de su gracia, dejen las grandezas del mundo, anhelando por gozar en la tierra el precioso tesoro de su sagrada Imagen, que la católica agencia recelosa de que la infiel enemistad la menospreciase, con todo cuidado la escondió. O también, — y más cierto— que la divina Providencia caritativa la guardó con todo cuidado, para enriquecer a sus siervos comunicando a sus ojos su sagrada imagen, que es el tesoro por el que anhelan sus corazones.

Uno de los mayores sacrificios que la rendida voluntad de N. Vble. Padre hizo, fue conformarse con la obediencia que le mandó venir a la corte, obligándole a dejar el retiro de la soledad, donde su corazón se recreaba sin embarazo del mundo en los santos y sabrosos amores de Cristo Señor nuestro y su Sma. Madre la Virgen María, Señora nuestra; por cuya causa su amoroso anhelo suspiraba continuamente por la salida y retiro de la corte, donde se mortificaba su espíritu con la ausencia de su amable retiro. Sentimiento que el Vble. Padre expresó hartas veces, cuyas palabras vuelvo aquí a repetir, habiéndolas ya dicho en el Capítulo 12; pero como son de tan gran varón que procuraba la grandeza de su elevado espíritu, sin que le impidiese el vuelo los embarazos mundanos, deben ser repetidas, y para vergonzosa enseñanza de la ceguedad cortesana; dice pues, el siervo de Dios: *«Cierto, si a mi gusto hubiera de ser, que dijera con S. Jerónimo, que la ciudad para mí es una cárcel, y el desierto, el Paraiso; la santa obediencia me puso en esta cruz»*. Palabras con que prueba N. Vble. Padre el enfadoso embarazo con que le trataba la Corte, privado por medio de la santa obediencia del espiritual consuelo del retiro de la soledad.

Éste era su anhelo, su ansia de N. Vble. P. Fr. Alonso de Orozco de apartarse del bullicio de la Corte, retirarse con sus religiosos hermanos donde no tuviera más que el Coro y la celda, sin que el mundo le pudiera poner tropiezos para desviar su espíritu de la continua asistencia de su amado Señor Jesús y su Sma. Madre María, con quien eran todos sus cariños, y con particular afecto a la Imagen de la Virgen de los Dolores que se venera en el Convento de S. Agustín N. P. del Risco, de esta Provincia de Castilla, por cuya soledad y retiro suspiraba continuamente N. Vble. Padre; porque, además de la negación del bullicio humano, deseaba la religiosa compañía de sus hermanos religiosos, que vivían en aquel retiro enamorados de dos milagrosas Imágenes que representan con viveza celestial los originales del Hijo y de la Madre, de Jesucristo, Señor Nuestro y su Sma. Madre María, Señora nuestra, las cuales fueron milagrosamente halladas en aquella fragosa montaña, cuya invención co-

1. Mt 13,44.

mo del cariño y amor de N. V. Padre, relataré brevemente, deseando sea con el fruto por el que debemos anhelar.

En una elevada montaña, en el Obispado de Ávila, seis leguas de dicha ciudad, en jurisdicción de la muy antigua y noble Villa de Villatoro, en esta soberbia serranía se descollaba un risco con mayor altivez que los demás, por cuya altiva grandeza lleva la montaña de apellido «El Risco», a que se le juntaban otras peñas menores, entre las cuales, hacia la parte del norte, se ocultaba un celestial tesoro, encubierto por la grandeza de las peñas, que no permitían que la vista humana diese alcance a la milagrosa Imagen de la Virgen que quedaba oculta tras de aquel risco; la cual como tan piadosa Madre de pecadores, se dignó descubrir el misterio con que la montaña ocultaba su milagrosa hermosura y fue como sigue.

Apacentaba un pastor del lugar de Pobeda un rebaño de golosas e inquietas cabras. Una de ellas, arrebatada de su golosina (o guiada de la poderosa mano de Dios), se descarrió del demás ganado, entrándose por las incontrastables quebradas de los peñascos, cuyo desorden atendió el cuidadoso pastor, que fue tan dichoso que halló la mayor dicha sin buscarla, pues requiriendo intrépido lo peligroso de los riscos, agenciaba el hallazgo de la golosa cabra, cuyos balidos en la profundidad de la hondura de los dos referidos cerros, dieron noticia al pastor del despeño de su cabra, que balaba por socorro; el que procuró el pastor empeñándose en vencer dificultades de peligrosos despeños, los cuales terminaron en glorias de felicidad, pues cuando más pudo temer el peligro del despeño, oyó una dulce voz que le dijo: *«Ve a Villatoro y di que entre estos riscos está una Imagen de María; que vengan luego a sacarla»*. Torpe y confuso quedó el dichoso pastor; pero como le gobernaba la voz del divino poder, obedeció sin repugnancia; conque solícito y dichoso mensajero, dio noticia a los vecinos de Villatoro del recado que le había dado el divino oráculo, por cuya agencia había dejado con seguridad su ganado solo. No obstante toda su agencia, no fue creído, antes sí, despreciado. Pero como era mensajero del poder divino no hizo caso de la incredulidad humana; conque volvió, afligido, al divino oráculo a quien sin percibir lo que deseaba ver, porque la grandeza de la hermosura de milagrosas luces, aunque le llenaba de espiritual gozo, le privaban a sus ojos de la gustosa sazón de tan divina hermosura, a quien respondió harto desabrido con la ingratitud de los vecinos de Villatoro. Pero como era mensajero escogido de la piedad divina para ennoblecer al mundo, no se avergonzó de volver la respuesta que le dieron los vecinos de Villatoro, conque volvió al mismo puesto, aunque afligido, legal mensajero, que mereció que la Reina de los Ángeles le respondiese consolándole de su devota aflicción, diciéndole así: *«No te aflijas, hijo, que yo te daré una seña con que serás creído. Vuelve a Villatoro, donde en presencia de todos cerrarás la mano*

derecha diciendo, que si alguno te la abriere que no te den crédito; pero si sucediere al contrario (como yo te aseguro), que tengan tu relación por verdadera». Obediente y favorecido volvió el pastor a Villatoro, donde segunda vez dio cuenta de su embajada en presencia de todos los vecinos, con las señas de la seguridad de todo lo que había dicho. Cerró la mano en presencia de todos, con que obligó a los más robustos mozos a la prueba de abrísela, pretensión de su incredulidad; pero como la mano del pastor se alentaba de fuerza más que humana, todo el empeño varonil de los robustos mozos flaqueó, de manera que confesó ser milagrosa la valentía del pastor, de que resultó grande admiración que a pocos lances se hizo lugar la curiosidad de los que deseaban ya ver, por lo que la cristiana piedad se llenó de santa emulación, anhelando todos por gozar aquel milagroso tesoro tan felizmente hallado en su mismo territorio para gozarle como propio.

Si por lo maravilloso, la incredulidad suspendió la posesión del precioso tesoro, la curiosidad, alentada de la santa ambición, daba prisa a los vecinos de Villatoro a que sin dilación tratasen de agenciar la posesión de su mayor dicha, como lo pusieron en ejecución, formando de todos los vecinos del lugar una devota y numerosa procesión, que guiada del fidelísimo embajador de la soberana Reina, el dichoso pastor, llegó al paraje donde la gran Señora recubierta entre altas y horribles peñas le dio la comisión de su embajada. Era la entrada de una asombrosa concavidad, la cual (aun hoy) no parece que el arte natural la supiese fabricar, sino que por angélica destreza fue hecha; porque a una deforme en grandeza y dureza Roca se vio penetrado el corazón, quedando con toda seguridad de fortaleza para mantener la techumbre de la peña, dejando capacidad de hueco de ocho pies de vara de largo, cuatro de ancho, y seis de alto: la misma medida que N. P. Sto. Tomás de Villanueva escribe en el Sermón de la Natividad de Cristo, nuestro Bien, que era el portal en que María Sma. parió al Hijo de Dios.

No aflojaron las milagrosas luces que del centro de aquel Risco ilustraban el contorno de toda la montaña; pero se moderaron por no embarazar el gozo de la vista de los católicos devotos que deseaban percibir la Imagen de los dueños de tan prodigioso milagro que la naturaleza, sin las industrias del arte, se esmeró en fabricar. Al fin, la cuidadosa devoción de los vecinos de Villatoro logró el hallazgo del tesoro que ignoraban, que fue una bella Imagen de la Madre de Dios de talla entera al pie de una Cruz, que es la misma que hoy tiene en las espaldas en el nicho en que se venera. Su postura, la rodilla izquierda en el suelo, la derecha levantada, y sobre ella tendida la Imagen de su Unigénito Hijo muerto, cuya cabeza sustenta la Sma. Madre con su mano derecha, manteniendo el cuerpo de su Hijo en su regazo con la mano izquierda. La hermosura de la Virgen Sma. es tan particular, que no hay palabras con que dar a enten-

der tan maravilloso parecer. Porque es una agradable y magestuosa hermosura, de alegre y modesto parecer, de gustoso semblante, aunque enternecido, que parece que se le divisa en el rostro que guarda en el corazón unos dolores mezclados con alegría, unos regocijos asidos de un gran dolor, como si lidiaran en su pecho penas con gustos, pesares con gozos, ocasionado todo de ver a su Unigénito Hijo en sus brazos muerto con tanta crueldad, y al linaje humano redimido. Con esta milagrosa apariencia se les presentó a los devotos vecinos de Villatoro, perseverando hasta ahora esta milagrosa representación, quebranto con gusto, reconciliados con una modesta y milagrosa hermosura. Un devoto de mi Religión la definió así: que «es la propia Madre del Santo Cristo de Burgos», así que también la copia del Hijo que tiene en sus brazos parece ser el mismo de Burgos.

Alegres y gustosos se hallaron los vecinos de Villatoro con el hallazgo de tan gran felicidad; pero como estaba en la sierra se embarazó la posesión, hasta que el cielo piadoso lo dispuso a medida del deseo de los católicos pechos.

CAPÍTULO XXI

PROSIGUE EL HALLAZGO HASTA LA PERMANENTE POSESIÓN

Gustosamente favorecidos del cielo se hallaban los dichosos vecinos de Villatoro con la noticia que las milagrosas luces les habían dado del escondido tesoro con que Dios les favorecía; pero reparando la santa ambición en que no parecía bastante lugar por donde se pudiese sacar aquella perla de inestimable valor, la alegría se les volvió en pena, porque la abertura que hace el obscuro seno por lo alto (por donde se entiende que entró la santa Imagen) estaba como hoy se ve, cargada de arrojadizos peñascos, imposibles de que las fuerzas humanas lo pudiesen superar, porque no tenían otro movimiento que el que podía dar la fuerza humana hacia la parte superior. Con que los devotos comarcanos se afligieron; pero como la voluntad de Dios era en su favor, los inspiró a que invocasen el divino auxilio, como lo pusieron en ejecución arrodillándose afligidos y fervorosos, pidiendo a la Virgen que, pues había sido servida de manifestárseles, dispudiese cómo gozasen de su presencia, facilitándoles la entrada de aquella obscura gruta.

Aunque la súplica fue apresurada como pedía la necesidad, el despacho fue más pronto ejecutivo, porque apenas la divina bondad vio en su tribunal la pretensión de los devotos de su Sma. Madre, cuando imperioso y benévolo, dispuso su inmenso poder que los mismos embarazos de las peñas se apartasen tan de su grado, dando lugar a la pretensión de los devotos de María Santísima; pero como eran peñas y riscos, no supieron obedecer al divino poder sin

ruidoso estrago; porque, como se desgajaban unos de otros, no acertaron a rendirse sin temeroso estruendo. De cuya espantosa ruina quedaron los devotos de la Madre de Dios atemorizados; pero como todo este milagroso suceso era efecto de la piedad de Dios, a poco rato de espanto se recobraron los católicos corazones de los esclavos de María Sma., conque pasaron a averiguar el milagroso suceso. Acercáronse a los riscos donde descubrieron que el risco principal que cubría la gruta donde se ocultaba el tesoro de las maravillosas imágenes se había dividido milagrosamente y separado una parte de él, dejándose caer hacia abajo, como hoy con admiración se demuestra, dentro de la concavidad de la misma gruta en que se halla el risco principal del que se desgajó.

Aunque medrosos, confiados los vecinos de Villatoro se determinaron a entrar dentro del milagroso hospicio, y, aunque el risco que se apartó los amenazaba, porque se quedó casi en el aire, pero fiados en el amparo divino que había obrado tan gran prodigio, prosiguieron su devoto y católico empeño hasta postrarse de rodillas ante las sagradas Imágenes de Hijo y Madre, a quienes con devoto y religioso afecto ofrecieron sus rendidos corazones.

Gustosos y alegres con el hallazgo de tan precioso tesoro, los vecinos dichos de Villatoro determinaron llevarse las milagrosas prendas a la Iglesia parroquial de su lugar, como con afecto lo ejecutaron, donde veneradas de los católicos y devotos pechos las tuvieron todo el tiempo que se tardó en la edificación de una Ermita a costa de dicha Villa junto a la fuente santa, que es sitio poco distante del dicho Risco, por parecerles menos fragoso, o más cercano para la comunicación de su devoto afecto; porque dicha fuente dista doscientos pasos como se baja del Risco al valle Ablis, a la parte de medio día. Su estancia es un corto prado, de adonde parten los caminos al Valle y a Villatoro. Con toda diligencia se edificó la Ermita, donde se colocó la milagrosa Imagen de la Virgen Santísima con su Unigénito Hijo. Pero, como los altos juicios de Dios son inapeables, al día siguiente, habiendo madrugado unas devotas mujeres de dicha Villa, para visitar a su milagrosa Patrona, no la hallaron en el puesto que el día antes la habían dejado. Conque amantes discursivas, la buscaron en su antigua habitación de la cueva del Risco en que había sido hallada. Por lo que, como vieron que era la voluntad de la Virgen que en aquel sitio se fabricase casa a su Imagen, bastante seña era para que los devotos vecinos de Villatoro se diesen por obligados a cumplir con la voluntad de su Abogada Patrona, de cuyo devoto afecto resultó la fábrica de una pequeña Ermita junto a la cueva donde se apareció. En este solitario y peñascoso sitio se dignó la Virgen Sma. de que permaneciese su milagrosa Imagen, asistida del dichoso Cabrero hasta su muerte; y después de ella su cuerpo en su Iglesia, habiendo dispuesto en su última voluntad que se le hiciesen tres Aniversarios todos los años, los cuales fundó sobre su hacienda, a dos reales cada uno, con que cum-

ple el Convento todos los años y sus herederos gozan la hacienda en el lugar de la Pobeda.

CAPÍTULO XXII

FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE N. P. S. AGUSTÍN EN LA MONTAÑA DE NUESTRA SRA. DEL RISCO

Con singular nobleza obra el amor, y más cuando halla correspondencia a la voluntad, tanto que se obliga a perdonar faltas, agenciando premios gloriosos. Quién hubiese reparado en lo milagroso de la invención del Santo Cristo de Burgos en el Convento de S. Agustín Nuestro Padre de Burgos con tan repetidos prodigios, hasta dar a entender al mundo que era su divina voluntad que los hijos de San Agustín y no otros gozasen de su prodigiosa Imagen. Aquél puede también juntar la invención de la milagrosa Imagen de la Virgen del Risco, oculta y escondida en la profundidad del obscuro seno de una elevada Roca por tantos siglos, sin que se desluciesen sus colores ni menoscabasen las valentías del arte de su imagen, para cuya milagrosa invención sucedieron los prodigios referidos, reafirmando la voluntad del Señor de entregar la casa donde la Imagen de su Sma. Madre se muestra con tanta propiedad. Claro está que hay muchos siervos del Señor que merecen por sus virtudes aventajados premios; pero a mi ver este ardor del corazón de san Agustín N. Padre, parece que aunque los hijos no procedan con el calor del corazón de su santo Padre, premia Dios en sus hijos perdonando sus faltas, agenciando premios gloriosos en crédito de hijos y Padre como los que he dicho.

El tiempo en que se halló este precioso tesoro, según buenas noticias de antigüedad, fue el año de 1400, y hasta el año de 1524 fue asistido y reverenciado por los devotos vecinos de Villatoro con la Cofradía fundada con el título de Ntra. Sra. del Risco, con particular Capellán, a quien contribuían cada año ocho mil maravedís.

En este estado se hallaba la asistencia de aquel milagroso simulacro, cuando dispuso la Sabiduría divina, o para mayor servicio suyo, o para gloria de los hijos de Ntro. gran Padre Agustino, que el Vble. P. Fr. Francisco de la Parra, de la Orden de N. P. S. Agustín gran varón en santidad y virtud, Prior que fue de nuestro Convento de Salamanca, en cuyas manos profesó el Padre de los pobres, el ejemplo de Prelados, Sto. Tomás de Villanueva. Este gran varón Fr. Francisco de la Parra, después de haber gobernado dos veces la Provincia de España del Orden de N. P. S. Agustín, y en una de ellas haber merecido ver en el Coro del Convento de Dueñas a los Ángeles, en hábito de Religiosos, cantar una noche Maitines en su compañía y de los Venerables Padres

Fr. Gonzalo de Baraona y Fr. Diego de Villaverde, conformes compañeros en santidad y virtud. Cansado el Vble. P. Fr. Francisco de la Parra de los gobiernos, anhelaba vivir en soledad, para cuyo efecto agenció, el año antes, licencia de N. P. General Fr. Gabriel Véneto; conque teniendo noticia de la Ermita de Ntra. Sra. del Risco, le pareció muy a propósito aquella fragosa estancia para darse todo a la contemplación de los divinos misterios. Con este religioso y santo dictamen agenció con el Sr. D. Fr. Francisco Ruiz, que a la sazón era Obispo de Ávila, que le diese licencia para vivir en aquella Ermita, que vista su pretensión por el Sr. Obispo y la virtud del personaje que la pedía, le concedió la licencia, particularizándose en ella con las siguientes palabras: «*Y considerando el dicho Obispo —son expresas palabras de la Bula de Clemente VII— el celo de la Religión, la bondad de costumbres, la vida ejemplar de Fray Francisco de la Parra y de sus compañeros, les concedió la Ermita de Santa María del Risco para que viviesen en ella.*»

Con esta licencia les entregaron el gobierno de dicho Santuario, dándoles facultad para poder percibir las limosnas que se hiciesen a dicha Imagen reservando lo acordado del Capellán, que lo era en aquel tiempo el Licenciado Pedro González, que vivía en Villatoro. Para la ejecución de todo se dio comisión al Licenciado Juan Rodríguez, Cura de la Villa de Vadillo y Visitador general del Obispado, como todo consta por los despachos del dicho Sr. Obispo, dados en la Villa de Bonilla de la Sierra en 15 de Octubre de 1524. Ajustada la posesión en esta forma, murió el dicho Capellán, conque fue nombrado en su lugar el Vble. P. Fr. Francisco de la Parra, mandando el Sr. Obispo a Cosme Muñoz, vecino de Villatoro, que era Mayordomo en aquel tiempo de la Cofradía de Ntra. Señora del Risco, que le acudiese al V. P. Fr. Francisco de la Parra con los ocho mil maravedís de la Capellanía para ayuda de los reparos de la Ermita y alimentos suyos y de sus compañeros, todo ejecutado por decreto del Sr. Obispo, dado en dicha Villa de Bonilla a 25 de Marzo de 1525.

Tomada la posesión por los siervos de Dios de dicha Ermita con gran gozo de sus almas, pues les había dado Dios habitación conforme a su divina voluntad para que le sirviesen sin mundanos embarazos con la prontitud de espíritu, contemplando las vivas imágenes de un Dios enamorado, muerto por el amor de los hombres, y de una Santísima Madre lastimada con la muerte de su Hijo, gozosa del logro de la Redención del género humano.

Ayudaban a esta contemplación tres clavos de diferente hechura, aunque más violenta, que se hallaron en la estancia donde tantos años permanecieron sin quebranto ni deslucimiento las dos milagrosas Imágenes, antes cada día parece que se hermoseaban más los colores; pero como han sido asistidas de venerables varones en santidad y virtud no es mucho continúe Dios el milagro en honra de sus siervos y gloria suya.

José Pámphilo en el número de los Beatos de nuestra Orden pone al Ve. P. Fr. Damián de Betanzos, que murió en dicho Convento el año de 1563 con gran opinión de santidad; y el Obispo Signino dice que fue venerado de los fieles con estimación, asegurando en su protección el consuelo de sus trabajos, por cuya causa los fieles se valían de la tierra de su sepultura para remedio de sus enfermedades. Siguiéronse a estos grandes varones otros (no menores) que ennoblecieron en crédito de santidad aquel retiro del mundo; pero flaqueó por algunos años, porque el rigor del temporal del sitio amedrentó muchos ánimos cobardes. Pero ya desde el año de 1672 se ha formado bastante Comunidad de personas que no temen el destemple del frío, porque el Señor y la Virgen les han comunicado calor en el espíritu para vencer las frialdades de la sierra.

(Continuará)